

Manuel Cortés Castañeda

FUERA DE TONO



BETANIA



Les artistes

FUERA DE TONO



La tête en bas

Manuel Cortés Castañeda

FUERA DE TONO

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: *Embrassade*: Louis Guermond, fotógrafo francés
Fotos interiores: Louis Guermond

© Manuel Cortés Castañeda, 2022.

Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-447-3.
Depósito legal: M-24178-2022.

Imprime SAFEKAT
Impreso en España / Printed in Spain

Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el hjar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso (...)

(...) Oh Conciencia,
pienso, sí, en el bruto libre
que goza donde quiere, donde puede (...)

César Vallejo (*Trilce*)



Julie

ABRELATAS

I

Fuera de tono

Qué te pasa mariposa
que te cagas en las cosas
y metes bien tus antenas
 hasta el mar,
 hasta la pena,
y tus alas se desgarran
 y te sangran
 y se queman
y en una gota de nada
te deshojas y te quedas...
como el hambre que se queda
 sin su boca
 sin olores
 sin desechos
 sin antenas...

II

Poemas bonitos

Incluso muy joven, todavía, me aburrían sobremanera los poetas que escriben bonito... y los que más, los que querían escribir de las pasiones más íntimas, más perversas, más ocultas y aterrorizados terminaban escribiendo bonito...

Yo tenía un grupo de amigos que se juntaba a leer poesía y se aprendían los poemas y se los decían una y otra vez y tanto que cada vez sonaban más bonitos, y tanto que hasta las estrellas se llenaban de asombro y las vacas metían la cabeza por las ventanas para embriagarse...

Yo de vez en cuando iba, pero solamente cuando iba una chica que me miraba no tan bonito como los poemas...

Mientras ellos se llenaban de vacas y de estrellas y de versos bonitos yo me juntaba con unos amigos desconocidos a escuchar radionovelas perversas y, casi siempre, en un sótano desvencijado a mirar la misma película porno de siempre, porque no teníamos otra...

Y como los amigos que leían toda la noche poemas bonitos, nosotros mirábamos la misma película porno, toda la noche...

Y de esas noches de poesía y de placer, aparte de los suspiros que se escapaban por las grietas del silencio, y el asombro de las vacas y estrellas cada vez más...

Se me quedó enredado en el recuerdo un verso de un poema bonito que decía algo así como esto, “su pubis era como un campo sembrado de trigo sazonado con la brisa de la tarde y la luz del crepúsculo”.

Indudablemente que ese no era el pubis de mi película porno y mis radionovelas perversas...

Ahora entienden ¿por qué?, y cada vez más, ¿me molestan y me aburren los poemas bonitos...?

Los cinco sentidos

*Solo para ella que compra, para mí, en el mercado,
cada día, los frutos que más quiero y que me gustan...*

Aún no he olvidado nuestra primera cita en el campo sembrado de árboles frutales... temblabas de pies a cabeza y yo simulaba matar las moscas que se hartaban de sangre en mi delirio... estaba descalzo y disfrutaba de las piedrecillas que se desangraban en mis patas...

Yo no llegué a tiempo porque siempre estuve ahí esperándote desde la primera vez que te vi, y te oí, y te derretiste exquisita en mi lengua... tú llegaste unos minutos tarde, aunque toda la noche no pudiste dormir soñando y tocando y malgastando los frutos más maduros... los que la dicha te había reservado, solo para ti...

Era la época de la cosecha y un olor delicioso y como de otro mundo inundaba el campo y los alrededores... el sol también estaba en su punto... los pájaros venían en bandadas y en bandadas desaparecían ahítos de felicidad y de cantos y jugos y delirios...

El ruido monocorde y casi sublime de los insectos se saciaba en el oído y se ahogaba en cada palpito del corazón, en cada suspiro de la mirada... de vez en cuando una vaca bramaba en el infinito como si buscara su respiración, un becerro perdido, muerto... el silencio mostraba de tanto en tanto su rostro de niño malcriado acostumbrado a mirar por las rendijas de las ventanas y el ojo en la cerradura de la puerta...

Los minutos que te tardaste en llegar fueron tan míos para recoger los frutos que se habían caído de los árboles... para sacudir las ramas del placer... para contar las estrellas del delirio... tenía un montón para ti... una pila perfumada... un mar de sabores... una melodía sin tiempo... una montaña de colores en tus pupilas... un arroyo maduro y en descomposición para lavarte las heridas... para lavarte los huesos... para

lavarme de ti... un hueco lleno de frutos podridos para metértelos en tu delirio...

No recuerdo si llegaste ya desnuda, o te desnudaste en el lugar de los hechos sin que yo ni tú lo supiéramos... yo, ya desde antes de verte y respirarte y de lamerte en mis sueños estaba desnudo esperando por ti... solo recuerdo que te tiraste sin saberlo sobre la tierra untada de felicidad, inundada de delirios, abrasada de lamentos, salpicada de sabores de otro mundo... los ojos cerrados y las brazos y las piernas bien abiertos... y yo que fruto a fruto, gota a gota, pájaro a pájaro, lengua a lengua, aguja tras aguja, te metí las manos bien adentro, hasta chamuscarme y quemarme los dedos en la gloria...

Y te unté de naranjas y de duraznos y de guanábanas y aguacates y papayas y mangos y gusanos y bananos y moscas y suspiros y minches... por las piernas arriba, por los brazos abajo, mis dedos en tu boca amontonados, mis manos en tu hueco, en tus huecos, abriéndole paso a la cosecha, refundiendo las semillas, revolcado en tus quejidos, mi lengua por entre tus nalgas despilfarrando olores y sabores, a tientas en tu culo tan oloroso a gloria, acumulando, sazonado, disfrutando, masticando, relacionando, lamiendo, chupando, regurgitando... una a una las manos en lo más profundo de tu intimidad, a puñados, manotazos, a montones, pelo a pelo, lo desconocido, lo perdido, lo que aún hoy en día guardo en la yema de mis dedos, en la punta de mi lengua, en la ebriedad de las horas, en el apetito de mis pupilas, en los paraísos de mi verga...

Te abrí de pies a cabeza, y te saqué las entrañas, te limpié los desechos con mis dedos, te lavé con mi sangre, escribí mi nombre y el tuyo con mierda en las paredes del viento... y te llené por dentro como se llena y se condimenta y se goza un animal amado y deseado y destazado antes de meterlo al horno...

No pasó mucho tiempo y yo ya untado hasta el cogote, hecho un asco de olores y sabores y convulsiones, y felicidad, perfumado y trasgredido hasta el silencio me dejé caer dentro de ti y tú dentro de mí... y los frutos seguían cayendo de los árboles, y el sol se pudría en su ubicuidad, y los pájaros que venían a beber en tu apetito y en el mío, y los insectos que bebían y se

ahitaban y se reventaban de la dicha... y el silencio que se le paraban los pelos de envidia... hasta ahora, hasta siempre, hasta nunca, hasta cuando, saboreando y malgastando la fruta prohibida, inexistente, que todavía llevo conmigo a todas partes y guardo en mi cuarto, en mi cama, debajo de la almohada... como una herida se guarda...

De vuelta a casa

Recuerdo que ya había aprendido a montar a caballo. Lo hacía a pelo y casi siempre sin cabezal y sin freno. A veces tengo la sensación extraña de que aprendí a montar a caballo antes de aprender a caminar. Lo cierto es que era un niño que le gustaba ver a los caballos cogiéndose a las yeguas al atardecer. También a los toros y a las vacas y en ocasiones a los venados que venían a beber al río. Me sentaba en una piedra enorme que estaba en un potrero y todas las estrellas se dibujaban en mi cuerpo y quemaban con una delicia que nunca he sabido cómo escribir, (y que aun hoy día no les puedo decir). Los toros eran rápidos como un relámpago. Los caballos se tomaban más tiempo como si les pesara demasiado su verga desproporcionada. Los venados parecían muertos de amor...

Ese día, que sigue vivo en mi memoria como si fuese hoy, montaba una potranca tan hermosa como mis sueños. Durante esa época todo en mi manaba el zumo de la delicia. Me detuve ya casi al atardecer. Ya había estrellas en el firmamento. Me bajé. Busqué una piedra. Llevé la potranca tan cerca como pude de la piedra. Me subí a la piedra temblando y feliz. Mis ojos ahora estaban a la altura de su órgano maduro. Sudaba intensamente y palpitaba haciendo un sonido como de labios enamorados que se chupan y se muerden...

Todavía no recuerdo si ese día amaneció. Busqué otra piedra más alta que me permitió tumbarme sobre sus ancas... casi amarrarme a ellas haciendo un nudo que aun hoy en día no he podido desatar... el agujero estaba caliente y goteaba el cansancio del galope del día... creo que le metí la mano y después todo el brazo hasta la madre, como hacemos cuando ayudamos a un potrillo a nacer. Después el río se salió de su curso, y la piedra se vino a pique como un naufragio, y la potranca relinchaba obediente y casi divina como un juguete enamorado en las manos de un niño...

Carta de amor 2

Cada noche, como un enamorado que sabe que el tiempo yace muerto a las puertas del amanecer, los pájaros venían a dormir en los árboles que el amor había levantado en una de las orillas de la calle... tres árboles frondosos y deliciosos como los besos que nada saben del comienzo ni del fin... como esos árboles que trepamos cuando niños en busca de la luz, de las últimas gotas del sueño, de los nidos que el sol acaricia en su intimidad...

Tres árboles cuyo único fruto era quitarle grandeza a la oscuridad... abrirles paso a las lagunas del silencio, dejar que millares de ojos por un instante se olvidaran de la pesadilla del mundo... como los niños y niñas, luego de terminar las labores escolares, ruidosos y distraídos y haciendo de las suyas por todas partes, los pájaros llegaban a los árboles y desaparecían en la intimidad de las ramas y otra vez el silencio como si nada se deleitaba en las lagunas de la quietud...

Un observador minucioso y obsesivo se hubiera dado cuenta que siempre llegaban a la misma hora, el mismo número, la misma algarabía y la misma embriaguez... y en el mismo lugar de siempre, en la misma rama, en el pedacito de rama, se quedaban dormidos, los mismos de siempre, como si obedecieran a un pacto secreto de antes y de siempre señalado, acordado, mucho tiempo soñado...

Además de los niños, los habitantes del barrio y los enamorados de la calle se habían convertido en cómplices, siempre presentes, de ese instante delicioso en que la dicha entra de raíz en la noche... y aun no se han borrado las últimas sombras y ya las puertas del amanecer están abiertas de par en par...

Cuentan los curiosos que los enamorados se acostaban con la llegada de los pájaros y solo dejaban un instante de amarse cuando el aleteo furioso del amanecer explotaba en sus pupilas...

Y un día, que se ha quedado como una cuchillada que no cesa en el corazón de los vecinos de la calle, en la agonía de los habitantes del barrio, en la desdicha de los niños, unos señores importantes vinieron y cortaron los árboles, sin que nadie lo supiera, sin que nadie se hubiera dado cuenta, sin que nadie hubiera tenido la oportunidad de defender su alegría y sus largas noches de amor... ni siquiera los niños que cosechaban sus nidos y sus pichones y sus secretos en su delicia, en su frondosidad...

Habían estado ahí desde antes del comienzo de los tiempos, y así, de repente, no mas porque si, ya no estaban, ni las noches, ni los amaneceres, ni los niños que salían de la escuela con sus canastos repletos de sueños y de pájaros...

Los pájaros llegaron a la hora de siempre, a la hora convenida, señalada, soñada, y el dolor se hizo más grande que una pena de amor... y el atardecer una llaga encarnada... volaron en círculos alrededor de los árboles que ya no estaban... dibujaron geometrías inimaginables acosados por el horror... revolotearon como locos endemoniados toda la noche y las noches por venir, y las que nunca fueron, buscando cada rama, su rama, su sueño, su cabeza aun dormida entre las alas... revolotearon, como puños incontrolables de un boxeador ciego, en los árboles que se habían quedado dormidos para siempre en sus pupilas...

Revolotearon acosados por el terror, el miedo, el espanto, los pelos de punta, la piel de gallina, la voz entrecortada... encabritados y amaratados como bestias salvajes que no encuentran sus patas, su respiración, el salto al vacío... revolotearon ya casi indiferentes apuñalados por el horror de la noche que les mostraba indecente sus agujeros negros...

Y siguieron revoloteando hasta el final de los tiempos... hasta que muertos de cansancio se murieron uno a uno, todos, en manadas, golpe a golpe, ala tras ala, grito a grito, amanecer tras amanecer...

La calle parecía un río adormecido de leves suspiros... un montón descolorido que el viento toca y tiembla... un solo corazón atrapado desde dentro, despellejado, regado, antes de abrir

la puerta de su último pálpito, su último lamento, sus cenizas, el viento...

Algunos lograron escapar y se refugiaron en unos árboles cercanos... unos pocos solamente... los que se pueden contar con los dedos de la mano... una sola mano... pero el amanecer también los sorprendió muertos de tristeza...

Closet 2

Una mirada demasiado dentro de la intimidad, un hocico maloliente... un río que se sale de sus cause y me inunda... una represa que se rompe y me arrastra... un animal herido que me mira desde el fondo del silencio y me ciega, una sola uña en la antesala del delirio...

Me tomó de las manos tan alta como era y yo tan niño, tan nada, poca cosa, grieta amarga... olía a frutos en descomposición, a carne todavía fresca, a sangre que se pudre y que se pega y que se eriza en la piel...

Como un perro hambriento la seguí hasta el delirio de sus pupilas, me arrastré al matadero de su agonía, me hice llevar por los agujeros donde se muerde la respiración, me hice digestión en la saliva de sus sueños...

De un tirón y ya me quemaba entre sus brazos, de un tirón vi otra vez sangrar el día, de un tirón abrió la puerta y me metió en el closet... de un tirón la ropa ya no estaba... solo sus labios heridos en mis labios... su lengua maltratada en mis fantasmas... sus uñas en el closet que gritaba...

Me desperté muy tarde y como pude abrí el clóset y me tiré en la cama, me había crecido el pelo y la mirada, las patas, las pupilas, las uñas y el silencio y todo y nada...

Nunca supe quién era y desde entonces guardo mis cicatrices como un cuento que nunca escribiré mientras escribo en el clóset con sangre una ventana...

Álbum de fotografías

Cada noche, sonámbulo, o quizás empujado por una pena de amor aún desconocida, se levantaba y de puntillas, para no despertar a nadie, sigiloso iba hasta el río...

En la mitad de las aguas una piedra enorme al chocar con la fuerza de la corriente, le entregaba a manotadas su música a la noche... y en las noches de luna, la luz se agolpaba con tal devoción en su dureza que el agua simulaba el firmamento y la piedra la luna...

Una vez en la orilla se desnudaba como si no se diera cuenta, entraba en el agua, con unas brazadas seguras y firmes llegaba hasta la piedra y ya de espaldas en ella la noche entera y la luna y el río y la piedra y su propia desnudez parecían flotar indefensos en su mirada... en cada una de las estrellas, en la nada...

No pasó mucho tiempo para que yo perdiera la cuenta de las noches que lo seguí, escondido entre los matorrales, de bruces por los recodos del camino, dispuesto a pillarle in fraganti en su delicia o en los pormenores de su pena... y hubo noches en que nadé hasta la piedra y estuve tan cerca de él que su respiración no era diferente de la mía...

Y llegué a tocarlo, o solamente es el recuerdo de haber estado tan cerca de él, mi obsesión, y le dije al oído que yo también estaba allí, que la noche y la piedra y la luna y el río y su desnudez también eran mías... y cada una de las estrellas y la nada...

Se lo dije o se lo imploré sin amanecer y sin saber de las noches en vela, agarrado a los despojos del delirio, a la esperanza del que ya no espera... se lo supliqué como un amante que se quema y arde de ansias sin abrir la boca... se lo reproché aun sabiendo que todo está perdido...

Todo eso y lo que se pierde entre líneas, no pude hacer que sus ojos brillaran al menos por un instante en los míos... no logré que volviera su mirada para reconocirme y que los dos acostados

en la piedra, dos ojos solamente volvieran a casa una vez más, vacíos de tanta luz...

Y ya de vuelta al cuarto todavía de puntillas y el mismo sigilo se metía entre los brazos de su amada y se agarraba a las delicias de su carne y allí se quedaba mudo y ciego y nada como deshaciendo uno a uno los latidos de su corazón, y yo los suyos...

Larvas

Una de mis tantas delicias, -aparte de hartarme de frutos en los patios de los vecinos cuando estaban, y si no estaban aún mucho mejor-, era ir con mis hermanos y amigos al río a mirar a las chicas cuando se bañaban, casi siempre en ropa interior, y tanto se bañaban, tanta agua, tantos sueños que, al menos, yo perdí por aquel entonces la cuenta de los días y hasta las noches se diluían y se perdían en mi mirada, mi falta de sueño, mi necesidad de volver a mirar y observar hasta el más mínimo detalle...

Pero lo más delicioso era cuando mis hermanos se zambullían en el agua y yo detrás de ellos y nadaban y yo detrás de ellos y seguían nadando y yo con ellos, hasta que llegaban donde estaban las chicas y las tocaban y acariciaban en su intimidad hasta no poder más, ya casi sin aire en los pulmones, y luego un último esfuerzo y una última caricia y desaparecían bajo el agua y yo con ellos, ya casi muertos, pero henchidos de placer, y yo con ellos...

Y todo era como si nadie hubiese estado en el lugar del delito, todo era silencio, y las chicas que hacían lo que podían para espantar a los peces que las acosaban y mordían y se retorcían y gritaban, y se abrazaban, quizás asustadas de momento, pero, lo más seguro, henchidas de placer y de gozo...

Nunca supe si yo también llegué a tocarlas y meter mis dedos y disfrutarlas en lo más profundo de su intimidad y de su angustia, como lo hacían mis hermanos y mis amigos, pero, sí recuerdo, con absoluta certeza, que por aquel entonces aprendí a nadar debajo del agua como un pez más y que, igual que ellos, quería tocarlas con desespero, ya casi sin aire en los pulmones, muerto de felicidad...

Y, sin embargo, lo que más quería y soñaba sin descanso era ser una de esas chicas y, como ellas, bajar todas las tardes al

río a bañarme y que los chicos del pueblo vinieran a tocarme, como peces bajo el agua, mis partes más íntimas, e intentarían quitarme la ropa interior como mis hermanos tantas veces lo intentaron sin lograrlo...

La cita

Temblaba como si la antesala del placer, que un impulso desconocido te unta en el hocico, le mostrara con una claridad inusual las caricias más íntimas de la muerte...

Sudaba una sensación desconocida de pies a cabeza y por momentos más que caminar al lugar de la cita parecía que volara sin poder despegar del todo como si las alas se le hubieran quedado varadas en un deseo todavía sin forma y sin materia...

Sintió por un momento que iba perdiendo, una a una, cada una de las partes de su cuerpo, y echó a correr como pudo, como si quisiera agarrarlas todas a la vez y ponerlas de vuelta en lo poco, o nada que quedaba de él...

Se detuvo un momento para asegurarse si todavía respiraba y un respiro más grande que su delirio se le entró hasta lo más profundo de su intimidad asegurándole que todavía tenía los pies bien puestos en la tierra, aunque era ya muy poco lo que quedaba de él...

Abrió los ojos cuanto pudo como si ahora solo pudiera respirar por ellos, y vio que ya había respirado y avanzado y volado lo suficiente como para empezar a detenerse en los hechos que todavía lo arañaban en su intimidad, y entonces se apresuró como pudo hasta que se dio alcance y ya seguro de sí mismo, con paso seguro, olores seguros, llegó intacto y certero hasta el final de la calle donde finalmente la muerte ya no era nada nuevo y ni siquiera una cosa para seguir temblando y sudando y perderse todo el tiempo hecho pedazos...

La puerta estaba abierta... entró y ya sin darse cuenta, como si ya no existiera, como si ya no fuera más que la nada, como si ya todo se hubiera consumado, y acabado y desaparecido y desperdiciado para siempre, llegó al lugar concertado, llegó al lugar por tanto tiempo soñado, imaginado, dibujado, señalado en el mapa de su respiración...

Solo se detuvo un momento para mirar la puerta cada vez más abierta, cada vez menos puerta, menos entrada, menos co-

mienzo y menos fin... menos señales en el deseo que ahora arrastraba indiferente como se arrastra algo desconocido que no queremos por ningún motivo que se nos muestre, que se nos abra, que se nos revele...

Pasó sin darse cuenta por entre las tumbas, miles de tumbas, que antes le habían reclamado un instante en sus pupilas... pasó como quien sabe que solo existe lo que no tienes, lo que no es de nadie, lo que hemos perdido porque no tenemos... y que solo lo que no tienes tiembla y suda y se te hace pedazos en la respiración...

Ella estaba sentada sobre la tumba elegida, señalada, acordada, dibujada y por tanto tiempo marcada sin lápiz y sin mapas y sin memoria... la misma tumba donde ella tantas veces venía a jugar con su propia intimidad... la misma tumba donde desnuda se quedaba dormida hasta bien entrado el amanecer sintiendo cómo cada una de las estrellas se le metía por dentro, se le quemaba por dentro, y se le salía todavía ardiendo por entre las piernas toda la noche abiertas y suspendidas en el aire como si hubieran perdido su gravedad, como si ya no necesitara respirar...

El no había aun acabado de llegar y ya se habían arrancado la ropa a mordiscos como bestias salvajes que saben que el hambre no tiene nombre, ni allegados, ni restos en el tiempo... se lamieron y se metieron las manos por todas partes como si amasaran una materia desconocida, hasta que el silencio temblaba y sudaba y se le abrieron las heridas y sangraba como si finalmente hubiera encontrado la forma de decirse...

Como a una perra la empujó hasta la tumba, la tiró sobre la tumba, las patas delanteras ligeramente apoyadas en el borde, la espalda bien curvada hasta que el vientre descansó entero sobre la superficie del cemento... y ahí, el culo bien abierto, y la chocha bien abierta y los ojos bien abiertos, y el miedo bien abierto, toda la noche estuvo mirándola, respirándola, temblándola, sudándola, hasta que el amanecer le abrió las puertas de par en par, y entonces los dos perros pegados, inflados, sumergidos como una criatura monstruosa, se echaron a dormir sobre la tumba bajo un sol inesperado que temblaba y sudaba, y se hacía pedazos en su propia monstruosidad...

De rodillas

La mayoría del tiempo en aquel internado del que ya no me queda ni una sola sombra en las uñas y ni tan solo un desvarío, la pasé de rodillas implorando algo que no sabía...

Esperaba que al menos una sílaba se me quemara en el oído cada vez más indiferente, o que una mano pródiga me acariciara los cabellos una vez el sueño de la espera me hubiese vencido...

Tanto tiempo estuve de rodillas frente a mí nada que cuando no lo estaba, todavía lo estaba y siempre, aunque no lo estuviera, ni fuera, lo era...

De rodillas con la cabeza inclinada y esa extraña sensación de que a cada instante la mano generosa del desconocido que esperamos se levante y corte la cuerda sin que la agonía logre pronunciar de una vez por todas su última sílaba...

De rodillas supe un día que la tierra me basta y que las cargas que llevo no son mías y que nunca lo fueron... nos probamos mil trajes y finalmente nos vamos de la tienda con un traje hecho a la medida de todos...

De rodillas desaparecieron los extremos y las orillas y los caminos que se cruzan y la guillotina que acosada por el silencio y los ojos en blanco, no le ha quedado más remedio que renunciar a su apetito...

Después con el tiempo que sigue merodeando como una mosca en el mismo hueso, sin haberme hecho ninguna promesa y sin haber cumplido ninguna de las que me hice, te encontré a ti a la altura de mis rodillas cada vez más fieles a la tierra maltratada que no se cansa de verlas nacer y renacer...

El amanecer insiste en abandonar su prisión también de rodillas, tras el delirio de un sueño aun sin soñador y sin amanecer...

Estaba sentada, completamente desnuda en el borde de la cama las piernas abiertas y fieles como si una mano generosa las

hubiese dejado amarradas a la fuente inagotable de la soledad... a la espera de una sola caricia... de un roce sin tiempo...

Esperando que los hechos se desbordaran en alguna de las páginas y otra vez una mano generosa se nos enredara en los cabellos...

De rodillas me acerqué convencido de ser la víctima propicia a su consagración y a su espanto... me acerqué tanto y a ciegas que mis labios chocaron con los labios de su hueco entreabierto todavía a las puertas del amanecer y salpicado de luz...

De rodillas la cabeza metida hasta el fondo de la divinidad entonces supe lo que no sabía y las cargas del tiempo reconocieron su dueño y su destino... y en mis oídos, una sílaba nítida se desgajó como una gota de agua en la respiración de la carne maltratada...

A la altura de mis rodillas está mi boca y mi lengua y mi olfato y mis sueños esperando un milagro que no está escrito en ninguna de las páginas...

Ahora ya no hay nada que pueda levantarme ni que valga la pena, más allá de mis rodillas salpicadas de encanto... cara a cara en el pozo del deseo que se me desangra en la boca y de rodillas, he sentido en mis cabellos la mano deliciosa de la divinidad...

Y en mis labios fieles y devotos sus mucosas abultadas contándome al oído los secretos del silencio...

Día de caza

Ni siquiera aún la noche de placer que la trajo a la vida figuraba en el prontuario de los hechos y ya estaba ahí sentada entre cuatro paredes que se desbordaban en el infinito, los ojos fijos en la prenda, la única, la eterna, que marcaría para siempre su camino... o mejor sería decir el camino que no pudo desandar...

Desde el instante mismo que sus ojos inventaron la luz y con la luz las pocas cosas que amaba; y la noche se le metió en las manos como un enamorado insistente en el holocausto de su mirada, sólo hubo lugar para la falda que bien alta en la cadera, debería caerle un poco más abajo de la rodilla, evitando a toda costa en su trazo milenario definir sus nalgas prominentes, siempre duras y hechas, sin lugar a dudas, para la caricia y las noches en vela...

Con las demás partes de su atuendo, y sin poder darle anchas del todo a la creatividad, podía hacer ciertas combinaciones indebidas... de tanto en tanto llevaba un par de botas que se le acababan en las rodillas como si no hubieran podido alcanzar la falda de tela áspera y gruesa, siempre la misma, y el sostén que definía a cabalidad unas tetas generosas y distantes que aunque caprichosas y dispuestas al quejido y al grito mas parecían las tetas de una madre que nunca acaba de amamantar, que las de una adolescente...

El pelo lo llevaba largo y siempre suelto... pasaba lánguido por la cintura y se reposaba avergonzado en las nalgas dándole un aspecto de niña que a cada instante acaba de regresar de un entierro o que se prepara para uno más...

A mis ojos, la primera vez que la vi, el pelo me acercó a su cuerpo completamente desnudo y sentí un prurito extraño de salir corriendo y de regresar y devorarla lentamente hasta el amanecer, cada amanecer, todo amanecer, siempre amanecer... el amanecer eterno de la carne atrapado en una prenda, hecho una prenda, la razón, todos los días, el día entero y mañana y ayer y después y nunca y también...

Para ella misma, ella había dejado de existir desde antes de desgarrar las puertas del sueño y echar a volar sin haber aún volado... para los que la querían, era la falda sin tiempo y sin memoria que todavía no ha sido diseñada en las páginas de un libro sagrado... para mí, solo era cada vez mas lo que esa falda disfrutaba a cada instante sin haber aun saboreado y metido las uñas en lo que llevaba escondido...

Me había soñado entre sus piernas como si mi boca fuera una película eterna de una sola secuencia bebiendo en lo más abultado de su intimidad los líquidos que se fermentan en el fondo de un pozo sin fondo y sin luz... a tientas en un mar de desechos y de sangre podrida que se me sube de pies a cabeza y me convierte en un dios... la había visto bailar delante de mí hasta que el tiempo se rompía las rodillas... la “chimba” hinchada como una profecía en sus manos y en las mías, las de nadie... y las nalgas abiertas mostrándome el cauce del infinito y el último secreto de la vida...

Y yo que en cuatro patas había pegado mis labios al orificio divino y chupaba y bebía y me untaba su consagración como un niño que no deja el popote hasta que no ha acabado, hasta la última gota de su batido que a él le gustaría que nunca acabara...

Y después apabullado por los hechos y prisionero de la misma falda supe que había luchado y que había vencido y desgarrado, y justificado sus deseos perdidos y que la falda había dado paso a un par de pantalones vaqueros donde el tiempo había borrado todo signo y mucha memoria. Su triunfo le había llegado al final de la jornada, pero le había llegado aun cuando ya sus jugosas nalgas habían desaparecido, sus tetas colgaban como un guiñapo en el alambre de los sueños y la “chimba” se le había perdido, escabulléndose en el andamiaje del tiempo...

Supe también y no he podido digerirlo, y mucho menos creerlo, aceptarlo, que su padre y su madre y todos los suyos y los otros y tú y yo y nadie, le ponían la falda y después la llevaban a un campo de tiro para que entrenara su puntería, antes de salir al bosque durante la temporada de caza a matar... y dicen, también, que donde el ojo ponía, le salía una nueva página al libro...

Lingerie

Me ha tomado tiempo quitarme toda la ropa hasta quedarme en cueros... al principio me espiaba desde los rincones de la vigilia y del sueño como una criatura indefensa aterrorizada por su madre y, por lo general, me quedaba a medio camino, en vilo, en ascuas, o con las manos en la masa y todo se me llenaba de hormigas... se me iba a pique... intentando como fuera recuperar lo poco que quedaba de los desechos... de la rasquiña, de la picazón...

Con el pasar de los días, que nunca acababan de pasar, me fui acercando más y más al fantasma aterrorizado que se quedaba cada día un poco más en las ventanas haciendo el papel del idiota, hasta que finalmente un día y con el temor de quedarme ciego, me arranqué la última prenda de un solo tiro y me miré de reojo las partes más íntimas... me picaban las manos, y las paredes me picaban, y el poco aire que quedaba en el cuarto me picaba y me rascaba...

Por una buena temporada, después de declararme en cuarentena, tranqué las puertas y sellé las ventanas, asegurándome de que no quedaba ningún hueco al aire libre en las paredes, y así en cueros y de reojo, a medias, cada vez más en ascuas y en vilo estuve persiguiéndome noches enteras por todo el cuarto, vigilándome, en guardia, en cuatro patas, y días sin tiempo sin poder reconocerme a pesar de mis recuerdos y mis apuntes, sin saber quién era si es que era, hasta que un día me agarré infraganti y me metí las manos por todas partes y me amarré a las patas de la cama como pude con las mismas prendas de siempre, para poder hacerme mío, y nombrarme por primera vez, y soñarme por primera vez, y por primera vez disfrutar de las noches en vela y de los días sin memoria, y en el espejo que de repente se había hecho luz, decirme palabras de amor, y hacerme guiños, muecas, gestos indeseables, y mostrarme las partes olvidadas que todavía me rascaban en las paredes, y explorar con mis dedos,

dedo a dedo, lo que había sido mío sin que lo supiera, y decirme por primera vez te amo, quiero ser tuyo, hazme tuyo, acuéstate conmigo, métete dentro de mí, hágame cosas malas, dígame palabras obscenas, déjame sentir el calor de tu lengua en mi delirio, déjame que sea tu esclavo, que me ponga de rodillas entre tus piernas y que meta la cabeza y me atragante de insomnio, y que me quede ciego y mudo y sordo de tanto mirarte y no decirte y escucharte... déjame que me ahogue dentro de ti y que me quede dormido con tu verga y tus güevos en mis manos, y que en tu culo escuche el sonido del mar, como cuando niño lo escuchaba en una concha marina, que un día le robé a un vendedor de mejunjes y cachivaches en la plaza del pueblo...

Pasó la cuarentena sin que nadie lo supiera y ni siquiera yo mismo, y las puertas y las ventanas y los huecos desaparecieron quedando solo un hueco limpio al aire libre... la comida se quemó en la cocina por primera vez, y una y otra vez, sin que yo hiciera nada para impedirlo... me gusta el olor a quemado como me gusta el olor a ropa sucia... los platos se rompieron uno a uno hasta no quedar ni siquiera sus pedazos... las páginas del tiempo fueron devoradas en un santiamén por la rasquiña y el mal de ojo, y yo todavía en cueros sin haber aun probado bocado, sin beber una sola gota de agua, intentando ponerme ahora tus prendas más íntimas para que tú me las vuelvas a quitar otra vez como la primera vez y te quedes dormida para siempre encima de mi... en mis cueros que te sirven de cama y te arropan cuando el aire entra por alguno de los huecos que le quedan al fantasma...

Asalto al mediodía

Les pedí un café bien cargado, como antes, como siempre lo hacía muchas veces al día... y me trajeron sin falta alguna un té abundante de yerbabuena... para los nervios, me dijeron... y se sentaron a mi lado hablando de cosas sin sentido y sin mirarme ni una sola vez, hasta que la taza quedó vacía sin que yo mismo me diera cuenta... que yo sepa, nunca he tenido problemas con los nervios...

Me levanté y dije con la misma seguridad de siempre las mismas palabras obscenas que antes tanto me pedían que dijera, y que repitiera y les enseñara... y me miraron de pies a cabeza con una cara larga, me tragaron con los ojos de pies a cabeza, y me mostraron sus dientes afilados... y se quedaron mucho más del tiempo que antes se quedaban, como si estuvieran al acecho esperando que yo diera un paso en falso para echárseme encima... que yo sepa, nunca les había visto garras...

Al atardecer me senté en la terraza, esperando como siempre lo hacía que me trajeran el vaso de güisqui puro que tanto me gustaba y disfrutaba, y después de esperar más del tiempo necesario, aparecieron de repente con un vaso de agua, una manta y la perra que por mucho tiempo habían mantenido alejada de mí sin que yo se lo pidiera... me echaron la manta encima y me envolvieron de pies a cabeza, dejaron el vaso en la mesita del lado, y la perra se quedó ahí sin mover un solo músculo dispuesta a cumplir con la tarea que se le había encomendado...

Busqué un cigarro en la caja que un amigo piadoso me había traído de Cuba, -me dijo... busqué y rebusqué como si algo me dijera que la caja tenía doble fondo... y sólo encontré las joyas de la mujer que dice e insiste que todavía me ama y unos pequeños dientes metidos en pequeñas bolsas, y un mechón de pelo bien amarrado y perfumado... y una fotografía de un des-

conocido que en nada se parece a mí... que yo sepa, yo no tengo fotografías en blanco y negro...

Me puse a leer, quizás como último recurso un libro de poemas eróticos no sé si de los míos o de los tantos que me llegan o me llegaban de tantos autores desconocidos, y sin que me diera cuenta y como si las cosas que hacía fueran completamente diferentes a las que hacía, me quedé en silencio solo un momento, cerré los ojos solo un momento, y me di cuenta que estaba leyendo la biblia... no puedo recordar si el apocalipsis o el libro de la sabiduría o el de Job... que yo sepa la única biblia que tenía o recuerdo que tenía, se la regalé a un hippie hace mucho tiempo para que la usara como papel para fumar marihuana...

Después de todo lo que me está pasando y me sigue pasando casi sin que me dé cuenta y sin que me acabe de pasar del todo, he sentido un miedo que nunca antes había sentido... un miedo que rasca y pica y que no sabe cómo dejar de rascar y picar... y he pensado seriamente en cambiar la cerradura de las puertas y esconder mis libros, y salir a beberme mi taza de café al bar junto con mi güisqui, y escribir palabras obscenas que tanto me gustan en las paredes de la ciudad... y esconderme en la casa de la vecina como antes lo hacía sin que ni siquiera yo mismo lo supiera, y fumarme un buen tabaco con ella que tanto le gusta...

Todo eso y mucho más que tengo miedo de confesar, quizás con la vana esperanza de que no me ocurra o me vuelva a ocurrir, me pone los pelos de punta y le saca ampollas a mis días... porque me gusta guardar mis propios secretos en un lugar donde yo mismo nunca los encuentro... pero el miedo no amaina y me saca los dientes y me los rastrilla en la piel, y ya no sé dónde esconderme a cortarme el pelo y las uñas, de tanto esconderme y sacarme a pedazos de tanto escondite que ya no recuerdo...

Y ayer, mientras estaba en la ventana contemplando la calle y uno que otro transeúnte que de tanto en tanto se detiene sin saberlo junto a mis pupilas... cosa que he hecho desde mucho antes que se inventara la memoria y los sueños y las mentiras y las noches en vela... vi con suprema claridad que la mujer que

dice e insiste en que me ama, me llevaba agarrado del cogote como cualquiera lleva una maleta cualquiera... me llevaba, esta vez para dejarme de una vez para siempre en el asilo de locos... lo sé porque se volvió solo un instante y solo un instante vi en sus ojos que la decisión que había tomado era definitiva... lo sé, aunque el muñeco que llevaba era mucho más pequeño que yo... demasiado pequeño para ser yo...

Casa de donantes

Dónde y cómo y cuándo los órganos y las vísceras y los miembros y los cuerpos destazados y demás llegaban a las mercaderías y tiendas ambulantes no es cosa de la literatura... la incertidumbre y la palabrería es el origen de las causas que aparentemente generan los hechos y, en este caso, los efectos son tan apabullantes que lo mejor es dejarle a la justicia el inventario que se deteriora en los depósitos del horror...

Lo cierto es que en los últimos años la venta de todo tipo de órganos y de manos y de piernas y de dedos y de ojos y de lenguas y hasta vergas y pare de contar, se ha convertido en el negocio más próspero y lucrativo, aún en el más miserable caserío perdido en lo más intrincado de la selva... o de los barrios periféricos que le nacen a las grandes ciudades como un hematoma sin ton ni son... muchos habían vendido sus negocios tradicionales para dar paso a tales logros del saber y la prosperidad, o simplemente los habían alquilado para tales menesteres... convencidos de acabar de una vez por todas con el flagelo de la incertidumbre y hacerse con las vísceras del futuro...

Los mercados y las tiendas de ropa y los sitios de diversión habían desaparecido de un día para otro sin que la gente se interesara, o quisiera interesarse de tales cosas tan insignificantes y ya tan poco solicitadas... nadie y ni siquiera ellos mismos recordaban el lugar donde adquirirían tales artículos, últimamente convertidos en cosas de dudosa necesidad y ya ni siquiera su nombre les quitaba el sueño... y menos aun podían recordar o imaginar dónde habían celebrado su cumpleaños, o se habían entregado en matrimonio, o dónde habían concertado su última cita de amor...

Desde el amanecer la gente inundaba las calles con sus canastos y todo tipo de pequeños vehículos hechos en casa, y carretillas y cajas y cuantas cosas más... y en menos de lo que canta un gallo se iniciaba la función... canastos y cajas y maletas y bolsas plásticas y hasta los bolsillos y el sombrero llenos de

vísceras frescas y manos tibias y delicadas, y una lengua húmeda junto a un par de ojos inundados de lágrimas, y una verga vigorosa envuelta en un limpión sucio, y labios embriagados en el último beso, y pedazos de vagina todavía habitados por la agonía del espasmo, y tetas hinchadas en la delicia de la memoria, y una que otra muestra de orina en pequeñas bolsas, y mierda, y de vez en cuando un lunar en una caja de dulces y hasta los güevos de un mono asesinado a mansalva en los zoológicos del sueño y de la digestión...

El vocerío estridente que pregonaba todo tipo de cambios y intercambios, y las rebajas y los remates y las nuevas mercancías y la calidad de las mismas, inundaba las calles y el tiempo, y los teatreros y todo tipo de comediantes y prestidigitadores y culebreros baratos habían dejado las tablas y abandonado sus familias para dedicarse a promocionar los productos de los negocios más prósperos y los suyos propios... y la ciudad se iba llenando de vendedores ambulantes y peregrinos y usureros de todas las horas y un vaho de felicidad formaba una capa impenetrable en la memoria fétida del tiempo...

La gente compraba todo cuanto podía... y robaba y mentía y se hacían los de la vista gorda... se endeudaba, hacía promesas de todo tipo, juramentos devotos, maldecía, recurría a trucos inesperados para hacerse con una mano de más, o un trozo de nalga, o un esfínter hábilmente conservado en un frasco de leche... había demanda de todo y para todos... y muchos compraban repuestos para dos años, otros para tres y cuatro y otros muchos había que no podían dejar de invertir sus últimos ahorros y compraban de todo para el resto de sus vidas... tal apetito brutal creaba conflictos entre vendedores y compradores, o entre los mismos y los otros que se disputaban como fuera este o aquel ojo azul muy escaso en el mercado, o el último pene que ya bien entrado el atardecer adquiría un precio desorbitado... las discusiones se convertían en agresiones a mano armada y, estas, en verdaderas carnicerías que la gente disfrutaba como quien más, ya que después de tales zafarranchos de carne y sangre nuevas mercaderías inundaban el mercado y los precios bajaban o se estabilizaban... muchos no dormían por el temor de que la oferta se hiciera cada

vez mayor y que por lo mismo tuvieran que guardar sus excedentes en las bodegas propias o ajenas, casi siempre repletas y caras... temor que desaparecía sin dejar rastro ya que al caer la tarde los compradores menos necesitados hacían su entrada entre pedos y relinchos y compraban todo lo que quedaba a precio de gallina flaca y apestada...

En las casas, aun en los lugares y rincones menos accesibles y en las escuelas y casas de putas, o donde fuera, abundaban los frascos de todo tipo y materia y tamaño... llenos de vísceras y de órganos y de pedazos de dudosa identidad... y colgados de las vigas del techo o en ganchos que parecían multiplicarse en las paredes, brazos y piernas y cabezas, unas intactas otras a medias y otras a reventar y una buena colección de tetas en las ollas de la cocina y un set completo para el tronco, o para el bajo vientre en alguna vitrinilla o sobre la mesa del comedor o en las camas...

Lo más extraño e indecible de todo este asunto es que la gente perdía, día a día, sin mostrar el mínimo interés por tal fenómeno y sin poner cartas en el asunto, alguna parte interna o externa de su propio cuerpo... y les alegraba de alguna forma ya que esto les aseguraba un excedente y un flujo continuo de nuevos productos en el mercado... así que tanto vendedores como compradores intercambiaban a diario sus papeles y la oferta hacía de las suyas en la demanda y esta en aquella... y el mercado se inundaba otra vez de tuertos y ciegos y mudos y maridos desobligados... hermosas mujeres a las que le faltaba medio culo y la labia interiora de la vagina y una teta y el ombligo... y que pasaban muchos días en la batahola buscando, como gallinas hambrientas en el basurero, el repuesto de su sueño... y niños desmembrados que jugaban a la pelota en las esquinas con cualquier pedazo abandonado, mientras esperaban que sus padres o amigos terminaran sus compras... y prostitutas pagando a precio de oro su siempre tan ansiada virginidad... y hombres en muletas y vendajes sin vendado y hasta de vez en cuando algún animal que se ha aprovechado de la confusión para hacer su agosto... y se birla un hígado y se hace ilusiones con un seno generoso y aún relamido...

Se dieron casos especiales y de tan digna consideración que fueron consignados en los libros de registro de la ciudad... niñas todavía púberes que después de buscar todo el día su seno izquierdo o derecho lo encontraban donde menos esperaban y para su felicidad el mismo que habían perdido o vendido o intercambiado la noche anterior... y hubo mujeres que dieron fiel testimonio de su buena suerte y se pasaron por las oficinas para declarar que después de una búsqueda incansable dieron con su vagina, la misma que su amante había besado, acariciado y besuqueado la noche anterior o mañana... y hasta hubo alguno que encontró su lengua cuando ya todo lo daba por perdido y luego del milagro se puso a hablar las últimas palabras que había hablado el día de su desaparición... y dicen, los que se las ingenian para llevar un inventario de todo, que hasta el mismo dios se hizo presente un día en el zafarrancho a comprarse los güevos que había perdido el día octavo de la creación... y que encontró unos que ni qué decir y que más feliz que bobo en fiesta se largó definitivamente del paraíso...

La cosa llegó a tal extremo que la noticia de tales logros y de tanto progreso se regó como pólvora por todos los rincones del mundo... y la gente se levantaba con un ojo que no era el suyo ni de nadie ni de todos... y se entregaba a las caricias de un amor con unas manos ya hartas de otro amor, o un amor extraño ya a punto de extinguirse... otros hacían sus necesidades más íntimas con órganos ajenos y los otros también y los más besaban los labios del amante que no eran los suyos ni los de ellos... y una verga que se extraviaba otra vez en el placer de una vagina que nada sabía del asunto, tampoco la verga... y una lengua inundada de diatribas de otra lengua que nada había oído de la lengua que decía...

Y así y todo, hasta que una noche se entraron los ladrones a todas las casas habidas y por haber habidas, y huecos y alacenas y bodegas y despensas... y se robaron todas las existencias que quedaban, y los repuestos y las partes mejor guardadas y valoradas y el pueblo se levantó y se congregó en la plaza con sus canastos vacíos y sus cajas huérfanas y sus sueños en el sueño de nadie... una mano aquí, un pie allá, una lengua tirada en el cubo

de la basura, unos labios abandonados en un sangüiche... pedazos, solo pedazos y lamentos y quejidos a pedazos hasta que no quedó nadie en la plaza para contar el cuento... sólo los productos frescos en el mercado que apeataba a mil demonios y ni un solo vendedor y ni un solo comprador y ni siquiera Dios que se apiade de su propia alma... o de sus güevos...

Bolsa de compras

No sé cómo fui a parar a la bolsa de compras de esa mujer desconocida para mí. Ni siquiera en mis sueños, que tan bien recuerdo aparece, y lo peor es que es tan fea como un espanto, camina sin gracia, huele a animal maltratado y en su mirada se dibuja una sed infinita...

Por más esfuerzo que hago no puedo ver con claridad, en cuál de los estantes del mercado me encontró y me eligió y me agarró y me leyó y me tiró junto a otras cosas sin valor en el cochecillo de compras; y me pagó y me metió en la bolsa como si por un instante yo y todo lo demás, e incluso ella misma, hubiéramos dejado de existir...

La verdad es que estoy más asustado que de la cuenta, porque en circunstancias como estas uno no sabe si sigue siendo lo que es, o lo que creyó que era, o si simplemente se ha equivocado de identidad, y lo que lleva la mujer a casa en una de las bolsas apretujadas en la cajuela del coche, no es más que otro que también ha terminado creyéndose lo que no es...

Jamás en mi vida de perro callejero había sentido lo que estoy sintiendo, y por instantes me parece que la bolsa se inunda de cosas desconocidas, olores nauseabundos, materias insolubles, extrañas ideologías y explosiones de materiales aún sin identificar. Lo único que me consuela es que no voy solo y quizás todo este naufragio de lo que no sabía que era, ni sería, tiene que ver más con lo demás que me acompaña, que con lo que no era mío y que ahora siento todavía tan mío y, a la vez, tan de nadie. La otra cosa es que no sé, qué es lo que esta mujer desenfadada se propone hacer conmigo. Tantos productos que hay en el mercado de mejor calidad y he tenido que ser yo el que he caído en sus manos. Esto me tiene al borde de hacerme un botadero de basura en los pantalones...

Ya en la cocina la muy cabrona se ha olvidado de la bolsa donde aún sigo diferenciando pedazos de memoria como si se

tratara de un vertedero de desechos. Yo solo, como si fuera el único culpable, porque las otras cosas que me acompañan las ha sacado una a una, con una pulcritud inesperada, y las ha colocado con un amor casi enfermizo en la alacena. De repente tengo un miedo casi inexplicable de que de pronto se le dé por echarle un nudo a las puntas de la bolsa y me ahogue, o se desahogue machacándome contra las paredes, o intente como sea meterme por el hueco del toilette y ahogarme... si mujeres bonitas ya han hecho lo mismo, qué se puede esperar de estas mujeres que ya no saben qué hacer con ellas mismas...

¡Cómo es que un hombre como yo ha llegado a parar en la bolsa de compras de una mujer que no estaba ni de causalidad en mi agenda...! Hay hombres que han sido estrangulados por amantes insaciables, pero en este caso yo no sé si valga la pena sacrificarse, o ser sacrificado, incluso si se trata de placeres inimaginados. Yo que siempre creí que el destino me tenía cosas reservadas a la altura de mis sueños, o al menos de mis mejores deseos cuando aún estaba en la escuela y pensaba que todo estaba al alcance de la mano...

Yo que tantas mujeres refinadas, y hechas para las caricias y los besos, y las noches que nada saben de los días y estos que nada saben de las noches, he tenido entre mis brazos. Y ahora como ustedes pueden ver, sin que haya quebrado la ley para recibir tal castigo, me encuentro en esta bolsa de mercado más perdido que nunca y cada vez más lejos y cerca de mí. Hoy, la mujer, así de improvisado y como si ella misma no se hubiese enterado de los hechos, colgó la bolsa en un clavo que estaba en la pared y donde parece haber tenido un cuadro por mucho tiempo, ya que se puede ver la diferencia de textura y la huella del marco y algunos residuos de polvo. Colgado ahí como unos huevos que alguien quisiera defender de las alimañas en una casa abandonada, pensando en el desayuno del día siguiente que nadie prepara y con la extraña sensación de quedarme ahí colgado para siempre...

Las alturas siempre me han incitado al desconocimiento a mi pesar y, mientras las fuerzas me abandonan, empiezo a sentir que ya no queda nada de mí. Que sigo ahí, lo sé inevitablemente, pero también sé que la bolsa está vacía, o puede estarlo en cual-

quier momento. La mujer se pasea a toda hora por la cocina como si buscara algo que se le ha perdido y que no puede recordar que ha perdido; y lo peor es que parece que se niega a renunciar, no se resigna. Unas veces completamente desnuda, otras a medio vestir y, las más, como si acabara de salir de una pesadilla...

A pesar de mi condición todavía puedo ver que sus piernas son retorcidas, su culo una masa incongruente, ilógica, y sus tetas una especie de castigo informe. Así que, como puedo, saco fuerzas de donde no tengo para llamar su atención, aprovechando el dilema de su desnudez que me mantiene en mis cabales más de la cuenta, y me sacudo y me muerdo y me interpelo para saber que todavía sigo vivo. Y le imploro en un lenguaje desconocido, al menos para mí, y las paredes sangran y la cocina se llena de lamentos y la bolsa pareciera por momentos romperse y regarse en su descomposición hasta inundar toda la casa...

La mujer, de repente, moviendo el culo como si soñara, se detiene, levanta sus brazos desproporcionados y se queda pensando o disfrutando de su lengua que se relame y chasquea y, como si ya no fuera ella misma, agarra la bolsa, va hasta la terraza, abre la puerta, la levanta, le da dos o tres vueltas en el aire, -ya nada recuerdo-, y luego de emborracharme un poco más con su risa macabra, una vuelta más con todo su cuerpo y me tira al patio de la casa. Vuelo por unos momentos en un mundo desconocido y para evitar un final desconocido pienso que la mujer es hermosa como una noche interminable de amor, y que con sus dedos delicados me acaricia y me pone en la olla, me sazona con hiervas aromáticas, me cocina lentamente, y me sirve y me decora y se sienta y delicadamente me devora como cuando por vez primera descubrimos las delicias del sexo oral...

Para mi fortuna no había perros hambrientos en los alrededores...

Afluentes

En las pupilas de mi padre, o del lechero, o del hombre que venía con frecuencia a arreglar el televisor y la radiola de mi madre, ya se cocían y recocían las palabras que toda la vida me la he pasado buscando y que, toda la vida, me han estado esperando para que les ponga tate-quieto... aún a sabiendas de que en otra pupilas, esa noche de placer, las mismas palabras mías se hicieron con otro dueño, otro iluso, que también sigue buscando y esperando, mientras alguien lo espera...

Aun, así y todo, todavía no logro comprender porqué el televisor de mi madre y la radiola siempre estaban estropeados... tanto que a veces recuerdo más el rostro del renombrado técnico que el de mi padre, aún, incluso el día de su muerte... mi padre entero, ahí, bien muerto, todo lo largo que era y su sonrisa, con otro rostro y otras pupilas y otra noche de placer que nunca fue suya, o quizás demasiado, y otras palabras que ni aún ahí, ahora, tan muerto, me dicen que sí...

El lechero simplemente dejaba las botellas en el porche de la casa, casi siempre una o dos de más y nunca supe si cuando regresaba a recoger las vacías se llevaba las que dejaba de más... tampoco recuerdo haberlo visto tocando el timbre, o la puerta, o merodeando hambriento y casi en desuso de ventana en ventana... de él solo me queda que las palabras por naturaleza son mudas, que no dicen nada, y que cuando callan se encienden las lámparas y en los alrededores de la casa sólo se escucha el llanto de los aparecidos... y las ventanas se apagan...

Buscando, siempre buscando las palabras hechas a la medida de la boca, de cada gesto, de los chasquidos de la lengua, de las moscas que se regodean en el plato, de la punta del lápiz que en el reverso del papel se extravía... siempre vestido con la camisa ajena, a la hora exacta de la cita equivocada, y los pantalones perfectos que compraste en una tienda de segunda, y los zapatos a tu medida que te quedan grandes, recogiendo las migajas que

se caen de tu propia mesa, una noche de placer que a pesar de ser tuya, de tus manos y de tus sueños más íntimos se te quedó en veremos, quizás...

Y entonces ahora más que nunca, que siempre... sólo escuchas el ruido de las botellas vacías en el porche, y un viento espeso sin atardecer, y los pasos ligeros del renombrado técnico que regresa, una vez más, a reparar el televisor, y el equipo de sonido digital de mi madre y, últimamente, su teléfono celular...

Bestiaria

Esa noche como de costumbre se acostó a la misma hora de siempre y como de costumbre se durmió casi en el mismo instante en que su cuerpo desnudo tocó la cama... Como lo hacía cada noche antes de acostarme a su lado, entré al cuarto y me senté junto a ella a contemplar sus gestos y su respiración... su rostro quieto y ajeno parecía cosa de otro mundo; pero de repente uno de sus párpados tembló y se quedó mudo, sólo un instante para volver a temblar esta vez con más intensidad y rapidez y frecuencia...:

El milagro del aire en las aguas reposadas de un lago y en mis pupilas la luz efímera de una lámpara...

Inmediatamente se hizo evidente el otro párpado y luego sus labios que se despegaron como una fruta en dos mitades al contacto leve de un cuchillo, y a los labios siguió el aire caliente que inundó las fosas nasales, y a estas el atropello de los senos que abrió paso al bajo vientre, que dejó al descubierto la entrada de su sexo desnudo, que replicó como un suspiro hasta la punta de los pies que sonaron como pasos perdidos en un laberinto...

Así estuve toda la noche de la cabeza a los pies y de estos a la cabeza sin saber del tiempo que se le empozaba en la mirada, hasta que su cuerpo hecho un arco levitó en mis pupilas y se quedó sin ángulo y sin perspectiva, abierto de par en par e ingrátido flotando en mi devoción... los ojos se le llenaron de sangre, la boca se le quedó varada en un quejido interminable, las fosas nasales seguían derramando un vaho caliente, los pies se le agarraron casi inexistentes a las cuerdas de la agonía, y el sexo se le acumuló de materias en ebullición, y se le derramaba de gritos y de olores pestilentes, y se le resistía a la cosa pegachenta que se le metía hasta su propia lengua... y el cuarto contenía sus quejidos en uno solo hasta la consumación de los siglos...:

Y yo ahí íngrimo en los desechos de su intimidad como un niño recién nacido desahuciado y abandonado y mal envuelto, desempacado en un basurero...

La pesadilla hizo presa de ella hasta el amanecer... se despertó como quien no sabe que se ha despertado y se quedó mirando el techo por unos segundos como si leyera un texto que ya había leído muchas veces... o quizás simplemente tratara de reconocerse en el espejo de las horas... me llamó una o dos veces y una vez allí me pidió con una voz todavía entrecortada y ronca que sacara del cuarto la figurilla del camaleón que había comprado en mi viaje a Bangkok...: regálala me dijo, o escóndala en algún lugar desconocido de la casa, o tírala...

Despacio me le acerqué y le murmuré al oído algo que ya no recuerdo y después salí del cuarto con el camaleón todavía vivo, escondido como pude debajo de la camisa...

Con la muerte a cuestas

Para Kathy Hill

Los gatos habían sido hechos para ella y ella para ellos... si pudiéramos estar en la mente de todos y de cada uno de estos felinos, en sus manos ya no tan felinos, ya no tan gatos, podríamos afirmar que desde el comienzo de los tiempos o de su especie, ella ya los había conocido y amado y amamantado y acariciado uno a uno, y uno a uno desde mucho antes del comienzo de los tiempos les había dado un nombre, el apropiado, el exacto, el que siempre había soñado y que le había permitido soñar...

Aparecía y desaparecía como tocada a cada instante por un conjuro extraño o una promesa que no podía dejar de cumplir... un peso de esos que circulan con la sangre y que la sangre misma aliviana y hace volar, sin que tengamos alas y ni siquiera ganas de volar... unas veces estaba allí donde cuidaba los suyos, sus elegidos, sus escogidos, su rebaño ideal, y otras se repetía como un fantasma ya casi incoloro e inodoro donde quiera que fuese que hubiese uno de ellos perdido... o abandonado... o enfermo... o maltratado... allí estaba ella, nunca faltaban sus manos cada vez más grandes de tanto amor...

Los alimentaba a manos llenas y a manos llenas los acariciaba, les hablaba y se hacía un rollo con ellos... y pasaba las noches con todos ellos... los que estaban y los que no... los que eran y los que todavía no eran... los que se habían ido sin que por lo mismo se hubiesen marchado definitivamente... incluso los muertos... todos ellos, todos los muertos, como si su cuerpo fuera un imán que los atraía y los congregaba y los nacía a todos, a cada uno de ellos, a la hora de su amor, a la hora de sus caricias... a la hora del pan...

Era delgada como una brisa tenue y casi inexistente... como el soplo de un enfermo ya perdido en sus últimos sueños... los ojos hundidos, las mejillas altas, las caderas estrechas y pequeñas, las piernas largas y como si le nacieran en las axilas, y te-

nía el cuello a la manera de los lagartos y como ellos una mirada acaballada en el crepúsculo de un muro desconchado... si había tenido senos ya la habían abandonado, o ya se le habían consumido de tanto amor, de tanto pan, de tantas manos, de tantas noches en vela... y de las nalgas solo le quedaba el vago recuerdo de un amor que se marchó demasiado pronto...

Desde el primer instante que la conocí tuve miedo de que en cualquier instante pudiera desaparecer... hacerse humo, aire, eco, apenas un rumor, una sonrisa apenas, una sílaba a medias, apenas... ni siquiera una sombra... también me atemorizaba el presentimiento, cada vez más presente e intenso, de que para ella yo no fuera más que uno de sus gatos... y más aún, me ponía los pelos de punta y la piel de espanto, el solo pensamiento de no saber cuál de todos, cuál de ellos, cuál de tantos... y como nunca me llamó por mi nombre llegué incluso a tener pesadillas con la idea de que me había asignado un nombre secreto que se guardaba solo para ella... y que a mí también me acariciaba, y me decía palabras de amor y me daba mi ración diaria de pan...

Un día encontré un libro sobre los gatos y el zodíaco en una librería de segunda mano... No recuerdo nada su título exacto. Estaba en perfectas condiciones y tenía unos dibujos que cualquier dibujante que se respete hubiera querido haber hecho... lo compré y esa misma tarde se lo llevé a casa. Lo recibí con un placer indescriptible... la miré y me miró fijamente y por un momento sus ojos parecieron salir de su escondite y mirarme y reconocirme y decir mi nombre en silencio por primera vez desde lo más recóndito de su amor...

Me la encontré al día siguiente sin proponérmelo y sin que ella se lo propusiera... cosas que los que saben llaman, el azar, lo fortuito, el destino, la fatalidad... sin embargo cuando la vi a mi lado, como si siempre hubiese estado a mi lado, tuve el presentimiento de que la cita ya había sido concertada desde antes del comienzo de los tiempos... me miró lenta a los ojos con un placer que yo nunca en mi vida he vuelto a ver en otros ojos, ni siquiera en los ojos del amor... y me describió con una precisión endemoniada el signo que le correspondía a cada uno de sus gatos... escucharla hablar de las características, carencias,

cualidades y sueños de cada uno de ellos, era como participar de un número de magia exquisito... armar con los ojos cerrados un rompecabezas de difícil ejecución... era como sabernos vivos por primera vez, y por primera vez conocer lo desconocido... era como si hubiésemos entrado de un solo golpe en los territorios de la felicidad... recuerdo que antes de marcharse me dijo: “nunca antes me habían dado un regalo tan hermoso y no creo que nunca más me lo vayan a hacer”...

Y sin que yo me diera cuenta ya no estaba... solo había quedado en lo fortuito el hueco de sus ojos flotando en lo más hondo y jugoso de mi felicidad... solo su mirada sin tiempo, el nombre que nunca me dijo, y todo lo que ahora quiero callar por un instante, se quedaron conmigo hasta que ya no pude más y eché a correr temeroso de que en un segundo iba a saltar por los aires hecho pedazos, trizas, mierda... bandadas de sueños...

Hoy está enferma de muerte... de repente se le ha acabado la respiración, los pómulos salientes, sus caderas, la cicatriz de sus senos, todo se le ha acabado para siempre... un lagarto, ya casi nada al atardecer sobre el borde de un muro abandonado... ella sabe que se va a morir y los gatos también lo saben... incluso mucho más que ella... y uno a uno, congregados a su alrededor esperan la hora fatal... su propia hora... la hora exacta, la hora del amor definitivo... de sus caricias definitivas, de su último trozo de pan...

Ella los reconoce a todos, los llama por su nombre uno a uno, palpo a palpo... los que están y los que no están y los que se fueron, más aún, que los que han acudido a su última cita, el último nombre, la última mirada, la última mano ya casi perdida en los socavones del dolor, de la tristeza, de las noches en blanco... habla con ellos y ellos le hablan... y se hablan, y le imploran y se imploran, y pareciera que, en cada palabra, ríos de esperanza invadieran el cuarto, donde el silencio poco a poco va acuñando su última moneda...

Y cuando ya parece que sus ojos se borran definitivamente, y sus caricias huyen a manos llenas como fantasmas aterrORIZADOS, uno a una las bestias se van acomodando sobre los últimos vestigios de su cuerpo desnudo... un lagarto demasiado largo y

delgado dormido en una cama angosta y demasiado larga y sin tiempo... uno a una, lentos, como si no pudieran con su propia carga van subiendo a la cama... una a una hasta cubrirla por completo de pies a cabeza y ahí se quedan, uno a uno, para siempre hipnotizados con su amor, ebrios de amor, perdidos de amor, evitando que el frío se apodere de sus despojos, de su último beso, de sus últimas caricias, de su último trozo de pan...

Día de compras

Últimamente voy al mercado a caminar y a comprar cosas que no quiero comprar... por supuesto que también compro comida y de vez en cuando un pez para la pecera porque últimamente se me muere uno por día... y también miradas y suspiros de reojo y risas de niños, y rumores y cosas perdidas que uno se agacha y escoge por ahí... compro...

Ayer, creo que hice un buen negocio y todavía hoy me inunda un extraño cosquilleo de felicidad... se me mete entre las piernas la cola del orgullo y me enamora... me compré tres kilos y medio de amor, a un precio razonable... yo diría, incluso, que barato... tres kilos y medio de amor, casi ocho libras, envueltos en papel periódico y bien amarrados como un delicioso tamal...

Últimamente no es tan fácil encontrar una buena ganga como muchos creen, aunque se quede uno casi ciego de tanto mirar y rebuscar y preguntar... aunque se quede uno en el mercado cuando ya todos los vendedores y las risas y los niños se han marchado... y ya solo los perros se queden por ahí metiendo la nariz en los desechos...

Y como si aún fuera poca mi buena fortuna, el mismo día y a la misma hora, también pude comprarme quince litros exactos de silencio en un puesto donde unas niñas vendían frutos y dulces de todos los colores y sabores... no fue una decisión fácil ya que los dulces y los niños parecían comerte con los ojos...

Y unos minutos después, un poco más adelante, cerca de una venta de cachorros de perro y de comida me compré siete metros y tres centímetros y medio de besos de todos los colores y sabores, también... besos usados y recién sacados de la fábrica, y mordidos y lamidos y perdidos y hasta besos con lengua me compré...

Con el sol todavía en las nubes y muy contento, eso sí, no sin antes haber revisado las cuentas para asegurarme que finalmente había comprado lo que quería, me metí la lista al bolsillo,

conté las monedas que me habían quedado, agarré la compra y me fui a casa... un perro me siguió todo el trayecto, pero al doblar la esquina que siempre doblo, antes de llegar a mi calle, se paró en seco, dio la vuelta y se marchó por el mismo camino aullando como alma que lleva el diablo...

Un poco antes de llegar, como un niño que compra dulces y le dan de ñapa el que más le gusta, el más caro, el que más se vende, hice las sumas correspondientes y los balances y estoy contento con los porcentajes y lo que tuve que sustraer, o dividir o refundir o dejar de lado para que me salieran bien las cuentas... y no me quejo... es lo único claro... lo único exacto... lo único...

Ahora es tu turno, ahora te toca a ti sacar las cuentas, incluso las que no has contraído y las que nunca vas a contraer... y espero que sepas un poco de matemáticas para que no te pase lo mismo que a mí...

Cinco

Eran cinco. Eran muy buenas amigas y se querían tanto y de tal forma que casi siempre despertaban malas lenguas, gramáticas obscenas, noches en vela. Nunca supe cuál era el secreto de su amor y si lo hubiera sabido, quizás, nada hubiera florecido en mi memoria. De todas tengo un recuerdo todavía vivo en mis entrañas... quizás de unas más que otras, pero de todas, una imagen nítida, perfecta... podría decir que ideal, casi divina... una falla en el tiempo que perdura... una pausa en los hangares de la muerte... una sílaba de luz... se me quedaron en el cuerpo, en el alma, en los dedos, en la respiración como si siempre fuera la primera vez, la primera vez que las viera, el primer amor, el único amor... como si siempre fuera la primera vez que vuelvo a verlas salir desnudas todas juntas de la ducha, una a una, diciéndome secretos al oído la primera vez, bañándome en sus lágrimas la primera vez, sus risas, sus miradas, su silencio... la primera vez...

La más pequeña era rubia y tenía unas tetas hermosas... siempre como diciendo aquí estamos y no queremos saber del olvido... maduras al caer la tarde y al despertar el alba más maduras aún... como uno de esos frutos que nunca acaban de madurarse y que nunca se caen, aunque siempre se estén cayendo... eran tan lindas sus tetas que desde que las vi y hasta el día de hoy siempre soñaba y he soñado siendo un bebé monstruoso, singular, con lengua de perro y labios de insecto y manos de gigante... un bebé que no crece, que se niega a crecer para no tener que renunciar al hedor de los pezones, al delirio de tanta abundancia, a la untuosidad de tal milagro... ustedes pueden ponerle el nombre que quieran... cualquier nombre está hecho a su medida, o digamos mejor que ella fue hecha para todos los nombres, que ella es todos los nombres... Yo tuve sus tetas dormidas en mis manos, las tuve derramadas en mis labios, en mi boca las tengo todavía, y todavía en las noches me las trago enteras, y mamo su

sustancia y muero y muero... sus tetas me dijeron muy temprano que la noche solo tiene una estrella... y que solo en la boca soy humano...

La más alta de todas tenía el pelo color caoba y unas caderas que cada vez que se movían al unísono de unas zancadas enormes, ponían la piel de gallina, cegaban de tanta delicia, embrujaban de tan perfecta sonoridad... cuando las caderas encontraban el ritmo adecuado, también el universo encontraba el suyo, y hasta las cosas que solo existen en el sueño, igualmente el suyo... todo deliraba de dicha en sus caderas, se definía en sus caderas, existía en sus caderas, se cocinaba en sus caderas... Yo las tuve en mis manos, fueron mías, me perdí sin darme cuenta en sus caderas, me busqué sin encontrarme en sus caderas, me amarré para siempre a sus caderas y ahora vivo por ellas, soy por ellas, pienso ellas... y cuando mis manos vuelven a sentir el delirio infinito de su carne en sus caderas encuentro las palabras que no encuentro, y digo y escribo sus caderas, me las digo, las transcribo en el hueco más sucio de mi alma... sus caderas no me dijeron nada, solo que la vida es lo que ya se ha ido...

La más cómica tenía el pelo negro... tan negro como esas noches de placer donde los ojos no son nada y nada quieren, y quedarse ciego, perdido, confundido, es la raíz de la dicha... negro y largo y le caía como un presagio hasta tocarle el culo donde parecía extasiarse y revolcarse de un placer extraño... un culo que nunca más he vuelto a ver en mi vida, ni siquiera en esas revistas donde se venden y se promocionan y se glorifican culos que nos dejan mudos para siempre... era hermosa de pies a cabeza, pero su culo era el motor que movía tanta gracia, y sus explosiones de luz... todo se iluminaba a su alrededor una vez su culo entraba en escena... todo era como el comienzo de todo... un panal exquisito era su culo donde hasta lo más insignificante venía a beber en su delirio... en el comienzo era su culo y allí se hizo el día y la noche... y su culo dijo hágase la luz y la luz fue hecha... y separadas las dos nalgas, dijo, y fue el primer amanecer, el primer amor, la primera palabra... la primera herida... Y hágase yo, que, de rodillas, siempre de rodillas lo tuve entre mis manos, dijo, y le conté mis más íntimos secretos, me quedé

dormido en sus silencios, lo adoré de rodillas y bebí mi propia sangre en su quimera... su culo me tatuó en la respiración el olor de la gloria y me dio de beber en mis propias manos el sabor del abismo... su culo me dijo mucho más tarde y me lo sigue diciendo que todo entra por la nariz y se queda para siempre en la lengua, en las pupilas... Que el mundo tiene sentido porque no tiene ningún sentido de ser... su culo me hizo creer en una vida después de esta vida...

La mayor de todas tenía el pelo corto... siempre lo llevaba corto... unas orejas deliciosas se hacían más visibles, un cuello alargado y siempre fresco le ponía a toda hora estrellas a la noche... los ojos se le hacían más grandes cada instante, la nariz pegada a los placeres de otro mundo... pero eran sus labios lo que se subía a la cabeza... sus labios eran como un incendio que nunca se apaga... una fiebre amada y alimentada en la gloria... y cuando se pasaba la lengua y los humedecía, las tetas y el culo y las caderas y la vagina de sus amadas amigas desaparecían un instante para que la dicha saltara desnuda y de cuerpo entero desde lo más recóndito del amanecer... eran abundantes y carnosos y del color de esas tardes cuando el rojo se junta con el negro y se desploma hasta que al silencio se le pone la piel de gallina y a los días se les parte el alma... Entreabiertos, siempre entreabiertos, los dientes pareciera que esperaran a toda hora una señal, una falla en el tiempo para saltar de sus noches y devorarlos de un solo golpe... tragárselos sin derramar una sola gota de sangre, chupárselos hasta que solo el sabor de la nada floreciera en el lugar de los hechos... yo supe de sus labios en los míos y todavía tiemblo y me caigo y me castigo y sueño y me despierto y corro y rompo las ventanas y las puertas rompo, y busco a tientas lo que queda de mí... en sus labios las palabras nunca tuvieron sentido... ahora tampoco...

La menor de todas era negra. Del color de las uvas, de los besos de amor en el delirio, de las manos que regresan de la muerte. El color del descanso, el color del silencio. Nunca recuerdo haber escuchado nada de sus labios, solo su sonrisa recuerdo y una mirada inusual en sus ojos que se me quedaron para siempre abiertos en mi intimidad, en la médula del deseo, en lo más in-

apropiado de los sueños... negra como era, nunca se veía más o menos entre las otras, simplemente estaba y sin ella nada hubiera sido lo mismo... ella era la lámpara que nadie ha visto, pero que más alumbra... Tenía unas piernas largas y bien delineadas como si hubiesen sido sacadas a última hora de una fábrica de sueños... largas y tan hechas para la caricia de los labios, de las manos, del silencio... que una vez que aparecían, el cielo desaparecía y solo la tierra quedaba floreciendo... ante ella siempre estuve inclinado saboreando gota a gota su gloria... y ahí entre sus piernas era ella la que tenía la vagina más hermosa de todas... una cosa que en el ocaso de las piernas se levantaba como una mano generosa destilando el zumo del tiempo... Era grande y parecía que no le cabía del todo entre las piernas, que no se le acomodaba, que algo le faltaba, que estaba siempre perdida en otro mundo... con falda o en vestido, pantalones, o en calzones o a la intemperie, a uno no le quedaba más remedio que mirarla contemplarla, adorarla... era como si nos llamara todo el tiempo y como si todo el tiempo esperáramos que nos llamara... a mí un día me la puso desnuda entre mis manos, me la dio de beber en mis labios pedazo a pedazo, la dejó abandonada en mis pupilas... me dio de comer su gloria y sus secretos, los síntomas de su divinidad, su nada y su silencio y su agonía...

Su vagina fue tan mía que me sigue todavía y le pone estrellas a mis días... a mi lengua repite sus secretos... la recuerdo entre sus piernas, en las mías como un perro siempre despierto que no sabe dormir, que no quiere y que quiere morir, pero no puede... de ella me quedó la pasión por la cocina...

Eran 5 y las recuerdo todavía como recuerdo el día que todas juntas me cortaron el pelo, me bañaron, me untaron de sus manos, y todas juntas, en la cama, una a una, me dejaron esta herida de amor...

Cirugía avanzada

Soñé que era una mujer y que me habían crucificado y que manadas de machos se arrodillaban ante mi cruz rogando por una palabra de aliento... y que en fila esperaban sin perder la paciencia para poseerme... día y noche las filas crecían hasta perderse en la consumación de los siglos y yo, ahí, en mi cruz, desnuda, disfrutando y malgastando la misma ración hasta que el infinito se me ahogaba entre las piernas y soñaba que en una de las filas yo mismo esperaba mi turno para poseerme... y que sin darme cuenta me escabullía por entre las piernas de los penitentes y a zapatazos por el rescoldo de las noches y ya estaba en primera fila, de primero haciéndome mía y disfrutándome mía con una pasión inusitada, mientras el delirio de yo me hacía suya en el hueco enorme del placer que también hacía fila dispuesto a quedarse con lo mejor de la ración del día...

Me desperté bañado en sudor y no pude levantar mi cuerpo que de momento parecía atrapado en un incendio... tomé impulso meciéndome de un lado a otro, pero pesaba más de la cuenta y me quedé varado en mi necesidad y mi delirio... sentí una especie como de abrazo en los hombros y en las caderas una cosa trabada... me toqué y mis dedos se enredaron en un bulto que no era mío... corrí al espejo y vi a medias que la vida se me había pegado a la espalda como una malformación congénita, como un parásito sexual, como un ladrón que se toma todo el tiempo del mundo para agarrarse lo mejor de su extravío...

No fue fácil hacerme con la fuerza adicional y la voluntad que requería tal estado de cosas, pero poco a poco fui haciéndome a la idea de que todo seguía igual que antes, a pesar del exceso de identidad que cada vez más se me agarraba a la espalda tomando las dimensiones de un coito enorme que no encuentra la puerta final, su grito y su memoria...

Desde ese día aciago llevo mi vida para todas partes para no decir que me lleva, ya que para aliviar la carga y sus berrin-

ches he tenido que declararme su prisionero... le he pasado un cheque en blanco y le he firmado todo tipo de documentos no sin antes consultar con un especialista... si al menos se tratara de una joroba, o de la carga de todos los días todo sería más fácil... pero esta cosa me exige, y se me hincha a toda hora que da pena... y se me mete en las horas como un avestruz de mil cabezas...

Me las he ingeniado de mil maneras para intentar arrancármela de mis horas y de mis noches y de mis sueños que no cesan, pero sigue ahí pegada como una ladilla mejor que nunca disfrutando de los rezagos del placer... si al menos diera la cara... si me diera al menos la oportunidad de mirarla frente a frente, de saber con quién tengo que vérmelas... pero nada... solo me permite saber que está ahí y que soy suyo sin que yo pueda decir ni de chiste que ella es mía... que putada... todo es peor que la mierda que no tapó el gato... ni siquiera he podido volver a insultarla como lo hacía una vez me llevaba a la cama, ya que últimamente me ha prohibido incluso que le dirija la palabra, o que intente acariciarla sin avisarle de antemano...

El quid de la cosa está en que cada vez se vuelve más caprichosa y malgeniada y hace de las suyas y me dice cuanto se le viene en gana como si no tuviera pelos en la lengua... y sin que yo pueda ni siquiera chistar... me pellizca como una madre pellizca a un hijo malcriado... me tapa los ojos y me obliga como un caballo a hacer cosas que mejor sería al menos por ahora no mencionar, y me pierde por lugares inhóspitos cuando no es que me hace subir y bajar escaleras interminables y retorcidas... me mete los dedos a la boca y me obliga a que se los chupe simulando que chupo un biberón... últimamente y sin razón alguna se mea a toda ahora que apesta, o mejor sería decir que apesto y se caga y me unta de mierda las horas y el silencio y luego me pide que me revuelque como una perra en celo entre las sábanas...

Hace unos días sin que se diera cuenta, aunque esto es mucho decir, la llevé a la cocina y en un descuido, como pude, tomé un cuchillo y le clavé sin compasión una puñalada donde no sé dónde... gritó y me arrancó a mordiscos una de las orejas y me untó de sangre la cara, y me arañó la frente, y se meó y

defecó la semana entera sin parar, para que dejara de lado, parecía decirme, cualquier impulso o idea descabellada... y después me tuvo en vela noches enteras curándole la herida y echándole aceites y ungüentos de pies a cabeza... hasta que ya no pude más y me hice el que me desmayaba... no lo sé con certeza...

No se imaginan ustedes cómo quisiera verle la cara... esta necesidad ha aumentado después del incidente de la cocina... pero ninguno de los trucos que he puesto en acción me ha servido de nada... es como si todo lo supiera de antemano y se deleita haciéndome creer que esta vez sí, y en el momento menos esperado se sale otra vez con la suya... me acuerdo que aún bebé mis hermanos me mostraban el biberón y cuando ya casi lo tenía atrapado en la boca desaparecía como por arte de magia... y a llorar por primera vez debajo de la cama... con el tiempo aprendí a cortarme el pelo para que les sirviera de escarmiento y a mí... es lo que me hace ella a mí hasta que huele a quemado...

No sé porqué la divina providencia no viene en mi ayuda... el mes pasado me emborraché hasta que no pude más y me despatarré en el piso del baño entre vómitos vociferando y metiendo las manos y las uñas donde se me había prohibido... me gusta esta nueva estrategia y parece que a ella también le gusta porque me deja hacer a mis anchas, aunque sin perder del todo el control de la situación... anoche me las ingenié para que se tomara unos tragos, pero como si ya hubiese adivinado mis intenciones tuvo mucho cuidado en no sobrepasarse, a pesar de lo agradable que nos resultó la función... Simbad se las apañó después de unos meses de agonía, recordé, para emborrachar al genio malo que lo había convertido en su esclavo y después se lo arrancó como pudo de la espalda y lo destripó con una piedra... el caso parece similar, pero en verdad las circunstancias y la sustancia difieren en un alto porcentaje del mío... mi caso es fuera de lo común ya que cuando se pasa de tragos parece estar más y más en control de los hechos... así que no me ha quedado otra alternativa que emborracharme solo para olvidarme en medio de mi borrachera, al menos por unos segundos, de mi suerte perra... me hago el perdido o el dormido o el idiota, pero me tira agua fría en la cara, me arranca el pelo y me mete la lengua en

los oídos... me clava las uñas y no me queda de otra, cuando esto sucede, que levantarme de mi borrachera... y a lavar los platos...

Lo único bueno de todo este asunto que me tiene ya al borde del colapso es que cuando me paso de tragos últimamente he vuelto a soñar... y eso me da cierto alivio y consuelo... e incluso muchas veces me ilusiono y me encanta que la fila de machos esperando poseerme en mi cruz sea cada vez más larga ya que de esta forma logro que la vida se me salga de los hombros al menos en las cuentas de la ficción y me deje en paz con mi cruz y mis amantes... y cuando alguien logra darme un orgasmo, que no son pocas veces atendiendo a mi caso, la cosa se pone seria y siento que a mis espaldas rezonga y se queja, quizás de envidia, qué sé yo, con un tono poco acostumbrado... últimamente la he visto mal humorada y hasta parece que se preocupa más por mí... al menos ahora controla sus funciones digestivas y no se ha vuelto a mear en la cama... ni a meterme los dedos apestosos en la boca...

Bendito sea el espíritu santo que se me dio por fin el milagro... o mejor sería decir que encontré la solución perfecta a mi calvario, cuando menos lo esperaba y cuando ya estaba pensando en cortarme las venas o tirarme por un precipicio... no son pocas las noches que he estado cavilando sobre el asunto, así que mejor me quedo yo mismo con los créditos y nada de extras que ya es más que suficiente la carga que llevo...

Muy bien... la cosa está en que he decidido hacerme definitivamente mujer... así que en una de mis borracheras la convencí para que me acompañara al cirujano y accedió de inmediato sin cortapisas, cosa que me hizo dudar... pero no me quedaba otra alternativa... a ella, además, le gusta verme cuando abro otra vez las piernas en la cruz y le sonrío al próximo cliente... me hice operar y me gustó mi nueva condición a pesar de la nostalgia que produce toda pérdida... ahora tengo una vagina jugosa y me placen sus resabios y sus manías... sobre todo me encanta la labia interiora que, aunque no sabe besar, no se niega al beso, y de la lengua solo sé decir últimamente cosas buenas... y especialmente me enloquece ese pequeño apéndice que en la cima del delirio a veces me complica las cosas, pero que me borra los últimos vestigios del tiempo y la memoria...

Regresamos a casa después del éxito de la operación... no me dijo ni una sola palabra, pero su silencio me fue suficiente para entender que no le disgustaba en lo más mínimo mi nueva condición... en la noche fue amable y por primera vez ha dejado de insultarme y de babearme en las orejas... así que en un descuido y aprovechando de mis nuevos encantos, me la arranqué de la espalda, la tiré en la cama y como pude me las arreglé para amarrarla de patas y manos y después le salté encima y durante toda la noche me la cogí como ninguno de mis clientes en la cruz había sido capaz de cogerme... gritaba y gemía como una perra y me clavaba las uñas en la espalda y me miraba fijamente a los ojos como si quisiera más, o como si hubiese encontrado la horma de su zapato...

Creo que le gusta demasiado y si no estoy mal no creo equivocarme si les digo que está perdidamente enamorada de mí y yo también... que mierda... estas cosas suceden... tanto que me he olvidado de mi calvario y de las cuentas pendientes y a veces hasta cocino para los dos y la dejo que coma de mi propio plato y hasta que me robe lo mejor de mi ración...

Me despierto y ahí está entre mis piernas gozando y malgastando... me toco frecuentemente por todos lados como alguien que no puede creer, o se niega a creer que sigue vivo, después de haber saboreado uno a uno los síntomas de la muerte... me miro en el espejo con cierta vanidad y efectivamente ahí está mi órgano femenino... es bellissimo... siempre caliente e hinchado y dispuesto a alimentar a toda hora a su prisionero...

Estoy feliz de ser mujer... y me encanta que hayan cambiado los papeles, aunque a decir verdad yo la dejo que haga de las suyas y que se emborrache y se vomite y que vocifere como dios manda... hasta hora todo marcha de maravilla... incluso me deja que yo le haga las perradas que ella antes me hacía... me le cago y me le meo encima y disfruta de una manera que da envidia... pero uno nunca sabe en que terminan estas cosas... un día de estos le pongo los cuernos como debe ser o me le puteo... qué más da, por ahora lo único valioso es que el sueño se me ha hecho realidad...

Ciudad futura

Esa tarde, como tantas veces lo habían hecho, fueron al río... el lugar donde solían pasar juntos las horas era secreto... un espejismo delicioso que muchas veces la memoria se negaba... una respiración que acaba de nacer y de morir... un hueco delicioso en el delirio...

Cuántas veces habían disfrutado de su intimidad y cuántas otras habían merodeado infames por los alrededores sin haber encontrado la puerta donde el tiempo se rasga sus harapos y el deseo se echa como un perro en su nada...

Manosear por todos lados el lugar de siempre, e incluso estar ahí como siempre, sin llegar a enterarnos nunca, ni de milagro, que hemos estado en el lugar exacto de la memoria y del placer... pero, siempre algo se nos llena de moscas en la taza del olvido...

Llegaron todos, juntos, entre risas y celebraciones y chistes, sin dudar un solo instante del lugar de los hechos, como si hubieran seguido ese día paso a paso la cuerda que conduce a un sueño ya hecho realidad... o quizás solo fuera, el olor de lo incierto que de repente nos revela su forma y sus secretos y ya estamos ahí en la delicia hasta caer de rodillas junto a su almizcle y untarnos y lamernos y ya solo respirar en los desechos...

Se desnudaron como si no lo hicieran, o como si lo hubiesen hecho tantas veces que ya no sabían que lo hacían... confiados como el que más en las bondades del olvido... confiados en que su secreto fuera solamente de uno y no de todos... confiados del río que todo lo ve y lo disfruta y se lo lleva y lo pierde...

Habían puesto la llave de la puerta en una caja y la habían tirado al río sin poner un solo instante la mirada en los despojos de la memoria... cuatro paredes firmes que se perdían en el infinito, era todo cuanto quedaba de su secreto...

En el agua chapotearon hasta bien entrada la noche sin decirse una sola palabra: lámparas a medio encender, su desnudez

hacía huecos en la oscuridad y en la superficie de las aguas el murmullo del tiempo ardía sin materia y sin sombras...

La más alta de las mujeres, de repente surgió de la noche montada en un caballo... hembra y bestia parecían haber renunciado al placer que los había juntado y revoloteaban hechos un nudo en los espasmos del agua que de momento parecía mancharse de sangre...

Había atrapado el caballo por el cuello y el caballo se había dejado hacer y juntos habían hecho lo que ya no les quedaba más remedio que hacer... también el caballo había saboreado sus intenciones y le había ofrecido obediente su lomo y sus crines y su silencio... y la bestia que ya no sabe cómo volver a su relincho y su jinete que ha olvidado para siempre que debe bajarse de su montura...

El río entró en un silencio sin cause y profundo... como si se hubiese marchado o como si nunca hubiese estado en el lugar donde siempre había estado... el ruido de los pasos que siguen a los pasos, dibujó en la pupila de la noche la desnudez de los amantes que se dispersaron por ahí ya ni siquiera un paso en los resquicios del sueño... arriba las estrellas o lo que fuera parecían acuchillarse dispuestas a no pagar el precio de la vigilia... en el río el caballo todavía relinchaba como si se le hubiera abierto una herida... como si el hueco de la dicha le quedara demasiado pequeño...

Solo la ropa divagaba en la monotonía de la oscuridad y de vez en cuando un quejido distante, o un grito de dolor que cava en su reino y reclama su calco y su negativo y el original y su imitación y una copia final, la última... la secuencia que le falta a la película...

Se despertó todavía hecho un asco sobre su cuerpo desnudo... tuvo la impresión de que era una mosca que había naufragado en una cosa demasiado deliciosa para él... su desnudez todavía olía a materias en descomposición y el sudor del caballo se había resecaado en sus partes más íntimas... pensó que debería arrancarse de un solo tiro y de una vez por todas, la nariz, las manos, la lengua, la mirada...

Se levantó como pudo y en silencio para evitar despertarla... Las primeras luces del amanecer cayeron sobre su entrepierrez...

na maltratada... Su sexo hinchado y ennegrecido palpitaba como el corazón de un caballo después de una carrera desbocada... como una puñalada acabada de hacerse realidad...

Se alejó en silencio... estaban solos... los demás ya se habían ido... buscó la ropa por todos lados... había desaparecido... fue hasta el río... no sé porqué pensó que ella estaba muerta, pero el corazón lo golpeó como un látigo en la frente... una hoja enorme bajaba por el cauce como si fuera el mismo amanecer... la sacó de las aguas y volvió hasta donde ella todavía dormía y la cubrió entera de patas a cola...

Cuaderno de tachones

No tengo mucho tiempo porque se me acaban tan rápido las palabras que ya no sé si lo que te escribo es lo que te escribo- o lo que te quise escribir- o lo que ya se me ha olvidado, quizás... así que no sé si los tachones digan más de lo poco, o casi nada, que ahora te puedo decir... y si aún escribo es porque el recuerdo de tus besos y de tus manos es lo último que ha hecho maletas en mi memoria, haciendo que estas últimas palabras que escribo más que más sean tus últimas palabras...

En este país los perros y los gatos se han convertido en parte de la familia... o mejor sería decir que es lo único que queda de la familia... que es su cordón umbilical, sería incluso mejor decir... ya casi balbucir... ¿maldecir?... y comen con ellos y duermen con ellos y hacen de las suyas con ellos y ellos también, y aun mas, quizás esperando que un día como todos ellos, los unos y los otros, y no solo ellos, también puedan ladrar, disfrutar de las migajas que quedan debajo de la mesa, ponerse su ropa, o la de los otros, hablarse incansablemente de nuevos modelos, mientras se aparean con ellos en la calle, ante la mirada indiferente de los pocos transeúntes que aún no han aprendido a ladrar, o a quedarse por ahí convertidos en esfinge en cualquier lugar de la curiosidad, o de la nada que también mueve su cola esperando que alguien le meta una mano en el festín...

Las mascotas en todas partes son insectos “gigantes”, -no tanto por su tamaño sino por lo que no son-, que se someten a procedimientos genéticos y cirugías plásticas de todo tipo para terminar confundándose los unos con los otros y con ellos mismos... algunos tienen iguanas que más que iguanas a veces parecen vacas sin piernas, y arañas con ojos de sapo y cuerpo de gusano con patas, y escorpiones que se comportan como abejas, y todo tipo de culebras, algunas con mamas y nalgas y pechos y hasta diez patas, y sapos con cara de niño malcriado y su biberón y dedos diseñados para chupárselos, y ranas que corren y maú-

llan como gatos (esto me aboca a una pausa aunque me queda poco tiempo: las ranas eran mis animales preferidos cuando vivía en la selva: son tan fértiles, aunque no más que tu amor); y ratones a millones que no cesan de parir lo que ya no son y lo que no les queda, mientras esperan su turno para someterse a una cirugía plástica, o a un procedimiento rápido de hormonas y segmentos que les permita cambiarse al menos una oreja...

Hace algunos días encontré en la calle a una mujer muy hermosa, aunque tengo mis dudas, ya que la única mujer hermosa que todavía me queda en la memoria eres tú... aunque sea a pedazos o los últimos pedazos, yo sé que eres tú... una mujer hermosa, creo que dije, aunque precisamente por hermosa, debido a las circunstancias de última hora, me inundan las dudas... una mujer hermosa y que parecía salir de otro basurero de mi memoria, que llevaba en sus brazos, bien apretado en sus pechos abundantes, casi metido, cocido, implantado, un cerdo, que de tanto cerdo hizo aún más profundo mi paquete de dudas a pesar de que ya no me queden si no unas cuantas palabras para ti que te digo sin saber si te las digo...

No sé si se dirigía al centro de genética reversiva o retrospectiva, o al palacio de las cirugías plásticas hípersensitivas, difamadoras o transitivas, pero sí sé que sentí unas ganas insaciables de seguirla, de borrarle tras de su ella, y la seguí, un pedazo de sombra, como si ella aún sin mirarme me lo hubiera pedido, o quizás el cerdo que de momento en momento parecía estar osando o quejándose o metiéndose a empujones en sus tetas... y mientras la seguía no sé si fue el cerdo el que empezó a sentir celos de mí, o yo de él, o yo de los dos, y él lo mismo; no tanto por ser cerdo si no por la forma en que le metía y le hundía y le clavaba el hocico en las tetas... y el cerdo por la forma en que yo lo miraba, lo cual a primera vista no marcaba ninguna diferencia, ni distancia significativa entre los dos, ya que el cerdo no dejaba de mirarme a pesar de la grandeza de su hocico y la delicia de sus tetas...

Entonces fue cuando me di cuenta que la seguía sin darme cuenta... que la seguía y que me había olvidado que la seguía... seguir a alguien y ya no seguirla, porque lo has olvidado o porque

ya no sabes que la sigues es una ecuación vacía, pero tampoco marca ninguna diferencia ni con el cerdo, ni con ella, ni con nadie... y por primera vez entonces vi que era ella la que venía detrás de mí, y el cerdo que no había dejado de mirarme, aunque yo aún seguía detrás de ella encabronado como el cerdo... seguir ya no era un verbo, sino una simple dirección que va por todas partes sin que nadie lo sepa, sin nombres y sin adjetivos y mucho menos adverbios... como si ya solo quedaran las conjunciones sin nada que amarrar de un lado o del otro... algo así como un río sin orillas, o dos orillas sin río...

Y ya en la sala de genéticas o de cirugías, eso no se sabe a ciencia cierta ya que nadie en este país ya sigue a nadie, ya siga uno adelante o atrás o esté esperando su turno sin tener que esperar... ya que se puede estar adelante, aunque estés atrás por lo que ya les había dicho y repetido de los celos del cerdo o de los míos...

Ahí en el lugar apropiado, o asignado, o adecuado cuando no marcado o sugerido... ella seguía con su cerdo en las tetas y yo cada vez más cerca que el cerdo (lo sé sin temor a la duda porque tus manos y tus besos aún no me caben en la maleta, aunque ya las palabras son nada), y ella cada vez más hermosa y dejándolo hacer a sus anchas, mientras yo en las mismas esperando que me operaran lo poco que quedaba de mí... que me pusieran una trompa de avispa tan grande como el último recuerdo que me quedaba de una cosa muy grande y cada vez un poco más grande... una trompa de mosca como en las películas de horror, sin alas, sin patas, sin antenas, ni abdomen, ni intestinos, ni mierda... solo una trompa ideal osando en sus tetas cada vez más bellas y perfectas donde día tras día y cada día no dejo de hacer huecos donde me duermo y me meo y me cago y me quedo dormido sin tener que volver a escribirte de ti...

Letras de amor

Ya de muy niño me escribía poemas de amor a mí mismo. Los doblaba, los metía en un sobre, lo cerraba, y me los mandaba a otro nombre que los abría y los leía con el mismo delirio con que yo los había escrito... lo que si tengo muy claro es que nunca contesté ninguna de las cartas... -Se imaginan ustedes si mi familia me hubiera encontrado leyendo algunas de ellas ¿en qué hubiese terminado todo este asunto?- Aunque tengo que confesarles que algunas largas noches de insomnio estuve tentado a hacerlo. Tengo todavía entre libros algunos de ellos que muchas veces he querido volver a leer, pero que no me atrevo. No tanto por mí mismo sino por los remitentes que nunca supieron de mis caprichos y que quizás todavía sueñen con que les lleguen algunas de mis cartas untadas de besos, y suspiros y noches en vela...

Mis primeros poemas no fueron sin embargo aquellos poemas que nunca envié, aunque devotamente los llevaba al correo y devotamente los esperaba en la puerta de la casa, dos o tres días después con la vana esperanza de saber lo que me decían... los secretos que escondían... el tipo de letra, la caligrafía... un olor que todavía llevo en mis delirios...

Mi madre tenía una radiola de muy buena calidad y un sonido envidiable. La trataba mejor de lo que se trata a un hijo preferido. Las gentes del barrio venían de tanto en tanto a escucharla y se quedaban en la ventana horas y horas lelas, como reses de engorde junto a un bloque de sal, y la lengua vaciada. También tenía muchos discos de amor... tantos que, con algunos de ellos, los que ya habían cumplido su gesta enamorada, su ciclo vital, se tapaban los huecos del techo de la casa. Todavía recuerdo que estos objetos circulares de color negro fueron substituyendo una a una las tejas hasta tal punto que el techo de la casa parecía cosa de otro mundo, algo así como una nave espacial. Lo digo especialmente porque a mí me parecía que cantaba una melodía de amor jamás escrita. Una canción de amor única y perfecta.

El poema que desde niño yo siempre hubiera querido escribir. De tanto en tanto una cigüeña se detenía y retardaba su paso. Nunca supe si atraída por la música o cansada del viaje, o quizás dispuesta a deshacerse de tantos sueños que no eran suyos... y muchas veces simplemente a cagar...

Cada vez que una niña me tocaba el corazón yo ponía el disco más acorde al amor que me inspiraba. Había amor para todos los gustos, necesidades, propósitos, sentimientos inesperados, pasiones inevitables, tragedias inolvidables. Los escuchaba hasta identificarme con cada una de sus palabras y después copiaba la letra completa. Tantas y tantas veces que terminaba aprendiéndomela de memoria y lo que se aprende cuando se es niño nunca se olvida...

Esos fueron mis primeros poemas de amor. Poemas malos por lo general, pero que yo escribía con mi mejor letra y casi siempre con tinta en papel blanco, los metía en un sobre, los cerraba con mis propios labios y los mandaba a la chica que quizás soñaba conmigo y que yo siempre soñé tener entre mis brazos, aunque nunca la tuve. Fueron tantas las canciones que me dictó la radiola de mi madre como el mejor de los profesores de gramática, que llegó el día en que a mi memoria no le quedó ni una sola pizca de espacio en el disco duro para seguir amando y escribiendo y copiando y mandando y recibiendo tantas cartas de amor. Hoy en día estoy feliz de que así hubiera sido, pues ya no quedan amores que valga la pena recordar...

Un día la radiola de mi madre dejó de funcionar, o simplemente fue abandonada a su propio destino. Terminó en un rincón del patio de la casa al aire libre y los discos, que ya tampoco cabían en el tejado, se fueron esfumando como platillos voladores a otro mundo. Todos mis poemas de amor alimentando el espacio en un juego interminable de voces y de lamentos, y de sombras y viejas cigüeñas que volvían quizás enamoradas a cagarse otra vez en el techo de la casa...

De mis amores nunca volví a saber nada más, ni quise, ni lo recuerdo... sólo hasta hace poco que me pidieron ser mis amigas en Facebook. Una extraña sensación me despertó la sangre... abrí sus páginas y vi incontables noches y días cada una de sus

fotos, incluso algunas de ellas cuando eran niñas, adolescentes, en sus ojos todavía mis canciones de amor, mis lamentos, mis noches en vela, las cigüeñas; pero la verdad es que no pude recordar a ninguna de ellas... las mías se habían quedado en las canciones, todavía cantaban en el techo de la vieja casa, se habían ido como platicos voladores dibujando en su huida otra historia de amor...

De aquel mundo de sueños que había palpado con la punta de mis dedos, sólo me quedaban las canciones malas que me dictaba la radiola de mi madre y que aún recuerdo, algunas de ellas, al pie de la letra...

Cuatro historias de amor

Siempre supe desde niño que los cuentos que me contaban no eran más que cuentos y, aun a sabiendas, siempre tuve miedo de mirar atrás, de abrir los ojos una vez mi madre había apagado las luces, de meter los dedos en las grietas de las paredes, de despertarme un día y darme cuenta que había olvidado los números, los días de la semana, los meses, mi nombre, y el lugar donde estaba el único baño de la casa...

Debajo de la cama me sentía seguro, pero debajo de la cama también se había refugiado el miedo y a veces era difícil respirar, e incluso contar hasta diez... hubo días en que pasaba días y noches cortándome el pelo, acicalándome las uñas, leyendo siempre un libro de una sola página, midiéndome ropa que no era mía, hablando con los personajes de una historia donde el único personaje que faltaba era yo...

Nunca puede entender que cuando la trama amenazaba con desfondarse debajo de la cama, de puntillas salía de mi escondite con mis personajes a cuestas, y me metía debajo de las sábanas. Y una vez tapado, casi maniatado, de pies a cabeza, me sentía a salvo, protegido por una coraza inexistente, lejos y cada vez más distante de mí, pero, de cuerpo entero, en el reino de los aparecidos, tirando de la tela con dientes y uñas como si me fuera a ocurrir la desgracia de que la tela se rasgara y me dejara a la intemperie... pero protegido y seguro... y la tela nunca se rompió...

El pequeño barco casi hecho pedazos en el corazón de la tormenta, ahora flotaba indiferente y casi sublime en las aguas enamoradas de un lago... un banco de arena que emerge desde las aguas encantadas atacado por un rayo de luz, que se desprende de sus raíces y echa a volar sin moverse un solo instante del lugar donde nunca fue...

Me contaron que un familiar del cual no era conveniente pronunciar su nombre, había desobedecido a su madre y la tierra

se había abierto ahí mismo y se lo había tragado dejando solamente su cabeza a ras de la superficie... y que cuando quisiera podía ir a verlo... y que podía alimentarlo como tantos otros lo alimentaban. Me lo imaginé, con los ojos abiertos esperando que las aves vinieran una vez más a comer en sus pupilas... lo vi, su boca siempre abierta, como si esperara su último bocado, su última cena... y todavía hoy en las noches sueño a su lado humedeciendo sus labios, secándole las lágrimas con mis manos, y contándole cuentos de niños...

Un tío que siempre llegaba bien tarde a casa después de llenarse de copas en la cantina se lo había llevado el diablo... otros me dijeron que el cachudo lo había visto un día regresando a casa y simplemente se había enamorado a primera vista de él... y que los dos una vez el uno para el otro, se habían marchado a un lugar secreto a disfrutar de su amor...

La noche de los acontecimientos, casi arrastrándose, había salido a mear delante de la casa, y una vez de pie, las piernas bien abiertas para no derrumbarse, un pequeño perro que lo halagaba silencioso y se deleitaba con sus orines, de repente se había convertido en su montura y que mi tío todavía con su órgano en la mano flotaba en lo alto como un milagro montado sobre un perro enorme y negro. Como si de repente a la noche misma le hubieran salido patas y cola y espinazo, y ojos y culo y orejas y lamentos como de mujeres pariendo...

Como al niño, ya solo cabeza a ras de tierra, a él también lo vi una noche de insomnio, una vez me había instalado debajo de la cama con mi libro y mis tijeras de cortarme el pelo y los esmaltes de mis hermanas y una de las prendas íntimas tan acostumbradas... lo vi cabalgando desnudo sobre su perro que no tenía un solo pelo. Lo vi bajarse de su montura, acariciarle los belfos, estamparle un beso en sus ijares, y me acerqué hasta casi tocarlos con mi respiración. Una vez los dos, agotados por el galope del día, se tiraron el uno sobre el otro a disfrutar de los últimos suspiros de su nada, las piernas entrelazadas y en silencio como si hubieran perdido el habla. Y me quedé muchas noches junto a ellos, tendido a su lado, buscando el calor de sus noches sin tiempo, disfrutando también en silencio los secretos de su amor...

Otros me contaron que lo habían encontrado todavía vivo, al día siguiente, completamente desnudo, arañado, mal herido y sangrando en un bosque de guadua y cocoteros... que había perdido un ojo y el que le había quedado lo tenía abierto para siempre, y que las uñas no dejaban de crecerle y que había permanecido unos días en un hospital y que ya nada más se supo de él... que a causa de los arañazos que lo habían desfigurado, no hubo nadie que lo reconociera, ni dolientes, ni personas que se compadecieran de él...

En cuanto a lo del hospital no pude encontrar pruebas, ni me costa... lo único que pude averiguar a ciencia cierta fue que su mujer a los pocos días de suceso tan lamentable se enamoró perdidamente de un chico mucho más joven que ella. Le había dejado sus hijos a su madre, y una noche los dos desaparecieron para siempre sin llevarse ni siquiera un centavo de la casa... dicen otros que los han visto tan enamorados como siempre y como si para ellos el tiempo no existiera, en Venezuela trabajando en el negocio del petróleo...

Un día me di cuenta de que ya no había debajo de la cama, que las tijeras habían perdido el filo, su brillo, los esmaltes se habían secado, las prendas íntimas ya me quedaban pequeñas o demasiado grandes, y que finalmente había acabado de leer la última página del libro... entonces algunos de los vecinos que quedaban, me salieron al paso, y me contaron mi propia historia. Me dijeron que mi padre después de acaloradas discusiones con mi madre, temeroso de mis largas noches en vela, de mis lecturas interminables, de mis largos silencios, de mis trajes estrafalarios y coloridos, de la delicadeza de mis manos... había decidido encerrarme en un cuarto que había construido en el patio de la casa. Y que había llenado la puerta de seguros e instalado candados, garabateado señales ininteligibles, quejas, recomendaciones amenazantes, y que después había dejado abandonadas las llaves una noche de farra en una cantina de mierda...

Sólo puedo decirles que doy testimonio fiel de que lo anterior es cierto, aunque no me consta. Y que una noche luego de haber recibido la ración acostumbrada por el hueco hecho para tal menester, encontré por azar una pequeña grieta en una de las

paredes... y con el tiempo, primero fui metiendo los dedos uno a uno, después la mano, el brazo, el otro, una pata, la cabeza y así sucesivamente lo poco o lo nada que me quedaba del encierro... y ya completo y alargado como una luz, del otro lado, volví la vista y vi que ya no estaba... prendí las luces, conté uno a uno los largos días de cautiverio, por semanas por meses y por años, y me puse un nombre, y derecho, una vez recogidas las cenizas, me fui al baño donde por lo general he pasado y paso los mejores momentos de mi vida. El único baño de la casa. Allí acostumbro a leer casi siempre las mismas cosas, me peino, me corto las uñas, y como mi tío me tiro sobre mi cuerpo desnudo a disfrutar de mi amor, todavía la cabeza a ras de la superficie, meando a mis anchas delante de la casa...

Drácula en blanco y negro

Como la primera vez que no termina, como la última que no acaba su fin, todavía encabronado de un amor que se le evapora de la noche a la mañana, Drácula vuelve una vez más a la misma calle, se camufla como siempre en la misma esquina, se escabulle de las miradas inoportunas, se hace el pendejo como todos, mientras la noche se le hace agua en la boca y el sabor cada vez más fresco de la sangre en la memoria le produce migrañas insoportables, una rasquiña en las ventanas y puertas abiertas, un escalofrío de besos y de lenguas que aún le sangra en las partes más íntimas...

Da pena verlo trastrabillar por las calles como un huérfano, como un perro abandonado, como si fuera un mendigo recogiendo restos de sangre en la basura... una botella de Bourbon nunca vacía en uno de los bolsillos de su abrigo grasiento y maloliente, los zapatos rotos, la capa raída, la mirada vacía, el pelo hecho un asco y los dientes sin brillo, sin filo, mellados, atacados por las caries y el olvido. Cuando lo vi la primera vez y lo reconocí, sentí el impulso de llevarlo al hospital, pero me contuve, no tanto por él sino por mí mismo...

No es necesario verlo de cerca y cruzar con él unas cuantas palabras para darse cuenta que ha envejecido. Que la muerte acecha en sus pupilas y que ella misma quiere morirse de una vez por todas... que las arrugas le nacen en el alma, en el amor que se lo traga vivo, que se le quema, que se le pudre por dentro... y que está demasiado delgado, encorvado, pensativo y muy enamorado del suicidio que tampoco llega... ya muchas veces se le ha tirado a los carros pero hecho trizas, ha tenido que recoger los restos, reacomodarlos como mejor puede, y aún más pensativo que nunca volver a perderse en las calles vacías...

Ayer lo seguí tan cerca como puede, como quise. Nunca antes lo había hecho. Parecía darse cuenta, pero no quiso que yo me diera cuenta que él ya lo sabía. Quizás necesite un amigo...

Empujaba un carrito de esos que los mendigos se roban de los supermercados para cargar basura o lo poco que tienen... miré que estaba lleno de latas y de botellas vacías. La capa solo era un pedazo de mugre, había perdido el pelo, se había dejado la barba, había encanecido, tenía manchas en la cara, y arrastraba sus pasos como si fuera un fantasma, como si ya estuviera más que muerto, como si esperara impaciente que lo declararan culpable de un crimen que él no había cometido, que lo patearan, que le inyectaran de una vez por todas al menos una buena dosis de olvido...

Me le acerqué y sin darme cuenta le quité el carrito... se hizo a un lado sin protestar y siguió caminando. Yo lo seguí, empujando, como un perro todavía sigue a su amo después de recibir una paliza... como un amante desahuciado sigue su propia sombra... como la mañana sigue a la noche paso a paso, una vez las luces se apagan y se queman...

Lo seguí hasta los basureros donde últimamente suele pasar la noche... lo seguí a recoger tampones todavía frescos y olorosos, toallas higiénicas empapadas de sangre ya podrida, pedazos de animales recién muertos... día a día empujando el carrito entre los basureros y los hospitales y la morgue... día a día entramos como almas en pena a robarnos la sangre, compramos plasma a los más necesitados, matamos gatos y perros y otros animales domésticos... en los mataderos nos escabullimos a limpiar lo que queda, a recoger la mierda, a lamer las paredes y los pisos manchados de sangre... día a día nos las ingeniamos para robarnos un corazón todavía palpitante, un hígado caliente, un cuchillo ensangrentado, bolsas donde todavía gotea la sangre, puñaladas, intestinos... cuerpos abandonados por los criminales en las calles...

Lo seguí todo el tiempo, aunque sé a ciencia cierta que a veces no estaba... que muchas veces no estaba todo el tiempo... que aunque estuviera a mi lado sin mirarme un solo instante a los ojos hacía mucho tiempo que había partido... que se había esfumado y no puedo decirles dónde vive porque no lo sé, ni lo quiero, ni lo recuerdo... pero ahora vivo con él preparándole cada vez que me pide su té acostumbrado... unas veces espeso y casi

seco... otras muy light... cuando no es que me pide que le pase una toalla para lamérsela o un tampón para chuparse los dedos... me he ido convirtiendo poco a poco en un experto en preparar esta bebida que he ido perfeccionando más y más con todas las cosas que almacenamos y clasificamos y recogemos cada noche que salimos a buscar la muerte...

(Cuentas pendientes)

Ayer por la tarde en un acto de valentía, cosa que no va muy bien con lo poco o nada que queda de mí, decidí poner a mi sombra contra la pared y meterle los dedos en la boca... ya hacía tiempo que quería deshacerme de las cuentas que no me salen y echarme de una vez por todas con las petacas...

La tarea no fue nada fácil... primero me hice el de la vista gorda y como si ya estuviese acostumbrado a ponerle el cascabel al gato, me hice el que no, aunque lo fuera... después de todo alguien tiene que ser culpable del mosquito que se nos ahoga impertinente y reiterativo en la taza de leche...

No sé cuántos días estuve siguiéndola... lo único que sí sé es que no fueron pocos y que en las noches acosado por la pesadilla estuve a punto de perder el control y echarlo todo a perder... no es tan fácil diseñar una estrategia y llevarla a cabo cuando el negocio está en entredicho y los culpables han tomado las de Villadiego... tampoco faltó la ocasión para ponerme en evidencia como cualquier aparecido y ya ni sé, cómo me las arreglé cuando in fraganti me pilló con las manos en la masa... la verdad creo que me hice el pendejo y seguí amasando una nueva oportunidad como si nada...

Lo segundo y lo otro y lo que viene después no vale la pena contarlo... hay demasiados tachones e incongruencias en las páginas de la necesidad... además, para mí, al menos como una estrategia de supervivencia, todo terminó en un juego de niños... así que tiré el tiempo por la ventana sin poner oído a sus caprichos, y mientras disfrutaba de todo lo que hasta ese momento se me había perdido, le dejé el papel protagónico al destino... esa cosa que nos viene tan bien cuando nada nos viene bien... esperar y seguir esperando lo que de alguna forma ya nos ha sucedido sin que aún nos haya sucedido... insistir en otra jugada, aunque los dados se hayan echado a perder... así es como se cuece eso que llaman las grandes empresas o se descuece, que es lo mismo...

Y la arena se escurría sin cesar nuevamente por entre los dedos bajo la cálida lluvia del olvido... y los sueños se agolpaban debajo de la cama como vírgenes hambrientas... y a los fantasmas no había nadie que los convenciera de su fantasía... y los gatos hacían milagros con su cascabelada... y los juguetes descuartizados sangraban de pura felicidad... en fin, que ustedes ya no se imaginan lo que es andar en cuatro patas, de pipí cogidos, con los mensajeros del horror...

Pero como decía un amigo mío que ya no recuerdo, a toda virgen tarde que temprano le sobra su virginidad o le queda grande... así que el día hecho o asignado para pasarle las cuentas a mi acreedora en cuestión, la encontré desnuda en el baño haciendo de las suyas y las otras que era para envidiarla o ponerse a su entera disposición... fue de pura casualidad... un golpe de suerte... una jugada de más... pasaba por ahí haciéndome el que yo no fui, y en la pupila su carnalidad pudo más que mis noches en vela y los quejidos del tiempo... sin dudarlo un solo instante me le eché encima como una novia vejada y repudiada... la metí entre mis piernas, mientras todavía no había acabado la función... la inmovilicé en el mismo lugar de las evidencias y le clavé como si fuera una tenaza una mano en la garganta, una de las piernas enroscada en las suyas y haciéndole nudo de atrás hacia delante... me hice sin mucho esfuerzo con el control de la situación... de verdad que me dejé de una sola pieza su extraño comportamiento...

No dijo ni una sola palabra y ni siquiera me miró a los ojos... tampoco puso resistencia o pidió clemencia... se dejó hacer y hasta creo que me ayudaba a que le hiciera lo que ya no podía dejar de hacerle... no iba a dejar pasar esta oportunidad, por ningún motivo... busqué en las ruinas de mis recuerdos la maleta para pasarle la cuenta... la maleta estaba vacía y las palabras enmudecieron como un animal ya muerto antes que el horror se haga con los despojos de su corazón... naufragué como pude en sus ojos y en los suyos los míos se me llenaron de lágrimas... no sé, porqué tuve la impresión de que ella había estado esperando este momento en lo más preciado de sus entrañas... lo había planeado de principio a fin con una precisión exagerada... una especie de golpe delicioso y caliente se me desbordó por los agu-

jeros del sueño... un temblor inusitado se me desnudó entre las piernas... y poco a poco me fui haciendo suyo hasta que en brazos me llevó a la cama, me desnudó, me lamió de pies a cabeza dosificando su apetito, dejó que sus lágrimas rodaran por los rincones de mi iniquidad y me poseyó días y noches sin mirarme una sola vez a los ojos y sin decir una sola palabra...

Definición

Una vez su pregunta había sido respondida con sumo cuidado y dedicación, el alumno adelantado formulaba una nueva pregunta y así sucesivamente como si todas las preguntas que quería hacer ya las hubiese hecho... o como si las tuviese escritas desde antes del comienzo de los tiempos en algún rincón de su memoria...

Al iniciar la partida, el matemático, casi como si se tratara de una criatura indefensa, se quedaba en vilo y miraba al alumno adelantado no sin dejar entrever cierta sorpresa y encanto... y después como si saliera de una parálisis ya para él muy bien conocida volvía y respondía al alumno adelantado con tal precisión, destreza y conocimiento, que cuando decía la última palabra y escribía la última cifra era como si ya nada quedara por decir ni escribir...

El alumno adelantado sin detenerse a pensarlo un solo segundo le tiraba la siguiente pregunta a la cara con tal precisión y seguridad que parecía que ya había hecho lo mismo mil veces... y sin disimular en su rostro la seguridad que le daba el conocimiento de saber que esta vez estaba más seguro que antes de que las palabras y las fórmulas no tendrían ninguna validez...

El matemático salía nuevamente de su parálisis, desentrañaba fórmulas, trazos, geometrías inesperadas, puntos de contacto, recurrencias concéntricas, aceleraciones inconexas, signos apenas imaginados, múltiples coordenadas y cálculos y cocientes y sumas y substratos y resultados impecables por encima del tiempo y de la nada quedaban en la pizarra como la misma música de las constelaciones...

El alumno adelantado se sacudía un momento y lanzaba la siguiente pregunta como si se tratara de lanzar una piedra a un agujero que se ha visto solamente unos segundos antes de articular la primera palabra... esta vez no fueron más que cuatro

palabras y una transición indeseada. ¿Entonces, qué es el infinito? -dijo-, y se quedó de pie catatónico y casi digestivo...

El matemático, lo miró a los ojos con una ternura inexplicable y como si hubiese encontrado lo que hacía mucho tiempo había estado buscando, por un momento sonrió a sus anchas, recogió varios pedazos de tiza que se le habían caído al piso, levantó la mano y empezó a garabatear una línea en el pizarrón. Y siguió su movimiento perpetuo sin detenerse un solo momento como si buscara el alma del pizarrón... y después se fue por las paredes y las puertas y las ventanas y los pasillos y los tantos edificios del claustro y las miradas y el silencio y otros pizarrones y otras ventanas y puertas y otras almas y otros silencios... y escribió en los cuerpos de los que con su mirada lo seguían por todos los rincones... y en el sueño de los enamorados y en la lengua de los desposeídos... y ya sólo una mano huérfana siguió por las calles y las ciudades escribiendo en el aire, en el delito, en las noches en vela, en la intimidad de las moscas, en los depósitos de la nada... hasta que desapareció sin que él mismo ni nadie se diera cuenta que había desaparecido... solo un pedazo de tiza encabronado de la línea que parecía seguirlo como el más fiel de los amantes ... seguía su respuesta en el aire...

Desde ese día, para tantos aciago y para otros infiel e infame y hasta feliz, el matemático nunca regresó a sus clases, los alumnos se negaron a tomar más cursos de matemáticas y el alumno adelantado perdió el habla...

Días extraterrestres

Hoy me he quedado en casa, haciendo nada y leyendo a Pascal... qué pena que hasta ahora me haya dado cuenta que Pascal huele a ropa recién lavada y antes de lavar... que Pascal es prepararse un buen plato de comida, aunque nunca nos lo comamos y después apeste... y mantener un diálogo eterno con el perro de mi mujer, al que cuando saco al patio, a hacer sus necesidades más íntimas, tantas veces he querido machacarle la cola cuando cierro la puerta... o cambiarle su nombre por el de Pascal...

Les he dicho a mis compañeras de trabajo que me sentía mal, que me siento mal, y que no voy a trabajar... y es que, quién no se siente mal cuando se lee a Pascal, o cuando uno se queda con el perro de su mujer... de ahí quizás mi necesidad de prepararme un buen plato y de hablar con el perro de la susodicha... después de todo es solamente ella la que nunca aparece en las páginas de Pascal; lo que le viene como anillo al dedo a mi seguridad personal y a la cola de su perro, si la lógica es consistente... cuánto me gustaría que la cola de mi perro fuera metafísica...

Mis compañeras de trabajo a las que tanto quiero, sin darme cuenta del todo, y que se desangran en las páginas de Pascal sin necesidad alguna, y a las que les digo tantas cosas que no quiero decirles con la esperanza de que no me las crean, y me las creen... mis compañeras de trabajo a las que invito a casa siempre sin querer invitarlas con el deseo de que no vengan por aquí, y siempre vienen y se quedan más de la cuenta, y vuelven, y siguen volviendo, y nunca se van... y de las que de vez en cuando pongo y saco sin darme cuenta una de sus prendas más íntimas, en la lavadora donde ahora lavo la ropa de mis hijas, la mía y la de la mujer que amo y que me dice que me ama y que para mi fortuna todavía no aparece en las páginas de Pascal...

Voy a echar una cochada más de ropa y a leer la misma página que siempre leo de Pascal, la única, la que nunca termina, ni

termino y que no vale la pena terminar... en cuanto al perro de mi esposa creo que más tarde voy a llevarlo al veterinario para que le corte la cola... creo que mejorará su apariencia, y la mirada triste que se le ha ahogado en sus pupilas desde que leo a Pascal, será otro cuento... aunque no le vendría mal que se quedara ciego de una vez por todas...

Lo hago porque quiero que mis compañeras de trabajo estén a salvo cada vez que lo saco al patio a hacer sus necesidades más íntimas, mientras yo me corto las uñas y evito leer, al menos por hoy, la última página de Pascal...

Dios

Un amigo lo había traído a la fiesta de pura casualidad... como por arte de magia todos los ojos se levantaron y se encontraron en el mismo punto de su cuerpo cuando él entró... una sola mirada de rodillas ante la divinidad...

Las horas pasaron como bultos y la fanfarria alcanzó su punto máximo de ebullición, su espina encarnada... también los ojos hacían de las suyas en la masa que subía y se derramaba y se mostraba en toda su intimidad... una sola mirada en el lugar de la cita a la hora convenida, en el punto exacto del espejismo...

Ya casi al amanecer, después de haber permanecido sentado en la misma silla donde se sentó en el momento de su llegada, se levantó de improviso y los ojos se le cayeron por todas partes y se le caían y se le volvían a caer como se caen los insectos o las sombras de la ropa o de las cobijas una vez abrimos la ventana y de cara al sol lo sacudimos todo con fuerza y devoción...

No pudo más y se metió en un cuarto que estaba en el piso de arriba al lado del baño en menos de lo que canta un gallo o se mea un perro al lado del árbol de todas las horas... y cerró la puerta y le pasó el picaporte y sacó las llaves y las escondió en uno de esos lugares donde la memoria no conoce sus sílabas... respiró repetidamente como si con cada respiración se sacara a medias e íngrimo desde el fondo de un pozo donde se ha caído sin enterarse de los hechos... se pasó una y otra vez el revés de las manos por sus párpados humedecidos... se pellizó con disimulo muy cerca del ojo del culo... abrió los ojos como quien finalmente se saca a empujones de una pesadilla y ahí en la cama, tan real como su respiración, estaba la mujer que lo había estado observando como si nada desde el primer instante de su llegada... un ojo que se les sale a los demás y se echa a perder en su propia intimidad...

Estaba desnuda, los brazos echados hacia atrás como un contorsionista y las piernas dobladas de tal forma y al extremo que los dedos de los pies tocaban la punta de los dedos de las ma-

nos formando una especie de cero infinito, tenso y febril... y en la cima de tal matemáticas sin sombras que parecía moverse como una cosa líquida al entrar en contacto con la luz del foco que colgaba de lo alto, su sexo maduro como una boca endemoniada dispuesta a tragarse hasta la última página del cuento...

Él la miró un instante, -no tuvo otra opción: estaba ahí en sus narices como un espanto-, dio un traspiés y otro y como pudo dando tumbos se acercó a la ventana, la abrió de un solo golpe, sacó la cámara fotográfica que siempre llevaba en uno de los bolsillos, por si acaso, y le disparó el rollo entero a las primeras luces del amanecer...

Domingo de resurrección

Empecé sin saber porqué, ni cuándo, robándome cosas pequeñas como un cenicero o unos calzones en una lavandería y, de tanto en tanto, un pintalabios y toda otra clase de tonterías sin ningún valor... al principio me hice a la idea de que no lo sabía a sabiendas de que sí, con el argumento de que se le enredan a uno las cosas en las manos de puro aburrimiento, o porque uno quiere recordar a alguien muy querido, o un lugar donde casi encuentras lo que por tanto tiempo habías venido buscando y soñado... o simplemente habías encontrado algo que habías perdido o que ya dabas por perdido...

Lo cierto es que paso a paso y sin que pasara mucho tiempo, antes de que llegaras a dominar las artes del disimulo y sus muchos encantos, terminaste convirtiéndote en un verdadero maestro de tal arte y lo que es más importante o crucial, te empalagaste, atado a él como a un amor que sabes, sin temor a equivocarte, que es el tuyo ahora y para siempre y de antes...

Salías en las noches y no porque no pudieras hacerlo en el día, o tuvieras algún tipo de preferencias, sino porque te gustaba burlar hasta tu propia sombra y regresabas a casa con el saco a reventar, la mayoría de las veces de chucherías y objetos inútiles, a pesar de su valor y de la cantidad de trabajo invertido en su efímera identidad... y gozabas sacando las cosas una por una... y las organizabas por todas partes de la casa y las contemplabas y les hablabas y las acariciabas, y después simplemente como si nada hubiese sucedido una a una las tirabas al cubo de la basura y otra vez empezabas a soñar y a perseguir tu sombra... y te ponías tareas irrealizables y las superabas sin dificultad hasta tal punto que llegaste a robarte tus propias cosas sin enterarte en lo más mínimo, al menos al principio, de que eran las tuyas propias... simplemente te sorprendías y te alegrabas al darte cuenta que te habías sustraído algo que, aunque no era exactamente igual a una cosa que tú ya tenías, parecía la mis-

ma... y eso que no podías o no querías recordar exactamente lo que era, ni saber dónde estaba...

Y no exagero si digo que hubo días en que volviste a robarte lo ya robado, incapaz de distinguir entre tantas artimañas y formas de disimulo y convencido de que un verdadero maestro en este arte conoce cada una de las cosas y los hechos y las circunstancias y personajes ocasionales que lo han convertido, sino en el mejor, sí en uno de los mejores representantes de tan antigua profesión... así que sin darte cuenta, o ya seguro de que nada pretendías, escondías las cosas en los lugares menos acostumbrados, las olvidabas sometiéndote a largas horas de silencio y ayuno y después regresabas en las noches con ellas al lugar de siempre a felicitarte por tan nuevo y único hallazgo y contándote, como si no lo supieras, sílaba a sílaba, por todas las cosas y circunstancias que habías tenido que pasar para finalmente hacerte con tal o cual maravilla...

Y era tal la perfección de tu arte que pensaste en crear una escuela que guardara y promulgara tus enseñanzas y tus logros hasta el día del juicio final... sin embargo, no tuviste tiempo para llevar a cabo esta digna empresa porque un día te robaste a ti mismo y borraste una a una las huellas de tu osadía... y estabas tan ensimismado y complacido en los encantos de tal hallazgo que pasabas los días y noches enteras contemplando la obra cumbre de tu empresa... y no fueron pocos los días en que te robaste y volviste a robarte y te sentaste y volviste a sentarte ante tus ojos, y te tiraste a la basura y volviste a tirarte y te enamoraste de ti y volviste a enamorarte hasta que finalmente se te olvidó, o no pudiste recordar, que te habías robado a ti mismo y ya ajeno a los secretos de tu obra se te olvidó donde estaba el cubo de la basura y la basura misma... y allí te quedaste para siempre en el basurero... sin saber que habías perdido la memoria y sin poder sacar a la luz pública el libro que contaba tus hazañas...

Lo único que quedó de todo esto es poca cosa... los perros del vecindario y de los alrededores peleándose los restos que quedaron en el basurero...: cosa de minutos, sino de segundos...

Efecto purgante

Es todo cuanto nos queda por hacer en estos lugares desde ya y de siempre tan desacostumbrados a la memoria... a unos nos tiran la ropa por la ventana que da a la calle y el amanecer, otra vez nos sorprende en el clóset tan campantes y susurrando la misma tonada de siempre, mientras buscamos el traje acostumbrado para acudir una vez más a la última cena... a la mujer que dice que vive conmigo, cierta vez le tiraron la cabeza al cubo de la basura y hasta el día de hoy, ni el uno ni el otro, nos hemos enterado de cosa tan abominable... por fortuna, si no ya nos hubiésemos dado cuenta que ya casi todos andamos de una sola pata y despilfarrando lo que no tenemos... y eso sin contar los que han desaparecido sin que todavía se hayan dado por aludidos...

Otros se levantan todos los días en la misma cama de siempre, aunque ya no están, ni lo fueron, y antes de empezar su rutina diaria escriben la misma nota de amor que ya hace mucho tiempo tiraron al basurero los desconocidos de la limpieza...

Yo por mi parte, -y según los testimonios de muchos otros afectados por la misma obsesión, no soy el único-, hace ya una buena temporada que llevo buscándome sin saber quién soy, ni lo que hago... simplemente me dejo ir por ahí con mi nombre escrito en un papel que me digo que es mío y lo recuerdo a medias y me llamo insistente y me sorprendo como un sonámbulo diciéndome cosas y reprochándose mi falta de identidad que no sé que no tengo... como esos perros que le ladran a la luna, yo lo hago con mi nombre sin saber que es el mío y últimamente sin saber que lo hago que dan ganas de reír, como si fuera la luna la que le ladrara al perro...

A un conocido que ya hace mucho tiempo se fue a pique en las páginas que le faltan al libro, lo secuestraron y él todavía no se ha dado cuenta... y se levanta en las noches a pasar la tranca para no despertar sospechas... y lo peor de todo es que asegura, e insiste que está en casa bebiendo y malgastando como de

costumbre... sin enterarse -y no hay evidencias para pensar que lo hará-, de que ya hace unos días que lo sacrificaron, antes de sacarle los ojos que como bien sabemos no son de él... aunque insiste en presentarse todos los días a la jefatura de policía para identificarse, o con la vana esperanza de que otro lo hará... nada extraño, en situaciones como estas, ya que son muchos los que pierden los ojos a toda hora... incluso los sujetos famosos como él...

Los periódicos de la ciudad se han convertido en obituarios y cada día aparecen tres o más páginas adicionales, y son tantos los muertos que se regodean en las páginas que uno se pregunta, sin apenas saber que lo ha hecho, si alguna vez hubo lugar en tal o cual pueblo para tantos vivos... ¿se imaginan ustedes qué descalabro estar uno muerto y todavía tener la desdicha de saber que está vivo?... y seguir por ahí como esas almas que dicen que de tanto en tanto vienen a recoger sus pasos sin saber que han venido, y pensar que están cuando ya se han ido, o que ya han vuelto sin haber aún salido... y lo peor de todo el zafarrancho, hechos un estropicio intentando saber cuál paso sigue al anterior y al que lo sigue, o cuál se le atravesó antes del primero, o después del último en el camino...

Ayer mi propia madre me preguntó de improvisado y como si no supiera que nada sabía, que si yo sabía quién era, y que, quién era el hombre que estaba en la silla leyendo el periódico como si fuera... no supe que decirle porque como no podía recordar si era, pensé que era otro el que debía de responder en detalle a su quimera... como ven esto de andar recogiendo un agujero para tapar otro se nos hace mella en el zapato como un clavo que ya no quiere sacar otro clavo, y para completar la película los que estaban afuera se salieron campantes y los que se quedaron adentro no aparecen ni de milagro... y la verdad, no sé quién es el hombre de la silla si es que es...

También la mujer que vive conmigo ya hace bastante tiempo se anda buscando, aunque se tenga bien guardada entre sus cosas más íntimas y a la vista de todos y como si no lo supiera lo uno o lo otro... así que ya somos dos los que no somos y cada vez uno menos y la cosa ha llegado a tal degradación que ella me lla-

ma por su nombre y yo le contesto sin saber que no es mío, y por supuesto ella hace lo mismo cuando yo la llamo por el mío hasta tal punto que ahora ya no sé si llevo su ropa y ella la mía... o si es ella la que me penetra o yo a ella cuando nos encontramos en la cama como si no fuéramos, y sólo quisiéramos saborear el manjar prohibido una noche sin tiempo y sin invitados a la mesa...

La verdad es que la cosa, a pesar de su irreversible materialidad, tiene sus ventajas, incluso si todavía no nos hemos enterado de los hechos y sus circunstancias (-que nada tienen que ver en este mundo de despojos y tientos abandonados-); hechos y circunstancias, dije, que aún no han pasado por las manos del soñador que últimamente a todos nos sale sobrando... saber no cuesta nada... lo que cuesta es no saber lo que sabemos para que la ropa salga de la secadora otra vez y de siempre como nuevecita y bien planchada... además eso de saber, aun sin saberlo, que la cabeza de la mujer que insiste en que vive conmigo, sin serlo, continúa en el cubo de la basura, es una verdadera bendición a la hora de sacar las cuentas pendientes, aunque nunca las saquemos ni las cobremos o las paguemos, ya que al final de cuentas basta responder a nuestro propio nombre aún si es el del otro que también responde a un nombre que no es el suyo...

Y en cuanto a las notas de amor, no tiene ningún valor o interés que todas sean lo mismo, ya que no somos ni lo sabremos ni nadie lo sabrá, pues siempre somos otros sin dejar de ser los mismos que no somos... lo único cierto, es que no está mal leer una confesión de amor, la misma de siempre, como si no fuera la misma... páginas y páginas de amor en el refrigerador y en las paredes y entre las sábanas y en las horas de la pesadilla y del sueño, hasta que ya no nos cabe más en el corazón o entre las piernas, y entonces sí que no nos queda más remedio que inventarnos como sea un final para el cuento... a no ser que haya sido otro el que haya perdido los últimos rezagos de una memoria que ya no nos pertenece y que el que menos contaba nos perdió, sin tampoco saberlo para nuestra propia desdicha...

Las cosas han llegado a un punto muerto... nadie lo sabe, pero aun sin saberlo, una tarde, todos bajamos al río, nos desnudamos y junto a otros que también se han congregado en sus

orillas desnudos y ajenos, nos preparamos y dispusimos, todavía sin enterarnos de la situación, para la prueba definitiva... esto tiene que acabar antes de que lo haga el diccionario... de cualquier forma tarde que temprano alguien tendrá que responder a nuestro nombre y eso sería suficiente para reconfortarnos un momento en el entramado de la pérdida...

Disciplinados y comprometidos como un pelotón de soldados que saben que la vida de cada uno depende del otro destapamos al unísono el purgante y al unísono no lo tomamos hasta la última gota... no hubo que esperar mucho tiempo para lograr lo acometido... las aguas del río transfiguradas en lo más íntimo de nuestra identidad dibujaron en las paredes mudas de la noche a golpe de estiércol y entre risotadas nuestro nombre... hasta que uno a uno como si arrastráramos una maleta vacía nos levantamos, y uno a uno nos marchamos dispuestos a morir definitivamente el día en que escribimos por primera vez nuestro nombre en una de las páginas, y sin necesidad de preguntar quién era Alonso Quijano...

El camino de Emaús

No quiero oler a quemado, o que huela, -como decía insistentemente mi padre-, ante mi insistencia recurrente y febril, pero tengo que decirles que hoy otra vez he visto a Dios entre simulaciones y mal gustos metiendo la cabeza en el cubo de la basura...

Me imagino que, aparte de buscarse algo de comer, tiene que traerse algo entre dientes, o simplemente, -ya que todo se le ha salido de las manos-, sólo está aprendiendo a matar el tiempo como los buenos cristianos... o mejor sería decir como los poetas...

Si ustedes lo hubieran visto... de verdad que da pena... torpe y cansino avanzaba de cubo en cubo como si no pudiera con la cola entre las piernas, o como si fuera una adolescente que acaba de entregar su virginidad al mejor postor o al amor de su vida... o a sus propias manos...

Está flaco y la ropa, seguro que la ha comprado en un almacén de tercera, o la ha sacado de la basura... no creo que tenga las agallas para ir de puerta en puerta implorando una caridad... llevaba un abrigo largo de paño cubierto de caspa y brillante de la grasa y de los días y unos zapatos enormes que le daban cierto aspecto de saltimbanqui arruinado o de niño malcriado...

Los ojos llorosos y enrojecidos de viejo, y de alcohol, que no de pena... dos huecos indiferentes en la indiferencia de una máscara, como los ojos de una vaca que ha tenido que cargar con una diarrea infame por los siglos de los siglos toda la noche... y la noche que viene y antes y después...

No sé si se dio cuenta que yo me di cuenta porque siguió escarbando como si nada, como un gallo tuerto en la basura y como si yo fuera parte de ella; pero vi por el rabillo del ojo o el suyo que algo había visto a pesar de su indiferencia...

En el aire quedó flotando su mal aliento y sus dientes podridos y una mano insólita que sin saberlo se cubre la cara y la mirada y la vergüenza... nada más recuerdo de su cabeza, qui-

zás porque la mayoría del tiempo la tenía en el cubo de la basura, o porque había refundido su identidad en los resabios de su divinidad... solo dos cosas incoloras e infames más: unas gafas con unos vidrios gruesísimos como el culo de una botella y unos cuantos pelos como pegados con ega-pegatodo a su cabeza calva...

Lo que si recuerdo con absoluta precisión es una joroba enorme que a la ligera parecía una segunda cabeza y el culo siempre levantado y en triángulo que al conectarse con la joroba le añadía una tercera cabeza... la imagen no era nada agradable y molestaba en las pupilas como una viga en el ojo... todo era grotesco: tres cabezas disputándose los desperdicios en el cubo de la basura... una cosa horrenda y alucinante...

Me acerqué empujado por la compasión para ofrecerle mi apoyo moral y posiblemente mis servicios... le toqué una a una las cabezas delicadamente esperando llamarle la atención... ante su negativa insistí con más fuerza hasta hacerle daño, pero siguió su trabajo como si yo no existiera... pensé un momento que tocarle la giba a un jorobado traía suerte, así que yo era un afortunado por partida triple...

Pobre huérfano murmuré entre dientes, mientras le metía unas cuantas monedas en uno de los bolsillos del abrigo... sacudió la joroba como en señal de agradecimiento y el culo en el borde del recipiente se contrajo como un corazón enfermo que no renuncia... lo miré una vez más y caí en cuenta que no era ningún huérfano porque no tenía mamá ni nunca la tendría... pobre de él volví a decirme entre dientes para no ofenderlo... es un inmamable... y en ese momento se volvió y me ofreció un sangüiche tieso que había encontrado en la basura...

Por supuesto que se lo acepté sin pestañear y a la vuelta de la esquina se lo di al primer perro que se me cruzó en el camino...

El closet

Cada noche, a la misma hora de siempre, mi hija, como si otro ella se apareciera en sus ojos, en los míos, me llama para que yo cierre las puertas corredizas del closet que está frente a su cama, a menos de dos metros, empotrado en la pared...

No he acabado de oír mi nombre, o mejor sería decir sin que ella lo diga, y yo ya lo he oído, a la hora de siempre, a la hora exacta, la hora perfecta y ya estoy en el cuarto, como si siempre estuviera a la misma hora, cumpliendo a cabalidad sus órdenes...

La sintonía es tal que pareciera que para siempre yo he estado cerrando el closet para ella en un nunca acabar, y ella que de siempre me llama, y yo que la escucho de siempre... y el closet que de siempre no acaba de cerrar...

Cierro los ojos un instante que he logrado robarle a mi tarea, y por un instante veo que toda mi vida, fue y será para siempre cerrar el closet de mi hija... y en el lapso de tiempo que me queda entre una puerta corrediza y la otra, entre una mano y la otra, cuando no es que las dos llegan a tiempo, manos y puertas, me hago trampa, y como Sísifo, mientras bajo la montaña para iniciar otra vez irremediamente mi tarea, me robo otro instante, una grieta, y me pregunto porqué mi hija cada noche a la misma hora de siempre, cuando me llama y cuando no me llama, me pide que le cierre el closet que está frente a su cama, a mucho menos de dos metros, empotrado en la pared...!!!

Lo justo sería preguntárselo a ella, pero algo me dice, desde siempre, que esa pregunta no existe... y otra vez como Sísifo vuelvo a bajar la montaña y en silencio, tengo tiempo para creer que quizás algo o alguien habita en el closet... y entonces agarro la piedra como puedo, y otra vez al pie de la montaña sin haber aún escuchado su llamada, la escucho, y subo como el mejor de los atletas a la cima, y cierro el closet sin el lapso de tiempo que me queda, entre una puerta corrediza y la otra, entre una mano y la otra, como si de pronto el closet solo tuviera, solo una puerta

y yo solo una mano, y antes que la piedra eche a rodar, cierro los ojos y espero que el primer golpe no sea el definitivo para poder llegar a tiempo donde la piedra ya ha llegado y entonces poder volver a cerrar el closet...

Y cuando la tarea ha sido consumada, digerida, trasbocada, miro a mi hija que duerme como si siempre hubiera estado dormida, como si hubiera nacido dormida, crecido dormida, amado dormida, comido dormida, dormido dormida, y unas ganas desesperadas de abrir el closet se apoderan de mí, y crecen y se me pudren en la respiración, me sangran en las manos, y entre más crecen y se desbordan y aplastan esas ganas de entrar en el closet y saber lo que quizás no debería saber, más grandes son las ganas de no querer hacerlo, de no poder hacerlo, de no saber hacerlo...

Y me quedo ahí como siempre piedra arriba y piedra abajo, atragantado en el silencio, una grieta, una trampa, una mano de más, una puerta de menos, una vez más cerrando el closet, sin que mi hija me haya aún llamado, y feliz, mientras bajo la montaña a empezar otra vez mi tarea diaria, de saber que cuando niño delante de mi cama a la misma hora de siempre, la hora exacta, la hora perfecta, no había un closet, sino una ventana que mi madre o una de mis hermanas cerraba los días de tormenta, mientras yo dormido, como siempre, soñaba que una niña me llamaba sin llamarme, para que le cerrara el closet que quedaba frente a su cama, a una distancia insignificante, empotrado en la pared...

El cuarto

La visita fue corta... apenas lo suficiente o lo justo para ponerle los pelos de punta a la eternidad... apenas lo suficiente para que se abriera una grieta enorme en el delirio... para que todas las cicatrices volvieran a sangrar... para que se ampollaran los zapatos, y los sueños, y tantas noches de amor...

Me puso en el cuarto de su hija... un cuarto enorme, pero demasiado pequeño por todas las cosas que allí había... uno de esos cuartos que parece que respira a manotazos y que a cada respiro se contrae y se cierra y se angosta hasta quedar en nada, hasta tragarse su intimidad, solo para poder desinflarse con más fuerza y con más fuerza volver a respirar...

Para mi buena fortuna su hija ya no estaba... se había marchado de la mano de su primer amor... aunque uno no podía dejar de verla por todas partes cuando menos quería y cuando uno más se esforzaba para evitar que lo pisara, o se le echara encima en el momento menos esperado...

Él mismo me había dicho unos meses antes que en ese cuarto había muerto el gato de la familia... un gato que había llegado a casa casi niño a arañar a la puerta y que los había acompañado desde no sé cuándo, me dijo... había muerto de hambre porque habían olvidado alimentarlo... y él mismo me dijo, como si nada, que habían sellado y cancelado el cuarto por no sé cuántos meses y días y años con el muerto adentro... bien muerto... y solo para evitar que alguien pudiera ver el rostro exacto de la desdicha, me dijo... en la puerta todavía estaba el letrero que decía, sellado hasta nuevo aviso...

Cerca de la cama en el piso de madera estaba la marca perfecta del muerto... una sombra todavía en carne viva que invitaba al silencio... no le faltaba nada... se había quedado ahí entero como una herida que no cesa, como si se hubiera acabado de morir y se le hubiera olvidado morir... como si la muerte fuera la huella perfecta de un zapato que se ajusta perfecta y amoro-

sa a su destino... la tapé con una almohada sin darme cuenta...

Antes de acostarme me subí una botella de güisqui al cuarto sin que él se diera cuenta con la idea de vestirme de fiesta, antes que el cuarto me comiera, si así fuera... de alguna forma tenía que hacerme a la idea de que el que iba a pasar una noche entera en ese cuarto no era yo, si no uno de esos extraños vagabundos que se quedan en cualquier parte sin saberlo y sin que nada importe, como si cada noche y en cualquier lugar siempre estuvieran listos para morir...

No pude acostarme desnudo como siempre lo hago... solo la desnudez me ayuda a conciliar el sueño... tampoco quise quitarme al menos los zapatos, pues, aunque no tengo la mínima confianza en mí, siempre he tenido una confianza ciega en mis zapatos... mi desnudez y mis zapatos han sido las únicas cuentas que he pagado a tiempo...

Sé que pasaron muchas cosas en ese cuarto... y no es necesario nombrarlas para saberlas... la verdad no lo sé, ni quiero, ni puedo... solo sé lo que vi y sentí y relamá y vomité y digerí como un criminal preñado que no puede evitar que su vientre siga creciendo hasta quedarse en nada... hasta convertirse en moraleja, puro cuento, pura mierda... hasta llegar a respirar al ritmo de este cuarto que exhala cuando inhala y que cuando inhala, exhala...

Todo lo supe la noche de ese cuarto, pero cuando todo se sabe es cuando nada se sabe... lo que sí puedo decirles con certeza es que la huella del gato en el piso, esa fotografía sin tiempo, tan cerca de la cama y tan lejos a la vez, me ayudó a sobrevivir... fue un punto de referencia que dejé a la intemperie, una marca que arañé en el delirio, el primer escalón de una escalera en la ventana, un zapato que respira lo suficiente para que yo pueda encontrar el camino de regreso... la cuerda que ya nadie tira...

Lo otro es el reverso de los hechos, la trastienda... Bob Marley desnudo en una pared acechándome con sus ojos de niña malcriada... los Beatles en la otra, vestidos de novia haciéndome guiños y mostrándome sus tetas enormes, y sus vaginas y sus cullos resecos y aplastados... y Hendrix que no se acaba de bajar de su pared, que no se cansa de bajar de su pared, y que se acuesta a

mi lado y vuelve y se acuesta solo para volverse a acostar y que vuelve y se baja y me besa una y otra vez sin que yo me dé cuenta y como si fuera él mismo el que se besara...

Y junto a la cama, de pie, la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás, como si estuviera desprendida del cuello, como si se la hubieran acabado de poner, como si se le estuviera cayendo todo el tiempo, estaba Jean Dean, esperando su turno para echarse a mi lado y besarme todo el tiempo, sin tener que besarme una vez más... y sin tener que meterse en la cama con Hendrix...

Ese fue el reverso... y el adverso solo imaginar que la Monroe, ver que la Monroe, a hurtadillas, bajaba del pequeño rincón donde estaba escondida, donde la habían camuflado como un trapo viejo, donde todavía respiraba como un juguete roto... bajaba y se me metía por dentro, y me alumbraba por dentro, y me relamía por dentro, mientras toda la noche sin rendirse un solo instante me mostraba entre sus piernas y manos y garras, una verga enorme que no se rinde...

El final de la guerra

He llegado al punto de saber qué estoy soñando cuando sueño y, si se me antoja, cambiar el curso de los acontecimientos y, si quiero, sus protagonistas, las circunstancias... me ocurrió así de momento como un regalo divino y no me pregunten cómo me las he arreglado, o me las arreglo para manipular tal perversión porque yo también, como ustedes, pienso que los sueños son asunto privado y que no deberíamos meter las manos, por ningún motivo, en la inocencia de tal intimidad... con los tiempos que corren es todo cuanto nos queda de este lado de la ventana... como esos sapos que solo dejan su hueco caliente debajo de la piedra cuando llueve, si es que llueve...

Si no les importa que se lo diga, les cuento que la primera noche me agarró el pavor como se coge una gallina por las patas para despescuezarla... después, como una virgen la primera noche de bodas, una calentura apestosa se me fue bajando de patas a cola... quería y no quería todas las luces apagadas y luché hasta quedarme con los zapatos puestos, mientras el corazón se me desangraba entre las piernas... pero luego las luces se encendían y apagaban como por arte de magia y el corazón ya no sabía cómo cargar con tanta delicia... los ojos abiertos de par en par se acomodaban en la piel por todas partes, como dispuestos a llegar al fondo de un precipicio...

Poco a poco, pero acelerando de vez en cuando de puro capricho, que no de necesidad, me fui dando cuenta que este descalabro tenía sus ventajas... y aún antes de entrar a mi antojo en el curso de las circunstancias me preparaba como un santón que espera finalmente, después de un largo proceso de destilación, colársele por donde sea a la divinidad... y tomarle ventaja una vez ha metido una pata y la otra a medias, haciéndose el desentendido... un poco de técnica no viene mal en estos casos fuera de lo común, aunque en estas cosas siempre prima la improvisación y el descalabro, si es que queremos salir ilesos de la jornada...

La primera vez que alteré las circunstancias y metí los dedos en el asunto cambié mis dedos por unas pinzas para evitar cualquier confusión de última hora que pudiera comprometerme de lleno en el caso y, lo que es más importante, para evitar tener uno de esos ataques de tirarlo todo por la borda... así que mientras me quemaba en una hoguera de esas del medioevo me escabullí hasta unos arbustos y me saqué con las pinzas y después fui retirando sin darme cuenta uno a uno los leños que avivaban el fuego de tal perversión hasta que el incendio se hizo luz y la carne un poco chamuscada una promesa vana... después de todo no es tan malo sentarse junto a la hoguera a comer patatas asadas o una pirria de carne... en otros tiempos los hubo que se fumaban un tabaco iluminados por el fuego, y adiós espíritus de la guerra...

Amarrado a un poste de luz en la mitad de la calle, completamente desnudo encajaba una a una las flechas que alguien me disparaba sin atreverse a dar la cara... el olfato, que en estos casos es la única salida, me decía que era una mujer o al menos su cara... me las arreglé para ser un don nadie y empecé a flechar como un loco al otro engreído que no quería renunciar a salirse con la suya... yo que bien muerto seguía cosechando una a una mis flechas sin atreverse a darle un punto final a la escena... más tarde me largué y me olvidé del asunto... como se larga un perro cuando otro de su misma especie le muestra los dientes... suena ridículo y casi absurdo, pero ya les dije que he adquirido una habilidad sin precedentes en trastocarlo todo, y he llegado a creer incluso lo que aún no he trastocado o alterado en su objetividad, ahora y de siempre sin ningún asidero en el coeficiente de tantos ingredientes retorcidos...

¿Se imaginan ustedes todas las cosas que he logrado retorcer y cambiar y simular y contaminar y alterar e imaginar y en reversa y en transversa y a la inversa... en el curso de mis sueños...? Son tantas y a veces tan extrañas e inverosímiles que incluso a la imaginación nada le queda por hacer en situaciones como estas... o se las niega para ganar un segundo más o de más...

Hace unos días soñé que era una mujer de carnes apetitosas y dispuestas a las lides del placer, y que un hombre sucio y desgarrado como un espantapájaros me penetraba sin descanso y

tanto que llegué a perder la cuenta, no solo de sus hazañas si no de los días en que estas ocurrían o esperaban ocurrir... sentí celos por la felicidad endemoniada del depredador, aunque en el fondo disfrutaba de su apetito y me gustaba ver cómo se le inundaban de sangre los ojos de sapo emponzoñado y se le hinchaba su verga entre mis piernas, mientras me arrastraba y me inundaba como una divinidad insaciable... quise saber de mano propia el sabor de mis propias carnes y de mi propia delicia... y en un segundo lo cambié al otro por otro que era yo mismo y me lo arranqué de encima y ya estaba disfrutando y malgastando y derrochando hasta lo que no tenía o me pertenecía, mientras mi amante de otrora echó a correr desesperado, temeroso, quizás, de que lo mismo que a mí me ocurría en mí mismo que no era yo y sin dejar de serlo y que ya no dejaría de ocurrirme, podría ocurrirle a él... luego me desperté a la más mínima señal, cosa que ya había acordado como parte del juego y los dos o tres días siguientes me tuve que quedar en cama tomando todo tipo de quesos y sopitas de carne para recuperarme... había olvidado decirles que otra de las cosas que había logrado después de muchas cavilaciones, era prolongar esos estados substitutivos o travestidos infinitamente en el gusto o en los sobresaltos de la memoria y la necesidad de llevarlo todo a situaciones límite me sumía en hondas cavilaciones y estados ficticios inimaginables como cuando un picor nos gusta y nos aterra...

Sin darme cuenta y sin proponérmelo y sin saber de la causa, poco a poco he ido saliendo de mí como se sale de un utensilio viejo, o de una frase demasiado usada, hasta desaparecer como objeto y sujeto de mis propias pesquisas y de mis sinsabores... sé que esto me está pasando, aunque no tengo pruebas fehacientes y aún no me he enterado a cabalidad de los hechos de este nuevo embrollo que parece estar ahí a toda hora donde no está como si estuviera y sin serlo... y aunque siempre estoy ahí o sigo ahí con las mismas es como si no estuviera... así que se me ha dado por meter las uñas en asuntos ajenos y ustedes ni se imaginan los cambios que he hecho y las tantas cosas que he retorcido y malhabido y revertido... es la única forma o disculpa que tengo para olvidarme un momento de esta sensación angustiante de sa-

ber que en cualquier momento la cuerda se va a romper y que voy a quedar al descubierto, a merced de todos y de mí mismo, sin poder hacer nada para evitar tal catástrofe... el problema no está en que mientras uno duerme alguien lo mire, si no en pensar que alguien todavía lo está mirando cuando uno ya ha logrado despertar...

Le he puesto todo lo que le faltaba y le sigue faltando a mí mujer, agarrando esto y aquello de cualquier parte o asunto, y una boca más jugosa y unas piernas más tonificadas y refinadas de entidades apenas conocidas y hasta le he cambiado su gusto tan humano a la hora del coito... y ahora que es un modelo de perfección ya no sé qué hacer con ella... es tan hermosa que siento que ya no me pertenece o que soy muy poca cosa para ella... y para salir del paso se la he regalado varias veces a mis clientes de otro sueño, una vez el sueño quiere hacerse realidad, pero reaparece en mi cama con todas sus virtudes a plena luz del día y no encuentro otros sueños, o me los niego, donde poder deshacerme de ella y ya no tengo fuerzas para levantarme y acabar con tanta felicidad que me deja como un chupo de un niño perverso que chupa y chupa y no deja de chupar como si se chupara a sí mismo...

A mi padre, un día, en un sueño que encontré de pura casualidad, mientras me las veía con un puñado de matones en un sueño aún sin nombre y sin cifras confiables... a mi padre, dije, le eché zancadilla en un puente mientras contemplaba el pasar de las aguas o su monumento de sombras y se cayó como un montón de trapos viejos al río y no se imaginan el esfuerzo que tuve que hacer para salvarlo, ya que no encontraba mi sueño y menos aún el camino de regreso en el sueño donde lo había encontrado... la verdad es que en mi corazón se ahogó y sigue ahogado, aunque todavía lo sigo arrastrando de los cabellos hasta la orilla... y de mi madre, dios me perdone lo que le hice... afortunadamente todo ocurrió en el sueño de nadie...

También se me ha dado por hacer collages con los animales que aparecen en mis sueños como una plaga... cosa que he abandonado pronto, porque ya no sé qué hacer con tanto perro o gato o quimera que no hacen nada para acabar con el juego perverso de ser lo que no son, como si un pedazo de aquél o del otro

hubiese encontrado finalmente la medida justa de su zapato... y como se me ha dado por hacer lo mismo con las amantes de otro soñador que he sacado a patadas de un sueño que aún no quiero materializar, he decidido tirar los fragmentos por la ventana y obligarme a saber que he dejado de soñar...

El problema está en que, aunque mi esfuerzo para salir de tal encrucijada es cada vez mayor, cada vez sueño más y hasta se me repiten las mismas ecuaciones y no solamente de noche, sino de día y mientras trabajo y cuando como y cuando hago mis necesidades más íntimas, y de vez en cuando, y cada vez más de lo mismo, y a la hora de saber dónde estar y con quién, y perdido de siempre en el camino de un sueño imposible, y sin haber aún empacado las maletas... y eso que el presentimiento de que algo se rompe, o de que todo va a acabar, o puede acabar de un momento a otro, es cada vez más insistente e intenso, que hasta creo que ya he empezado a tocar su materia y su objetividad...

Esta noche creo que voy a terminar con todo esto... antes de que esto termine conmigo, si es que otro no anda en las mismas y entonces yo no sea más que pura confusión o pedazos que quedan de algo que se extingue sin remedio, o se retuerce... no tengo planes de ningún tipo, pero alguien me dice que algo va a ocurrir en alguno de los sueños que tengo que soñar, o que tal vez ya he soñado y que no puedo ni quiero recordar... si logro desenredar el entuerto y volver al principio de mi sueño original, -o al menos al principio de alguno de los tantos inmediatamente después-, que me pueda conducir al asunto en cuestión, y sueño de esta manera que estoy soñando que no quiero hacerme participe de los pecados aún no cometidos aunque otros ya los tengan todos en su lista... y estén esperando que yo acceda a su sueño de ayer... o que una bandada de flechas ajenas a su apetito se ceben en mi cuerpo todavía desnudo en los albores de un sueño imposible... o sin amanecer, digo... entonces sí, a pesar de esta lista interminable que me ahoga, me voy a tirar de lleno en los despojos y que se queden todos con la maleta hecha y en veremos... o en ascuas... ¡qué más mierda da...!!!

Le voy a echar más leña al fuego, para volver a poner las cosas de patas para arriba, como deben estar y la última flecha

que tenía destinada para el sueño de la vecina del frente, la voy a guardar para cuando me despierte, salirme con la mía... o quizás no tenga que salirme con nada, porque tal vez no quiera despertarme por ningún motivo, mientras me sigo penetrando y disfrutando en el sueño que más me gusta, hasta que la respiración se me haga picadillo en un sueño sin soñador y entre las piernas el corazón, a mi pesar, se me estalle como una carga explosiva...

Eso sí, antes de terminar con todo esto y conmigo y el otro que dice que no soy yo... y el otro que dice que tampoco es él, yo mismo le voy a poner una bomba a la guerra en uno cualquiera de los sueños para terminar de una vez por todas con el dolor de los dolientes... y que los soldados regresen a casa a materializar su último sueño en las piernas de su amor que todavía no renuncia...

El jorobadito

Los que tuvimos el privilegio de conocerlo, lo llamábamos el jorobadito... siempre andaba agachado, encorvado, ligeramente retorcido hacia un lado, reducido, la cabeza metida en su joroba, y cualquiera que fuera el ángulo o perspectiva desde la que se le mirara daba la impresión de que tenía una joroba que se le crecía cada vez más, indiferente como un loco enamorado...

Un día, de pura casualidad tuve la mala fortuna de sorprenderlo desnudo caminando por el patio de su casa y la verdad es que no tenía ninguna joroba... la cosa estaba en que el cuello le salía casi del pecho y no tenía nuca... se sorprendió al verme y lo poco que tenía de cabeza se le metió en la hendidura de las costillas y se quedó varado en el silencio... lo miré de reojo antes de marcharme y aunque no tenía joroba no dejaba de despertar igualmente cierta compasión... cierto desgano... cierta joroba...

Después supe que era el pensamiento lo que lo arrastraba agachado, incluso en lo más insignificante de su existencia... pensar lo agachaba, le arrancaba la cabeza, lo achicaba, le ponía más hombros a sus hombros, más huecos a sus costillas, lo empuñecía de tal forma que en los momentos más profundos de sus cavilaciones parecía un punto negro en el escozor de las pupilas, una joroba que se echa a correr, una bola deforme que se dispone a rodar... una nada que todo el tiempo está a punto de largarse...

Un día me enteré de que se había marchado a un pueblo fantasma en los límites con un pueblo acostumbrado a la guerra... lo habían llamado y contratado para darle un uso práctico a sus profundas cavilaciones, a sus pensamientos... no fue fácil seguirle los pasos, ya porque no existía dicho pueblo en ningún mapa o, simplemente, porque, quizás, el pensamiento lo había devorado definitivamente, dejando solo un hueco a la intemperie... tampoco de la joroba quedaba ni siquiera un recuerdo...

Lo último que supe fue que acosado por los fantasmas de la sabiduría había decidido dejar su trabajo y poner una tienda

de municiones para salvar lo poco o nada que le quedaba de su pellejo o de joroba... y que todos los días, antes que el amanecer rompiera con sus quejidos en las ventanas, tomaba unos costales e iba de patio en patio de este y del otro lado de la frontera recogiendo esquirlas, y cartuchos y armas abandonadas, y plomazos y hasta balas perdidas, para surtir su armería...

El mensajero

Cuando lo conocí, a pesar de sus rasgos hoscos acentuados por el sol, creí que era un “ángel”... venía a casa con su familia, se sentaba a la mesa, comía sin decir palabra, apenas sonreía a las ocurrencias de los demás, y luego se marchaba el mismo de antes... el de siempre... el de nunca... era como si para él nada cambiara... como si el tiempo no existiera... como si fuera o no fuera de este mundo... como si se le hubiera olvidado quién era...

Al poco tiempo me convertí en padrino de su hijo. Un niño hiperactivo que de él solo tenía la manía del silencio y esa sonrisa a medias que dejaba a todo el mundo en ascuas...

Cuando cumplió los tres años todavía no había articulado la primera palabra. Corría de un lado a otro como un energúmeno golpeándose contra todo lo que encontraba a su paso. Si les contara la cantidad de cosas que iba dejando rotas en su desvarío, ante la mirada cómplice de sus padres que nunca dejaban de sonreír, ustedes no me lo creerían. Simplemente pensarían que soy un insensible exagerado que nada entiende de niños. La verdad es que nunca supe por qué lo toleré tanto tiempo. Y para colmo de males siempre que un tiesto más se hacía trizas en el piso yo me sonreía como mi ángel, sin decir una sola palabra...

Un día llegó y vio al perro en la terraza cubierta, que está separada de la casa por una puerta corrediza de vidrio. Corrió insensato y desesperado hasta donde estaba el perro y se chocó contra la puerta. Un solo golpe certero contra el vidrio espeso y rebotó como un corcho disparado por una botella de champaña. Se levantó con la misma sonrisa de siempre, la de su padre, me miró indiferente a los ojos y se quedó quieto en el lugar de los hechos como si esperara que le sucediera un milagro, mientras sus padres lo miraban como si fuera una cosa de otro mundo... la misma sonrisa de siempre... como si fuera un ente apenas conocido para ellos. En la frente donde había recibido la fuerza del impacto no tenía heridas y ni siquiera un moretón. En el vidrio

solo quedó una mancha desagradable de grasa. Le abrí la puerta. Salió como un bólido y estuvo revolcándose con el perro como dos amigos que después de una larga ausencia vuelven a encontrarse y no les cabe la alegría en el corazón...

Con el tiempo las visitas poco a poco fueron menos frecuentes y más cortas. De pura casualidad un día, mientras estaba en el mercado, me enteré de que mi angelito se había separado de su mujer. Ella no pudo aguantar más su silencio y su sonrisa, ni él tampoco. Otros me hablaron de indiferencia y de malos tratos. Ella se había quedado con el niño y él vivía en la casa de sus padres. Desde entonces nunca más volvieron a casa, ni llamaron, ni contestaron a mis llamadas. Yo igualmente me olvidé de ellos. También mi mujer y mis hijas y el perro, aunque tengo que confesarles que siempre que nos sentábamos a comer tenía la impresión de que estaban allí. Mi angelito sonriente enamorado del silencio, su mujer los ojos clavados en el plato y el niño dándose de golpes en el vidrio sin una sola herida y todavía revolcándose con el perro en la terraza...

Un día, cuando parecía que ya todo había sido olvidado, llegué de mi trabajo y vi al niño solo, sentado en el quicio de la puerta principal de la casa. Parecía que me estaba esperando. Era el día de su cumpleaños y aunque estaba bien vestido olía a perro viejo. No le dije nada, ni le pregunté nada. Lo llevé a comer a un buen restaurante y el resto del día lo pasé en un supermercado comprándole ropa. Al atardecer como si se tratara de algo ya pactado de siempre, lo tomé de la mano y lo llevé hasta la puerta, hasta donde estaba sentado esperándome cuando llegué. El perro que siempre dormía en el garaje ladró y en ese momento me asombré de que no hubiera salido a revolcarse con él. Lo dejé ahí y me marché como si nada. Como si fuera un desconocido, y yo también. Cuando me desperté vi que el perro estaba dormido al lado de mi cama aterrorizado y el hocico ligeramente sangrando. Mi mujer lo dejaba muchas veces dormir junto a la cama sin darme ninguna explicación, y yo nunca se la pedí, ni le manifesté mi disgusto...

En una ocasión, mientras estaba en casa viendo una película de horror (me encantaban las películas de horror desde

que era un niño) sonó el timbre. Me asomé por una rendija de la ventana, antes de abrir para evitar tener que verme con gente desagradable. Siempre lo hacía y lo hago. Mi “angelito” estaba parado junto a la puerta vestido impecablemente de negro de pies a cabeza. Por pura curiosidad, bajé, le abrí la puerta y lo dejé que entrara. No quería, pero esta vez me ganó la curiosidad. Se sentó en el sillón donde siempre se había sentado, muy cerca de mí, recto, la barbilla levantada hacia la izquierda, más impecable que antes y casi sublime. Mi mujer y mis hijas siguieron viendo la película como si nada hubiera pasado. Antes no habían mostrado mucho interés en ella. Luego desaparecieron sin que yo me diera cuenta y yo me quedé solo con él...

Estuvo un buen rato sonriéndome más que de costumbre antes lo hacía, y mirándome a los ojos como un idiota enamorado de una cosa inexistente. De repente pensé en la eternidad y sentí cierta molestia. Mi “angelito” vestido de negro, entonces como si hubiera encontrado la llave maestra que había estado buscando por tanto tiempo en el fondo de su silencio, empezó a hablarme de dios... de los horrores de la fornicación... de la revelación... de la creación... de la necesidad de reencontrarme con los míos en otra vida... de la gramática sagrada... del paraíso y de una pareja de enamorados expulsados del reino... y tantas otras incoherencias que por un instante me quedé con la boca abierta casi babeando...

No me lo podía creer. Sentí por él cierto fastidio y compasión. Quise tomarle el pelo como antes lo hacía intentando romper su silencio, pero él seguía vociferando su retahíla de hechos incoherentes. Le pregunté por su familia, por mi ahijado, por el trabajo... y él como si nada, volvía sobre lo mismo cada vez más seguro de sí y como si no se acordara que lo que me decía ya me lo había dicho antes y repetido mil veces. Me callé y estuve mirándolo con un desprecio evidente. Quería que se callara de una puta vez y se marchara, pero no quería sacarlo humillado con mis propias manos. Nada. Parecía que no se daba cuenta de mi mirada y seguía hablando como un juguete mecánico sin control. Me levanté y me le acerqué tanto como mi fastidio me lo permitió. Casi le puse mis ojos en sus ojos con la buena intención de

sacarlo de una vez por todas de su encierro y entonces vi en sus pupilas que su hijo se estrellaba una y otra vez contra la puerta corrediza de vidrio que da a la terraza y que conecta a la sala con el exterior. Se golpeaba, se levantaba, cogía impulso y otra vez el golpe en el vidrio lo dejaba de bruces en el piso sin una sola herida...

Lo vi golpeándose contra la puerta como un condenado a muerte que ha perdido la razón, atosigado por el miedo, ya de camino en el corredor de los que saben que se dirigen al matadero. Lo vi revolcándose con el perro en la terraza y ya no supe quién era quién. Cerré los ojos un instante, como si quisiera cerciorarme de que sólo se trataba de un juego perverso de mi memoria... de una mala jugada de la ficción. Cuando los abrí, ni el perro, ni él estaban en la terraza. Los dos habían desaparecido como una cicatriz que ya nada sabe de la herida que la antecede. Ni del dolor que todavía se revuelca indiferente en la antesala de la pesadilla. Todavía incrédulo los volví a cerrar y me los cubrí con la palma de las manos para estar seguro de que estaban bien cerrados. Los volví a abrir y lo vi por última vez de rodillas ante su dios. Ya no sonreía y su silencio olía a mierda en el cuarto. El vidrio de la puerta que conecta a la casa con la terraza estaba manchado de sangre...

Principio de Epicuro

Al principio creí que solamente se trataba de una mala jugada de la memoria o que, quizás los ojos habían perdido su interés por las cosas de este mundo... también quise pensar que era un sueño como en la mala literatura, pero lo único cierto era que cada vez me sentía más lejos de mí y más y más un prurito de desconocimiento se iba acumulando en mi agenda como una cuenta sin fondos...

Crear, pensar, imaginar era todo cuanto me había quedado después de los primeros golpes del horror y el escalofrió que exigía una víctima propicia a su delirio donde solo el vacío esperaba que se le cumpliera el milagro... insistí en que tenía que caerme para saber con qué contaba, pero no tenía con que hacerlo... recurrí a la treta del que quiere lo que no es para que lo que es finalmente se afirme y establezca su reino... tampoco así pude reconocer, ni tan siquiera el calor de mi respiración...

Y ante la evidencia de una nada que todavía deletrea un alfabeto sin nombre, el horror y el escalofrió conocieron de primera mano su sustancia y echaron a correr sin darse cuenta que la materia en su desvarío, se había quedado definitivamente sola sin poder asegurarles su existencia...

¿Se imaginan ustedes, caer de cuerpo entero sin cuerpo y sin verbo que garantice tu caída y sin el golpe de la caída que nos nombra y nos recupera para la trama de los días?

Supé que tenía manos e intenté agarrarlas para reconocerlas y que me reconocieran, y lo poco o nada que quedaba de ellas se abrazó en el vacío... las mismas manos con las que había gozado tu cuerpo desnudo noches enteras y días y horas en blanco se habían largado sin saberlo, llevándose el placer de las tuyas y los últimos vestigios de identidad... busqué los ojos para saber de los tuyos que se morían en los míos de placer, y tus labios hinchados hasta el amanecer de tantos besos, y tu olfato todavía detrás de la presa que se te hace agua en el silencio... y

tus muslos embravecidos detrás de los latidos de mi corazón al ritmo desacostumbrado del tuyo... y tus pechos colgando en lo alto de mis sueños como una copa que no acaba de derramar su sustancia en su desvarío... y tu sexo agigantado y adobado por dentro donde todo lo perdido tenía su contraseña y su respiración y su propia escritura...

Me agarré de momento como el mejor de los ilusos a todo lo que fue y lo que no fue y lo que no pudo ser, buscándome entre las cenizas del silencio pero todo se había perdido... había desaparecido sin dejar un solo rastro y ni siquiera el sabor de las noches de placer vino a mi encuentro... insistí un poco más, como alguien que quiere abandonar definitivamente el lugar de los hechos recurriendo a los pasos que siguen a los pasos uno a uno y a sus pasos que se perdían a cada grito de placer para regresar otra vez con las manos llenas... insistí, aunque no pude...

Nada... no estaba por ningún lado, había desaparecido y solamente me quedaba saberlo... se me atragantaba indiferente esa sensación de que seguía cayendo sin poder caerme, de la mano del horror que tampoco sabía cómo salir ileso de su atolladero... ahí hecho un asco en carne viva sin saber dónde estoy, aunque sé que todavía soy... y todo lo que tengo es que todavía lo sé que lo tuve lo que ya no tengo y que aún sigue siendo a su manera lo que tal vez fue...

Y hago lo que puedo para caerme de una vez por todas y para siempre, aunque tenga que renunciar a mi caída... y un tiro más o de más al corazón del globo que se desinfla sin haberse desinflado... como un adolescente que no renuncia a vaciar su pistola de un solo tiro en el corazón de su primer amor... que de repente lo ha dejado también sin piso y sin el placer de la caída...

El robo perfecto

Desde que era muy niño siempre tenía miedo de que los ladrones entraran en su casa... y aunque el temor era más digestivo y sintético durante la noche, también en el día lo mimaban con frecuencia los escalofríos y la desconfianza... cuando niño la cosa era que tenía miedo de que se lo robaran, ya que nada tenía para que le robaran; solo dos o tres libros de procedencia incierta que siempre leía como si fueran los únicos que habían sido escritos o existieran...

Este temor constante de que lo desaparecieran, o que le desaparecieran incluso lo que no tenía, lo convirtió en un especialista de todo tipo de chapas, y candados y cerraduras y trancas y llaves y alarmas sofisticadas, y mecanismos de control y estrategias de prevención y tácticas de supervivencia...

Lo que nadie nunca entendió -hablo de los que lo conocíamos, o creíamos conocerlo-, y ni siquiera él mismo, era el fastidio más que patológico que le tenía a las armas, cualquiera que fuesen. Una buena pistola o incluso un buen garrote, unas clases de defensa-ataque, unos días de práctica, y quizás el problema hubiera sido resuelto sin tener que entrar en más detalles. Pero nunca las armas fueron para él una opción. Los sistemas de seguridad y lo que la última tecnología tenía que decir en este asunto, era su única moneda de cambio...

Visitaba con frecuencia al cerrajero del cual se había hecho buen amigo y pasaba mucho tiempo en su tienda observando con una parsimonia admirable todos los tipos de candados y alarmas y sistemas modernos de seguridad disponibles... sabía a la perfección y casi de memoria cómo funcionaba cada mecanismo y también sus más pequeños defectos o errores de diseño...

Y cuando tenía dinero -lo que no era frecuente- compraba lo que podía y lo guardaba en un baúl que tenía bien asegurado debajo de la cama. Era tanta su pasión y devoción por toda esta clase de adminículos que de muchos de ellos tenía hasta cuatro y

más... y un cuaderno donde los dibujaba y los describía con una precisión envidiable...

Con el tiempo y cuando ya no le quedó más remedio que separarse de su familia, en el apartamento donde se instaló, en la gran ciudad, todas estas preciosas adquisiciones para él fueron posesionándose en el lugar adecuado y, para ser más claros, exacto. Viéndolo instalarlos y activarlos uno podía decir que ya lo había hecho mucho antes miles de veces y que todos estos dispositivos extraordinarios siempre habían cumplido al pie de la letra con su tarea inapelable...

Algunos formaban figuras geométricas fantásticas detrás de las puertas, otros parecían completar y prolongar las ventanas y otros muchos guardaban celosamente los aparatos de que disponía en casa. Se las había ingeniado para montar a su alrededor un verdadero rompecabezas de seguridad...

El complicado mecanismo que había montado detrás de la puerta principal de la casa, bien de cerca o en la distancia, parecía y simulaba un universo complejo y ponía los pelos de punta... a decir verdad, su lugar era una fortaleza inexpugnable... un complicado sistema de relaciones infinitas... una historia escrita en sus más mínimos detalles, pero sin libro y sin lengua y sin palabras...

Ya no era un niño, pero el temor a desaparecer o que lo desaparecieran, -últimamente incluso tenía miedo de que se lo comieran vivo-, había logrado su altura máxima en la curva insaciable de la vigilia sin coraza y sin puertas y sin memoria...

No tenía muchas cosas, quizás para mayor seguridad, pero sí algunas de uso diario... entre ellas, muchos televisores del mismo tamaño que había empotrado con una precisión endemoniada en diferentes lugares de la casa, porque le gustaba ver películas hasta la saciedad y repetirlas, y sobre todo programas de fantasmas y de aparecidos...

Ante tan complicados mecanismos y conocimiento en cuestiones de seguridad, uno no entiende cómo se le entraron los ladrones sin que él o alguien se hubiese dado cuenta. La duda y la sospecha fue la panacea por mucho tiempo de los que lo conocíamos y lo amábamos en silencio en lo más íntimo de nuestro

corazón. Tal así, que todos en silencio, o en una mirada, o en un gesto, concluimos que el ladrón no había podido ser más que él mismo. Pero el dolor y el miedo que sintió cuando se enteró de lo sucedido, un miedo auténtico sin lugar a dudas, desnudo, voraz, convirtió nuestra certeza en un mar de dudas y de situaciones inciertas...

La otra cosa es que los ladrones, si fueron los ladrones, dejaron las cosas tal como estaban. Ni una sola huella, nada roto, nada para entretener a los curiosos y a la policía que tanto le gusta suponer lo ya supuesto... y lo más extraño es que nada de lo que tenía algún valor faltaba. Los televisores y los programas de siempre estaban ahí incólumes y como desafiantes al mal tiempo y a las vicisitudes de la vida... también los aparatos de cocina, algunas joyas de valor, y cuadros originales de un valor considerable (de vez en cuando adquiriría obras de arte). Solo se habían llevado dos cajas de cerveza, una botella de tequila, una caja de chocolates franceses ya empezada, media botella de burbon marca "turkey", un consolador barato que le había regalado a una de sus amigas y que esta guardaba en su casa, una caja de condones, toda su ropa interior y la ropa íntima de su esposa que por entonces lo había abandonado, unos calzones sucios que guardaba de siempre debajo de la almohada, y los tres libros que lo habían acompañado y cuidado desde que era un niño...

Elegía perruna

La primera vez que lo vi o me vio, estaba sentado junto a sus pies en el bar de la esquina y antes que yo lo mirara se me quedó mirando con una mirada tal que la copa se me hizo pedazos en la mano y la sangre que corría a borbotones en la barra parecía manar de sus ojos que no de mis heridas...

Sin enterarse de los hechos o a sabiendas ella me tomó la mano y se la llevó a la boca y con la punta de la lengua religiosamente limpió las heridas que dejaron de sangrar... desgarró parte de su vestido y me vendó la mano con tal devoción y entereza como si fuera la suya y luego la abandonó en su regazo donde el latido de su sexo caliente se confundió con el pulso nítido y delicioso de las heridas...

La miré a los ojos y ella los míos, y los ojos de la bestia en los suyos y los míos volvieron a sangrar, mientras el bartender limpiaba los residuos de sangre y dejaba deslizar sobre la barra dos copas a rebosar... las miradas a pesar de la algarabía seguían su círculo vicioso y la una en la otra se refundían y se miraban de tal forma que ya nada quedaba que mirar, o simplemente ya nadie sabía que miraba la mirada de nadie en la suya...

Ella se levantó y salió del bar sin decir una sola palabra... yo la seguí como si siguiera las claves de un código secreto... los ojos cerrados de momento y todavía aguantando el latido de las heridas. La bestia obedeciendo al mismo llamado se levantó y me siguió en silencio los ojos todavía manchados de sangre... me sobrepasó a la vuelta de la primera esquina y se interpuso entre ella y yo no sin antes echarme una mirada que ya no era la suya ni la mía ni la anterior, abriendo una brecha enorme entre mis ojos y los de ella...

Ella se sentó en el sillón de su casa muda y ausente... intenté sobreponerme a la bestia, pero ya era demasiado tarde... me acerqué como si alguien más se hubiera acercado y con una devoción hasta entonces desconocida para mí, me senté al lado de

la bestia que entre ella y yo parecía levantar un puente de sueños entre su mirada y la mía a través de la suya que parecía perdida, ajena a uno de los extremos de la realidad objetiva...

Las horas se amontonaron como pedazos de carne podrida en el umbral de la nada y su mirada y la suya y la mía se echaron a perder en el saco roto de la vigilia... ella se levantó sin saberlo y fue a su cuarto... yo quise seguirla, pero ya la bestia la seguía y yo a la bestia que se volvió un solo instante y me clavó los ojos en los míos y yo en los de ella que en los míos se perdieron en los de la bestia que se ahogaban y ya casi sangraban en los míos...

Se desnudó y se metió en la cama, y la bestia junto a ella y yo al lado de la bestia que abandonó como si nada su cabeza en su bajo vientre y una garra en el mío... el sueño y la respiración cayeron en el saco del tiempo ya hecho un asco y el olor nauseabundo de las horas en blanco inundó la habitación con sus quejas y su mala leche... y sus resabios... y la copa que vuelve y se rompe y la mano que vuelve a sangrar y ella que otra vez se rompe el vestido y me chupa y me venda las heridas...

La pelambre erizada de la bestia jugaba con mi desnudez y la suya como si nos entregara una limosna, o como si extendiera su mano para recibirla después del ritual y en el techo del cuarto sus ojos en los míos o en los de nadie se vaciaron en la respiración dejando tan solo un hueco en su mirada o en la suya...

Ella cerró los ojos y yo los míos buscando una salida en los depósitos de la fiebre... implorando un hueco de más en el saco de la necesidad... y en el silencio de los suyos naufragaron los míos una vez los ojos de la bestia se agarraron como si nada a los restos del naufragio todavía abiertos en los míos y en los de ella...

El cuarto olía a carne quemada y la noche se desplomó debajo de la mesa como una mujer preñada que ha perdido sin ton ni son a su criatura, arrastrando por los corredores del sueño las sílabas apestosas del silencio...

Me quedé dormido o me hice a la idea de que lo estaba... también ella quizás se hizo a la idea o yo me dormí por los dos mientras ella pensaba que se quedaba dormida después de dormirse... la ciudad se levantó de repente de las cenizas todavía manchada de sangre... el sol se desgajó sobre la materia de todos

los días como una boca desgarrada... en el lugar donde los ojos encontraron su mirada y la mía y la suya y la de nadie, montones de perros asesinados durante la noche todavía ladraban como niños abandonados... en los postes de la luz perros amarrados y destazados en carne viva, los ojos abiertos de par en par como una maldición...

En los porches de las casas racimos caninos oscilaban al ritmo caprichoso del viento como campanas hechas de odio... los niños en manadas arrastraban en las calles una pata ensangrentada... un cráneo ya hecho pedazos... una piel agujereada... un ojo todavía abierto en su iniquidad... una mirada compasiva. Las viejas regresaban del mercado sus canastos repletos de vísceras e intestinos y vergas enrojadas en su intimidad... perros muertos debajo de la cama de las vírgenes... perros crucificados y relami-dos en el altar de la divinidad... mierda y baba y secreciones en los zapatos abandonados del tiempo...

Me levanté como pude sin haberme aun reconocido y sin la esperanza de reconocirme... los ojos vendados para evitar reconocerme en los suyos o en los del perro que seguía en el lugar de siempre firme en su devoción... salí del cuarto dando tumbos como un sonámbulo ya despierto y en la farmacia más cercana compré un frasco de cianuro y regresé a la casa dispuesto a acabar con el último de los sobrevivientes...

Elogio a la ningunidad

Para Gabriella

El lago brillaba en medio de la gran ciudad como una luz a punto de extinguirse. Parejas de enamorados solían pasear cogidos de la mano por los senderos que el tiempo había diseñado y de vez en cuando desaparecían detrás de un arbusto, o se escabullían en un bosquecillo dando tumbos en su mirada... otros, solos, caminaban con sus perros como fantasmas perdidos de un mundo desconocido. Los más, daban vueltas en sus coches hasta agotar el último recoveco de la pequeña carretera, que algunas veces bordeaba los senderos, y luego desaparecían como si nunca hubiesen estado o sido...

Esa tarde, como tantas otras, entramos al parque y como tantas otras condujimos indiferentes bordeando el lago. En una de las orillas un pescador parecía pescar sin saberlo en las aguas de su propia intimidad. Las sombras casi inexistentes de los árboles en el agua marcaban los límites de la indiferencia. Nada más vino a deleitarse en la pupila quieta... el agua pareciera que esperara una señal para echarse a volar o romperse en el fondo de un cántaro habituado a su nada...

Las largas zancas metidas hasta la mitad en el agua, la garza, de un tamaño inusual, como si se tratara de un puzzle, pedazo a pedazo se fue dibujando en el lienzo de las pupilas... primero las de mi hija que se quedó perdida en su mirada, después las mías y los otros llegaron al final...

El pico enorme y ligeramente tirado hacia arriba flotaba en el aire como una cosa innecesaria que se ha perdido sin enterarse de su presencia y de los hechos. En su hermosa cabeza, demasiado grande para el tamaño de su cuerpo y la inmensidad de sus zancas, los ojos se habían quedado como varados en el infinito de la nada...

Pensamos que estaba atrapada en la cuerda de una caña de pescar que se asomaba a la superficie del agua, y que en lo

más profundo de su corazón ya había muerto, pero que como algunos árboles se había quedado un poco más en algún rincón de la memoria, olvidando caerse en los restos de sus cenizas. Muy cuidadosamente para no despertar sospechas, nos bajamos del coche y le tiramos con mucho disimulo una piedrecilla. Echó a volar, y no habían pasado diez segundos cuando ya estaba de vuelta en su lugar como si nunca lo hubiese dejado y siempre hubiese estado allí...

Ella sabía que estaba allí, aunque no lo supiera o no le importara. Lo había grabado en la indiferencia de sus días en blanco. O, quizás, sus enormes zancas la habían condenado al recuerdo de estar donde no sabía que estaba y estaría, hasta que el lago se echara a perder definitivamente...

¿Escribía acaso un tratado de naderías, o simplemente había clavado su pico para siempre en las entrañas del tiempo y se había quedado un poco más esperando el instante de la conflagración? Un rayo de sol que se desgajaba oblicuo en su indiferencia dejaba al descubierto en el pico una mancha de sangre. Quizás solamente se le había olvidado que estaba, o había estado allí, o que estaría allí por el resto de su vida sin saberlo, escribiendo con su pico en el aire historias de enamorados y descifrando en silencio el alfabeto de la nada... digiriendo de una vez para siempre las entrañas del tiempo...

Lo cierto es que su respiración ya no era la suya y que en el latido casi imperceptible de su corazón, otros, que tampoco eran, se habían adentrado y adueñado de su incertidumbre...

Las últimas luces de la tarde se fueron extinguiendo como una piel que se desgarrar y se cae y se derrama lenta y febril por sus zancas enormes... mis ojos también tardaron una eternidad en llegar hasta la superficie del agua desde lo más alto de su intimidad herida de muerte... mi hija pareciera que se había quedado dormida en el sueño de otra mirada y la respiración de mi mujer ardía a tientas en mi corazón...

Prendimos el coche y nos marchamos en silencio. En sus zancas enormes el tiempo se había perdido y no había podido encontrar el camino de regreso a su tragedia. Una pareja de enamorados se acercó escondida en la complicidad de las primeras

sombras. Cogidos de la mano se arrastraron hasta la orilla y se tiraron en la tierra como si jugaran con su identidad. Volvimos la cabeza un instante como para decir adiós o romper el silencio, y en un instante vimos que la suya había desaparecido... sólo sus zancas cada vez más grandes se habían quedado sosteniendo su cuerpo diminuto y casi inexistente en el hueco del aire. Los quejidos entrecortados de los amantes parecían encender hogueras en la superficie del agua...

Epílogo

En la tienda se compró una caja de condones de promoción. Nunca entendió por qué los condones fluctuaban de precio en dicha tienda de manera tan irregular. Antes de tomar una decisión en cuanto al producto de su predilección, tuvo sus dudas en lo que concierne al tamaño y a la literatura redundante que en la etiqueta nos antecede o postcede al orgasmo: experimente sensaciones extremas... no encontrará otro producto en el mercado tan semejante a su propia piel... extra-lubricados y una buena cantidad de espermicida para prevenir nacimientos indeseados en caso de accidente... con rayitas y círculos y manitas en relieve para aumentar el placer o retardarlo... de piel de cordero en caso de alergias o incompatibilidad con el plástico... y tantos otros etcéteras cuasi-deliciosos que se me borran de placer en la memoria...

Le atrajo sobremanera el hecho de que fueran treinta y seis por el mismo precio de los doce que con frecuencia solía comprar... y no por que los gastara en un abrir y cerrar de ojos, sino porque se había acostumbrado a comprar cosas baratas cada vez que la ocasión se lo facilitaba... hasta podría decir que esta manía lo había llevado a acumular algunas cajas de más en casa. Eso sí, cuando más los necesitaba no aparecían por ningún lado, aunque los dejaba en diferentes lugares para hacer más fáciles las cosas. Y, al contrario, hubo días en que mientras buscaba con la ayuda de algún allegado un documento importante o algún libro, estos aparecían como por arte de magia multiplicados y fáciles por todos lados y ya pueden ustedes imaginar la complicidad no compartida de hacerse el de la vista gorda o de pasar por alto, a pesar de lo obvio de las circunstancias, estos momentos de extremada sensibilidad humana... cuando no es que alguno o alguna lo tomaba como una insinuación, parte de un plan de antemano ya urdido, y en estos casos solo se trataba de armar unas pistas de más e intentar arriesgar una solución más o de más al consumo... y a su etiqueta de siempre...

Ya en casa, ese mismo día se le pinto de novia la ocasión y tuvo la oportunidad de usar algunos de ellos... cuatro o cinco si mal no recuerdo. Todos se ajustaban con religiosa perfección al tamaño de su miembro y parecía que la mujer gozaba como de costumbre y un poco más... y eso que él no empezaba el acto con la prenda ya vestida, sino que le gustaba disfrutar de la desnudez compartida, alargando sobremanera el prelude, hasta que no podía más, y entonces lo sacaba, y pasaba de inmediato a vestirse su artículo de promoción... y de nuevo a la función y el rompecabezas de la etiqueta que se le metía con su reliquia de imágenes en la garganta y en los quejidos y en las pupilas como si le estuviera anunciando de antemano una nueva promoción y un nuevo artículo, quizás tan delicado como la piel delicada de un embrión... y así se le iban las horas hasta no dar más...

Sin embargo, desde el primer momento se dio cuenta que eran demasiado gruesos y blancos al extremo, como del color de los muertos en pena: una leche plástica que se le agarraba al órgano dejándolo como un naufrago sin puerto y sin brújula. Un mal sabor se le inundaba en la boca, sintió miedo, y el olor de los químicos después del acto consumado o exhumado lo perseguía hasta los lugares más recónditos de la respiración y del sueño. Una noche se despertó hecho un asco en la pesadilla y aunque estaba bien despierto y lúcido, de eso él estaba seguro, tardo unos cuantos minutos en quitarse el condón que aparentemente lo cubría de pies a cabeza y que se le pegaba al cuerpo de tal forma que en un momento pensó que iba a morir ahogado y se sintió ridículo al darse cuenta que todo era cosa del fastidio y de los químicos y de la leche derramada que seguían haciendo de las suyas en su imaginación...

Al día siguiente, después de haber probado una vez más para asegurarse hasta del último de los pormenores de su rechazo, escribió una nota en un trozo de papel que encontró a mano, la metió en la caja, la cerró cuidadosamente con pegante y ya casi a medianoche decidió ir a la tienda a cambiarlos por otros más acorde con su devoción. Pensó que quizás él era el único en el mundo y lo seguiría siendo por los siglos de los siglos, que había cambiado una caja de condones en una tienda. Sonrió... y

se quedó por un instante quieto y como embebido en la mitad de la calle... un coche le pitó y la sonrisa de la mujer que se le quedó mirando con cierto descaro y compasión lo acompañó hasta la tienda...

La mujer encargada del mostrador de reclamos, devoluciones y cambios, le recibió la bolsa con la pequeña caja, le preguntó algo tan vago, que más que una pregunta parecía una afirmación recurrente, un susurro interior, metió la mano como si nada en la bolsa, sacó la caja, la miró, y de inmediato la metió como alma que lleva el diablo otra vez en la bolsa, y sin mirarlo por un solo momento se desplomó como un saco de papas y se murió en el instante, quizás antes de caer, de una conmoción súbita...

Espíritu encarnado

Para Camila

Poco a poco las aguas del río se fueron vaciando del fruto de sus entrañas hasta que ya no quedó más que un hueso sin fondo en la mirada de los pescadores que pasaban las noches en vela tejiendo incansables en su necesidad una esperanza vana e infame...

La cosa es que todo había sucedido en el momento menos esperado y sin que nada ni nadie hubiese advertido la mínima señal, o hubiese adivinado los síntomas de un pecado todavía irredento que espera como una fiera herida de muerte que alguien asuma los hechos y apriete el gatillo... cuando el pan abunda en la mesa, ¿a quién le importa el pajarillo que en la ventana sacrifica su vida y su destino por unas migajas que solo puede saborear en su delirio...?

Así no más porque sí, el río se había cortado de un solo tajo su mano generosa como una mujer que se arranca de sus entrañas con sus propias manos el fruto de su amor, o como un enamorado que, luego de ver cómo su amada se consume de felicidad en los brazos de otro amor, se saca los ojos donde sus noches de placer aún no se consumen, y los tira a la calle y se pierde por entre las grietas de una pena ya sin nombre, mientras los perros se regodean a sus anchas de tanta carne todavía sedienta en sus pupilas...

A toda hora y especialmente en las noches, los implicados en el asunto que no eran pocos, iban al río y en silencio, como si tuvieran miedo de que las palabras se convirtieran en el síntoma de una culpa ya sin sedimentos en la memoria, esperaban como quien ya no espera murmurando entre dientes su queja y dispuestos a hacer hasta lo que no estaba escrito en su agenda para que en el fondo del río volvieran a madurar las estrellas...

El río sordo y mudo a las plegarias, simplemente seguía su curso natural cada vez más vacío y ausente como si ya no fuera más que un recuerdo vago de una vieja pena de amor... el síntoma de un fruto podrido siempre a punto de caerse... en sus aguas

lechosas y anémicas ya solo se reflejaba el ruego febril de las almas en pena y la luz temblorosa de las velas que alumbraban en las orillas hasta ya bien entrado el amanecer... luces que los fantasmas encendían una vez su corazón se vaciaba de sus síntomas y de su ficción... rogando e implorando y tantas veces aullando como animales desahuciados...

No pasó mucho tiempo hasta que las plegarias y las luces y los lamentos y todo tipo de vanas promesas y arrepentimientos fueron reemplazados por lucrativas ofrendas... en las orillas de repente como por arte de magia abundaban los frutos maduros y deliciosos traídos de tierras lejanas... y en los montículos de piedra que se habían colocado en las aguas simulando altares, innumerables utensilios de pesca y todo tipo de prendas íntimas y flores contaminadas por el delirio, almacenaban en silencio su propia plegaria... y en los árboles, cada vez más solos y desnudos, las redes de los pescadores colgaban formando una telaraña enorme donde parecía que una araña inexistente esperaba implacable hasta el amanecer su fruto prohibido... y órganos todavía vivos empuñados en los bolsillos o escondidos en los últimos síntomas del horror...

El tiempo también como el río y los días y las noches se vació de sí mismo atacado por una pena sin nombre y sin dolientes... y ya no quedó más que el delirio de los condenados junto a las ofrendas que un buen día empezaron a desaparecer sin que nadie supiese a ciencia cierta quién o qué se estaba dando la gran vida con las cosas que cada vez más, a pesar de la desesperanza, desafiaban a montones el silencio de las aguas... se tejieron muchos rumores en todos los rincones de la ciudad al oído y en voz baja y algunos incluso se atrevieron a contar historias fantásticas, pero ni siquiera los que pasaban y repasaban las noches en vela junto a las ofrendas pudieron materializar en su lengua sus testimonios y sus pesadillas...

La ciudad entera estaba de rodillas, caída como un perro famélico que ha tenido que soportar un largo viaje bajo la lluvia sin alimento y sin encontrar una sola vez un lugar donde cobijarse... un olor nauseabundo se hinchaba en las miradas de los transeúntes y ya nadie sabía cómo regresar a su casa... todos deam-

bulaban por ahí como si estuvieran buscando algo que todavía no se les ha perdido y seguros de que jamás podrán encontrarlo... y sin la esperanza de poder dejar un día de buscarlo... no hay nada más hermoso que saber que los que uno ama se han marchado para siempre a un mundo inexistente y no tener que vivir con la duda de no saber dónde están... no es nada fácil sentir que los que amaste y todavía amas se consumen de amor en los brazos de otro amor... no hay felicidad más plena que la muerte...

Pero llegó el día en que las orillas y los montículos de piedras empezaron a poblarse en abundancia con el fruto de las aguas... primero no fue más que un pescado todavía agonizando en la superficie quieta del silencio... después, de la noche a la mañana, mantas de peces y tesoros jamás imaginados abundando las orillas y los sueños... y los penitentes no daban abasto llenando sus canastos y sus ollas y su desenfadada lujuria como si sólo hubiese pescado y sueños y un poco de esperanza para ese día sagrado y febril... las redes en los árboles se llenaron de peces y de promesas innecesarias hasta desplomarse sobre los presentes que corrían de un lado a otro sin saber qué hacer con los frutos de su gloria... y las mujeres se levantaban los vestidos y se los llenaban hasta caer de rodillas, y los niños se tiraban unos a otros los pescados a manotadas hasta que la sangre les manchaba de dicha su cuerpo desnudo... y los perros se hartaban hasta la saciedad... y los más avivatos empezaron el comercio en los paraísos ocultos de la imaginación...

Así pasaron las noches y los días y las penas y los lamentos y los huecos en la memoria y el silencio y el delirio, hasta que un día ajeno a la gloria de todos los días habidos y por venir, un poco antes de caer la tarde, una mujer completamente desnuda salió de las aguas enamoradas como un cuchillo a toda hora sediento de sangre, y una y otra vez se llenaba las manos hasta la saciedad con el fruto ofrecido, y una y otra vez desaparecía sólo para volver a aparecer cada vez más desnuda y sedienta y exacta a sí misma para llenarse las manos y los huecos y el delirio y volver a desaparecer...

Después reventaba en las aguas como un fruto demasiado maduro y ya casi podrido, un hombre desnudo hasta el sarcasmo

y se llenaba las manos cuanto podía como una boca envenenada, y desaparecía entre risas hasta que los dos volvían a brotar de las aguas manchados por el placer, y se agarraban indiferentes como si fueran una más de las ofrendas y en las piedras se poseían y en las orillas se lamían y se holicaban y se revolcaban como bestias en celo, y se caían de las redes penetrados hasta el infinito y, hechos uno solo, rodaban hasta el fondo del río que se quedaba ciego y mudo como si fuera incapaz de resistir el sabor de la dicha...

Y yo ahí entre los matorrales como siempre y desde antes del milagro disfrutando como un tonto y babeando como el que no sabe de límites, ni de distancias, ni de vanas esperanzas, desnudo como debe ser, esperando una vez más que el agua me entregue como siempre su fruto prohibido...

Estación de radio

Al volante del coche por los vericuetos más deprimentes de la gran ciudad y la radio encendida buscando no sé qué a esta página del tiempo ya hecha pedazos y que el viento de la tarde ha diseminado en su nada... y de tanto en tanto la imagen nítida de Álvaro de Campos al volante de su Chevrolet por la carretera de Sintra, por la carretera del sueño, por la carretera de la nada... poco a poco el coche se fue haciendo de las suyas en los recodos de su propia intimidad, mientras mi mano jugaba casi ausente con los controles de la radio... buscando, quizás, una voz que me pusiera otra vez de patas para abajo en la carretera que me llevaría de vuelta al trabajo... la mano de momento se detuvo en su afán y desde el corazón abúlico de las horas una voz femenina y excesiva cobró realidad llenando el coche como de ladridos entrecortados y posesos de no sé qué extraña identidad... lenguas acezantes y recurrentes después de una jornada sin fin... lo suficiente para que el pantano de las ausencias se llenara otra vez de la materia de todos los días... el trabajo... esa cosa pegachenta que tan pocas veces ha dignificado la vida... la mujer hablaba de perros y cada una de sus palabras, o mejor sería decir lengüetazos, ladridos, parecía nacer de un diálogo con los mismos que, al parecer, sólo ella entendía... su voz segura y alborotada me hizo pensar más bien en las gallinas que una a una esperan devotas que el gallo se las pise cada atardecer en el gallinero...

Por supuesto, y de esto no hay duda, que los perros hablan y entienden y tienen un sentido del humor muy fino y se ríen a cada instante de ellos mismos y sobre todo de nuestras cosas tan humanas y casi siempre fuera de tono, -dijo-. Me acordé de que había leído en un libro algo así como que: “el que no ríe es capaz de matar a su propia madre” y sentí escalofríos. Se ríen, sí, -repetía incansablemente como si no se cansara de responder a la misma pregunta, -se ríen, solo que la frecuencia y la naturaleza y el matiz y el placer de su risa, es parte de un enigma que de vez

en cuando pueden percibir y sentir unos cuantos privilegiados, yo entre ellos... y la voz se le quebraba en la garganta y sus silencios parecían llenarse de lágrimas. Y ella misma después de las pausas se reía con una risa que no era la suya y se celebraba diosa y señora de un ritual de ladridos cada vez más objetivos y que se entrecruzaban y se fundían y se hacían carne y sangre del monólogo del horror...

Habló y ladró y asesó hasta el cansancio y se fue sumando puntos y estrellas y huesos y juguetes que chillan y paseos después de cenar, a sus incontables días dedicados a la investigación canina... y compartió con la entrevistadora y la audiencia parte de sus logros y anécdotas y noches en vela y diálogos caninos que la fidelidad y su sentido de la confidencialidad le impedían revelar... fragmentos de cintas cuidadosamente grabados y seleccionados de rugidos y ladridos y quejidos y aullidos de todo tipo de perros y perras después del parto... y de la ternura de los cachorros cuya gramática se les ahoga en la garganta...

Y dialogó o monologó con una investigadora de una prestigiosa universidad que había dedicado los mejores años de su vida a investigar la conducta de los animales domésticos, que se sumó a la ceremonia de un momento a otro, quizás tocada en lo más profundo de su ser por tanta pasión, tanta palabrería, o por algún ladrido afín al de su propio perro o al suyo... y la convenció de cada una de sus palabras, y le reprochó, y la obligó a responderle que su perro ladraba con ella y ladrarían juntos por el resto de sus vidas sin que hubiese necesidad de ninguna diferencia... y ladraron juntas y se prometieron volver a ladrar y se comprometieron a crear la sociedad del ladrido para defender el derecho de este nuevo lenguaje desde siempre en extinción y que estaría sin duda a la derecha el día del juicio final... pensé que un día solamente para juzgar a tantas almas y tan diversas resultaba un poco corto y ridículo y, más aún, si se le sumaba el inventario de los perros y sus perradas. Por el tono de voz y la convicción que ponía en cada uno de sus ladridos y en cada uno de sus comentarios no sé porqué cosa pensé que se trataba de una cincuentona y además solterona... pensé, también, qué edad necesita un perro para lograr estos dos estados de la intrincada condición huma-

na... y también, cuál sería la edad de ella en el universo de tales especímenes, que ella no encontraba tan distantes ni diversos del suyo propio... apagué la radio sin darme cuenta, pero tuve miedo porque de tanto ladrido ahora mi carro también parecía ladrarle caprichosamente a la luna que alta y benévola se contagiaba de los ladridos y ladraba insistente en el infinito de su soledad... semejando a tientas una sombra cuadrúpeda...

Regresé a casa tan seguro de que me llamo Emmanuel y sacando pecho del significado de mi nombre: “Dios con nosotros”, abrí la puerta que da a la terraza y allí estaba el perro de mi esposa, dormido y la boca semiabierta y la piel que le recubre el hocico recogida hacia atrás como si se estuviese riendo, o se hubiese reído a carcajadas... y después el rictus que se nos queda unos cuantos días de más después de la función, prendido como una mosca a la felicidad de un terrón de azúcar que justifica al menos por un instante las caídas y recaídas de quién sabe qué, ni dónde... no lo desperté... a su lado como de costumbre dormían los gatos de mi hija. Pensé que podrían ser sus hijos... los síntomas de la risa fueron más fuertes que mi presencia. Yo lo había educado siguiendo los patrones de la psicología del conductismo que había digerido con mal gusto en la universidad, más, una pizca de Berne y la Klaine, y estaba, a decir verdad, orgulloso de mi obra. Lo había hecho a conciencia desde que era un bebé-perro. Le había regalado a cuentagotas esa parte tan humana que tenía y que nos hace levantar las voces contra las personas de esos países cuyo plato más exquisito es el que se hace con carne de este nuestro único amigo fiel... y tan devoto y entregado...

Prendí el televisor. Me pareció que el personaje de la película que habló en ese mismo instante ladraba femenino y fiel. Lo apagué. Fui hasta el escritorio que tenía en el sótano y saqué una hoja de papel en blanco. Intenté hacer una lista de todas las cosas que había hecho por el perro de mi esposa para que fuera un perro de verdad, digno de ella que tanto lo quiere, y de mi hija que a veces lo ignora y, porque no decirlo, de mí mismo que lo tolero por su buena educación... solo que en lugar de una lista pormenorizada de elogios y logros vinieron a mi mente uno a uno los poemas de un libro que recientemente yo mismo había

publicado y que llevaba el título de “Perradas”. A mi intención inicial, entonces, y sin que yo me diera cuenta a cabalidad, como si fuera instrumento de la inspiración y del azar, se interpuso una contra-lista de cosas y más cosas que después de leerlas y releerlas me hicieron conocer por primera vez los síntomas del horror. Esa cosa tan helada que se esconde más en las cosas obvias que en lo extraño e inesperado. Cosas como estas entre otras que no me atreví a releer:

1. En las noches de invierno, Diego, -así se llamaba el perro, un labrador casi puro-, ha pasado más de una vez en la terraza por haber intentado comer los restos de la comida del día anterior. Restos, que incluso cuando los guardamos en el refrigerador, siempre terminan en el cubo de la basura, o desapareciendo sin que nadie se haga responsable de la situación...

2. Varios días ha pasado sin comer por haber dormido las últimas horas del amanecer en el sofá donde la familia se sienta a ver la televisión... (para un perro de ese tamaño, 80 libras, este castigo, más que castigo, es una crueldad, -pensé)...

3. Recientemente por haberse metido un momento en la cocina (esto le ha sido prohibido tajantemente por su propia seguridad) no se le ha permitido acostarse unos minutos cerca de la familia después de la comida. Además, ha perdido, por dos semanas, los dos huesecillos que se le daban devotamente al empezar el día... me acordé que mi madre me hacía comer la comida fría cuando regresaba tarde a casa, o me mandaba derecho a la cama sin comer... todo con una sola mirada que aún llevo sangrada en la rabia...

4. No hace mucho tiempo que aparte de haberle golpeado varias veces en la cabeza con un sartén y haberle amarrado el hocico con fuerza durante casi dos horas por haberse cagado dentro después de 10 horas de encierro, se le dio un baño de agua fría para que le sirviera como escarmiento... y se le amarró en el patio todo el fin de semana...

5. Diego tiene como única diversión que le tiren una pelota de tenis para él recogerla y traerla y correr otra vez y recogerla y traerla... y por haber estado en compañía de perros vagabundos

que frecuentan los alrededores ha perdido, hasta nuevo aviso, este derecho ganado con tanto empeño y tan necesario para un perro que empieza a tener unos cuantos kilos de más y artritis... también perdió de forma definitiva la hamburguesa que se le daba cada 6 meses como premio a su buena actuación...

Esas son solo algunas de las cosas que aparecieron en la lista. Las que cualquier ser humano compartiría, no sin antes pensar que otros seres humanos como él tienen que haber hecho la misma lista, si tienen perro... y en estos tiempos que corren estas cosas son irremediables... consuelo de tontos y un ladrido hizo eco en mi oído. Las otras, después de leerlas una y otra vez, me horrorizaron más aún, y de tal forma, que no tuve más remedio que someterlas a la censura. Eso sin contar las cosas de mi esposa y las de mi hija. Las leí repetidas veces y tuve miedo de que yo ya no era yo y de que nunca había sido el mismo, ni lo sería ya... Un profundo sentimiento de culpabilidad se me metió en el cuerpo de patas para arriba y viceversa... como un espanto, como una traición. Sentí escalofríos y sin darme cuenta vi que hacía rato que estaba en cuatro patas ladrando y riéndome de mí mismo y la cola hecha un guiñapo entre las piernas. Me levanté como puede y fui otra vez a la terraza donde Diego continuaba dormido, la sonrisa, ahora bien clara y definida, se había convertido en una carcajada indiferente que se agigantaba y se derramaba como una herida interminable... La culpabilidad que se me metía en los testículos, después se me hizo caspa entre los dedos y rasquiña en los sedimentos del alma... Me senté donde pude y no sé por qué extrañas conexiones o afinidades para mí, aún hoy en día inexistentes, me acordé de un viaje que había hecho al Perú unos 15 años atrás... todavía era un iluso... un soñador, un paquete vacío...

En una de las iglesias que había visitado y que volví a visitar durante el viaje más de una vez, había un cuadro de enormes proporciones donde se ilustraba con una precisión aterradora los castigos a los que los pecadores eran sometidos una vez inquietos para siempre de lo irredento...

Allí estaba yo completamente desnudo, parado sobre la cabeza que al contacto del piso parecía una oblea envuelta en lla-

mas, y las piernas abiertas formando una especie de flor de loto de dos pétalos que terminaban en garras... las manos estaban ahí, pero parecían abandonadas en su posición cuadrúpeda, indiferentes, vacías... cosas de otro mundo. En el culo que semejaba la corola madura de la flor, transitada en exceso por todo tipo de insectos, tenía insertado un embudo gigantesco que una vez traspasados los esfínteres se multi-bifurcaba en innúmeras salidas... Y arriba, en una escalera, a la derecha, múltiples diablillos-caninos, parados de puntillas en las patas traseras, casi en vilo, sosteniendo una caldera enorme medio inclinada llena de plomo derretido que vertían lentamente en el embudo sin que la olla se vaciara completamente, o perdiera lo más mínimo de su contenido... Ladraba y asesaba mientras la sustancia ardiente me inundaba las entrañas... me embutía los intestinos... me hacía morcillas de plomo derretido en el alma... ladraba y a mi ladrido la carcajada de Diego hizo presa de la casa y de mi intimidad y de la muerte...

Entonces llegó mi mujer y el perro se despertó. Yo por mi parte me escondí debajo de la cama para que mi madre no se diera cuenta que me había meado otra vez en mis pantalones nuevos... en otras ocasiones me había trasquilado el pelo y me había escondido en un lugar secreto... Toda mi familia, después de buscarme por algunas horas me había encontrado dormido detrás del baño del patio de la casa como un prisionero de un campo de concentración... tenía un ladrido bien abierto de oreja a oreja que ahora no les puedo decir...

Fórmula perfecta

Mi falta de legado, lo único que te puedo dar y asegurar que es tuyo

Sus olores me embriagaban de tal forma y despertaban en mi tal apetito que donde quiera que iba me llevaba alguna de sus prendas más íntimas... ella lo sabía y disfrutaba como una novia fea a punto de casarse, haciéndome la tarea más fácil... era tan sabrosa que la necesidad de tenerla todo el tiempo entre mis brazos me robaba la respiración y me dejaba indefenso y perdido en los huecos de mi propia intimidad, oliendo y saboreando y malgastando olores desconocidos...

Primero fue un par de calzones que sabían a gloria... todavía tibios y untados de delicadas secreciones y que ella me entregaba cada amanecer, o que yo guardaba todo el tiempo debajo de la almohada para embriagarme aún más, mientras ella se quedaba dormida y olorosa entre mis brazos...

El coche se fue penetrando del tal delicia que aún no habían pasado unas cuantas semanas de ser solo mía y ya toda su ropa interior había desaparecido de la casa... hubo días en que se cambió de calzones ocho o diez días a la semana... olía a delirio, a largas noches de placer, a besos entre sus piernas, a montones de frutos siempre a punto de pudrirse pero que nunca se pudren... sabía a lamentos, quejidos, sangre fresca que manaba indiferente de sus pupilas... carne adobada y marinada y macerada en los recipientes de la eternidad...

Agarré entonces la costumbre de ir todos los días a cuanto lencería encontré en las páginas del Internet a comprarle calzones... ahora les puedo decir que en este negocio soy un experto si quisiesen mi consejo... y hubo días en que agoté las existencias de varias tiendas... también pasaba mucho más tiempo en el coche que antes... ahí comía cuando no comíamos juntos, dormía la siesta, le escribía cartas de amor, preparaba mis clases para la universidad... era como si finalmente hubiese encontrado la panacea por tantos buscada, la mandrágora ideal, la piedra filo-

sofal, la fruta de la felicidad, el paraíso del placer, el veneno que nos hace inmortales... la muerte del tiempo, la píldora mágica, la sílaba que le falta al nombre de un dios ebrio...

Ella por su parte hacía lo suyo y se entregaba, y secretaba, y ebullición, y se regaba y se venía de tal forma y regurgitaba que ya no solo sus detritus más íntimos se untaban en los calzones, sino sus gritos y sus silencios y sus uñas, y sus pupilas y sus quejidos como los que el amanecer soltaba todavía ileso en el apetito de la noche para iniciar su jornada...

Muchas veces la encontré dormida en el coche y me dormí a su lado y el olor y los sabores eran tan intensos y gratos y sublimes, que nos accidentábamos en los huecos del delirio para aumentar el olor de la sangre y así poder meter los dos juntos la lengua hasta el hueco de la nada... hasta desaparecer, hasta que el carro no era más que un hueco vacío...

Con el tiempo terminé poniéndome sus vestidos y sus pantalones cortos, sus blusas de mil colores, sus medias veladas, los corsés que ella se ponía antes de entregarse, y que yo le arrancaba dedo a dedo, y su pintalabios y sus cremas y afeites y perfumes y hasta aprendí a caminar con sus zapatos altos y sus botas de cowboy... y así vestido como ella la esperaba a toda hora, me esperaba, nos esperábamos, y ella con una delicia incomparable me quitaba las prendas, me mordía, y se las ponía, y yo se las quitaba y nos las quitábamos y nos mordíamos y después sumergidos en el agua delicada de sus prendas cada vez más ella, su sangre, sus secreciones, sus quejidos, sus calzones, sus silencios, sus glándulas, íbamos desapareciendo como una tela que hilo a hilo se deshace, como el agua caliente se evapora, como un fantasma que nunca supo que estuvo ahí...

Y en el cuarto y en el coche y en el sueño y en las calles y en el delirio y en las clases de la universidad, solo quedaba el olor delicioso de su carne, de sus entrañas, de su sexo, de sus tetas, de su culo, y el infinito que se inunda de tanto ella, de mí, mientras la espero y la sigo esperando y me condeno a esperarla y me condena, ahora ya vestido con su ropa más íntima, el tiempo convertido en una fruta perfumada, podrida, un río de sangre a punto en las orillas del delirio, y sus calzones en el coche, en mis

bolsillos, en mi boca, en mis palabras, en el aliento de una noche
que se me pone de rodillas y me pide una limosna...

Tratado de la perfección

Con la misma guillotina que cortaba los papeles que les daba a sus alumnos, a primeras horas de la mañana, se cortó uno a uno y de raíz todos los dedos de la mano izquierda... descarnado el asunto, ¿verdad?

Dicen que ese día, a esa hora, sólo estaba en el lugar del crimen la profesora más vieja y decrépita del departamento... se desmayó ante la nitidez de los hechos y fue llevada al hospital más tarde... y que luego de recuperarse ya no quiso volver más al lugar donde tantos frutos había cosechado... y que no pudo volver a comer y qué pena... y que siempre lleva su mano izquierda en la espalda como escondiéndola todo el tiempo sin poder lograrlo...

Empezó con el dedo pequeño, o como lo llaman algunos el meñique, aduciendo que de nada le servía... que él siempre lo había visto como el dedo pequeño del pie... que ahora que se daba cuenta, nunca lo había visto haciendo nada individual... nada productivo... que incluso en las noches de placer se hacía a un lado perplejo y torpe dejándose arrastrar por la corriente... y que ahora, como en el pasado, como siempre, no había sido más que una carga innecesaria... como tantas otras cosas y órganos, -lo justificó-... así que sin dudarle ni siquiera por un momento, toma que dele y adiós apéndice inútil... un guillotinado perfecto, y el pequeño incompetente, ya en el piso, se revolcaba como un gusano de otro mundo...

Después se cortó el anular alegando que estaba muy cerca del inútil y que había adquirido en la mayoría de los casos la totalidad de sus vicios y su mala costumbre de ir a la deriva... y que lo que le quedaba de suyo no era tal, sino, más bien, del dedo corazón que le había anulado por completo sus ínfulas de mediador entre la nada y la indiferencia... también dijo y afirmó de forma tajante que este había aceptado cargar con la culpa del dedo corazón que de esta forma se echaba con las petacas de la irresponsabilidad... que lo había visto mil veces tan feliz como el

bobo del pueblo llevando el anillo que nos hace vehículo del otro y nos entrega al mismo... y que por eso, por no tener posiciones definidas, debería también seguir el mismo camino... se volvió sobre el instrumento de la justicia, afinó su tino y que se vaya a la mierda... zúmbale que tenga... el anillo también salió volando como alma que lleva el diablo... y otro gusano cayó al piso contorsionándose como algo que no quiere marcharse del todo...

Tuvo ciertas dudas cuando vio que ahora el dedo corazón marcaba el límite, pero se dio cuenta de que, aunque también prisionero de algo o de sí mismo, solía salirse con las suyas justificando sus culpas en la culpa que lo antecede... que cuando el índice se le adelantaba buscando el placer de las mujeres que lo amaban, él se ponía a su lado y contra todo pronóstico se escurría en el hueco de las delicias sin medir ningún tipo de consecuencias... y que había que verlo en su disputa cuando no era que se le adelantaba al señor de la casa y lo dejaba mirando un chispero, especialmente cuando se trataba del hueco equivocado... pensó por un momento que podía estar de su lado... que alguno de ellos tenía que sobrevivir para contar el cuento... sin embargo no tuvo más remedio que cortarlo para que el cómplice del responsable de estas cosas no tuviera un argumento a su favor ni en contra y así intentar hacerse merecedor de una muerte digna, sino salía bien librado del asunto... así que tome, -clic-, y el pequeño muñón rodó sobre los residuos de papel haciendo gestos como si en ese momento algo se le olvidara... y un tercer gusano cayó en el piso arrastrando su asombro y sus restos de sangre...

Con el índice todo estaba claro... pedía demasiado, no sabía controlar sus impulsos señalando al enemigo antes de tiempo, se hacía aspavientos en el hueco del placer llegando a hablar incluso de propiedad privada... y lo más grave de todo, si se miraban bien las cosas, él no era nada más que un esclavo de esclavos... además que se le podía sumar un punto más en su contra por pretencioso, cuando se hacía a la idea que él era el único dueño y amo de este alfabeto de naufragos... si mal no lo recordaba, alguna vez lo había sorprendido mirándose al espejo... y se prestaba para todo que es lo mismo que nada... y que siempre quería salirse con la suya, aunque no eran ni las suyas ni las de

nadie... de él nació la ley y la trampa y la pregunta y la cárcel... -fue lo último que dijo- y calló... así que cerró los ojos para no tener que ver su gesto de cobarde y tenga carajo... qué tajo... un tajo perfecto, el ideal, el tajo que todos hemos soñado alguna vez... ni el mejor de los tajos durante todo el periodo álgido de la revolución francesa, igualaba este tajo tan limpio y preciso como una pincelada en un lienzo... fue a caer como si nada al cubo de la basura... ni una sola mancha de sangre en su adiós definitivo... simple como la oreja de Van Gogh... un gusano más en el piso ya sin tiempo y sin memoria...

Y finalmente los ojos se clavaron en el único responsable de todo... el dueño auténtico de la pelota y del campo de juego... tan largo como el meñique, sino más pequeño, aunque siempre más gordo y distanciado de los otros y como si siempre estuviera diciendo yo no fui, o este doliente no es mío, aun a sabiendas de que todo es, fue, y será su culpa... y valga la exageración porque si él hubiera sido el primero en dejar la escena los otros juntos quizás ni siquiera se hubiesen enterado, conscientes de que la memoria es una carga injusta y de poco calibre... lo miró una vez más con mucho detenimiento. Como se mira algo con lupa, buscando algo que tiene que estar, aunque no esté, y se dio cuenta, por primera vez, que el que menos tomaba parte en las lides del amor era precisamente él... y que lo justificaba con sus ínfulas de intelectual y mecenas del pensamiento... y que se las ingeniaba de cualquier forma para sacarse de la manga la carta de su soledad obligada...

El golpe fue como antes, certero y limpio, sólo que esta vez se tomó el tiempo necesario en su tarea, como si quisiera que los otros que ya no contaban se dieran cuenta de su destino final... y tenga su merecido, chingón de la mierda... salió volando como alma en pena haciendo unos gestos que ni que decir... sin arte ni parte para defender su historia y sus ínfulas... lo más raro de todo este asunto es que, después de los hechos, no lo encontraron, como a los otros, por ningún lugar... ni rastro del occiso que hablara a favor de su sino y su estrella... un gusano que se mete de cabeza en la nada quizás como el peor de los cobardes...

Ante las acusaciones de que se lo había tragado, él se opuso de manera rotunda a esta hipótesis llegando incluso a decir que se sometería, si fuera necesario, a una cirugía, o que podían tomarle una radiografía, o someterlo a un escáner para mayor precisión, e incluso habló de someterse a la vergüenza de un lavabo... pero que no lo hacía porque su mano era cosa suya y de nadie más... finalmente al ver su mano, o lo que le quedaba de ella en su estado original, por estética decidió prescindir igualmente de ella...

Cuando despertó en el hospital de la pequeña ciudad se dio cuenta que se había cortado la mano derecha y no la izquierda como había creído que lo había hecho... así que para que no creyeran que estaba loco, ya que aseguraba y repetía a voces, como un energúmeno, que había sido la izquierda y no la derecha, cogió unas tijeras enormes que estaban en el cuarto, quien sabe porqué argucias del destino, y dedo a dedo repitió la misma operación sin ni siquiera inmutarse...

Garage sale

Para Mark Colyer

Empezó guardando todo en el garaje de la casa y los coches a la intemperie pudriéndose en el patio enorme donde en otros tiempos las flores y las verduras crecían y se multiplicaban como una bendición. Y eso que nadie gastaba tiempo dándoles el cuidado indispensable o necesario. No sólo se trataba de toda clase de aparatos y de cosas insignificantes y de objetos ya desechados por el tiempo y el uso y el abuso, sino que también escondía aquí y allá ciertas prendas de inimaginable reputación... en las noches cogía su camioneta y cuando parecía o imaginaba que todos estaban durmiendo el sueño de los justos, saqueaba las basuras de su barrio y barrios aledaños... y cómo disfrutaba de sus hallazgos y andanzas... (¿Acaso recuerdan ustedes el día que recibieron su primer juguete? ¿Quizás el que más querían recibir?... algo como así era su felicidad). Los fines de semana con la ayuda de su familia que lo acompañaba a regañadientes, iba con un camión que alquilaba para tales menesteres de garage-en-garage-sale comprando toda clase de chucherías y bisutería y cosas inservibles habidas y por haber habidas... los que lo conocíamos no dejábamos de preguntarnos en silencio cada vez que lo veíamos, o pasábamos cerca de algún cubo lleno de basura, cómo diablos se las arreglaba para seguir metiendo o acuñando más cosas en el garaje... mucho tiempo después cuando tal apetito sin precedentes en la memoria y en los libros de dietas había llegado a su fin o lo llegaron, alguien que ya no recuerdo me dijo que él tenía un pacto extraño con el diablo y que toda esa basura inservible se transformaba en sofisticados objetos que él vendía secretamente no sé a quién ni dónde ni cuándo... por un momento pensé que era una versión encarnada del rey Midas venida a menos... lo que si nunca supe o nadie me dijo fue, cuáles eran los dividendos del “negro-cachudo” en este negocio... ya saben ustedes que las almas están muy devaluadas y ya ni siquiera los curas dan un pedo por ellas. Lo único cierto es que toda su vida la

vivió en una pobreza extrema, o al menos a mí de vez en cuando me llamaba para que le prestara unos cuantos dólares que nunca pagaba o para que lo invitara a comer o a tomar unas copas... lo raro de todo este asunto es que cada vez que lo veía o le prodigaba lo que él me pedía yo lo veía un poco más, y más gordo... regordete y panzudo y grasiento... Con el pasar de los días las cosas se olvidan y hasta nos olvidamos que las hemos olvidado, e incluso a toda hora nos llega la hora en que ya no sabemos, y ni siquiera imaginamos, quiénes fuimos ayer o anteayer o esta mañana... y las obsesiones que el obseso o el occiso reconstruye en la realidad de todos los días o del sueño, ya no son las suyas ni las de nadie y ni siquiera las del fantasma que se nos mete a toda hora en el cuarto implorando por las obsesiones del otro ya de por sí muertas o demasiado obsesionadas mañana... Como los otros, yo también lo había olvidado o mejor sería decir que él nos había echado a todos al cesto de la basura y se había olvidado de recogerlos... y también su garaje y sus noches en vela de cabeza entera en las canecas de desechos y los fines de semana de aquí para allí con su camión y su familia como un aparecido de todas las horas o de la hora justa, se habían convertido de alguna forma en comidilla del olvido... Así que cuando vi esa como sombra amorfa en la distancia moviéndose como una ola deforme seguida por otras olas deformes, y ya un poco más cerca rodeado de perros y de perras y perritos, aunque me causó cierta curiosidad extraña y desazón, no me imaginé ni de milagro que pudiera ser él... en un segundo la mancha se hizo cuerpo y sangre y sílaba y en mi memoria o entre las piernas sentí cierta comezón como si de repente una vieja herida hubiese vuelto a su cicatriz... o como un sueño que se me hubiese refundido al despertar y que de repente se desnudara ante mí con una pulcritud aterradora ante la presencia de una señal casi desconocida... era él mismo con las mismas aunque nada era lo mismo... tan real y cierto como los dedos de mi mano que se movieron inesperadamente sin que yo me enterara de los hechos y sin saber cuál mano, como si quisieran saludarlo o borrarlo o machacarlo para siempre de un solo plumazo o manazo... estaba gordo, extremadamente gordo como sus perros que más que perros parecían bolas de carne

de una especie perruna horripilante y ajena a este mundo y yo que de perros, en verdad, nada de nada... (¿se imaginan ustedes si yo hubiera sido un especialista?)... sus ojillos más pequeños que nunca enrojecidos y llorosos parecían un aderezo incrustado en una masa de carne con otros huecos, más de los necesarios, y como si se tratara de pequeños cubículos donde él guardaba algo... no recuerdo, ni quiero recordar, cuánto tiempo estuvimos juntos el uno para el otro, que ya es mucho decir... lo cierto es que en ese instante supe de la eternidad, y del destino de los gusanos que el tiempo aplasta en la carretera mucho antes del tiempo efímero que les corresponde, y de las leyes de la entropía, y del pozo séptico que teníamos en el patio de atrás en la vieja casa de campo, y en los amantes de mi madre que la esperaban cada noche debajo de la ventana y que mi padre nunca vio... y que yo tampoco... y de los pájaros, y toda clase de alimañas que el gato de mi hija traía aún vivos a la terraza de la casa o del sueño para que lo viéramos darles la bendición final... Se había dedicado a recoger perros y a seguir con una disciplina voraz y rigurosa todo tipo de dietas alimenticias para perros y de otro tipo de perros o de entes perrunos... y en la medida en que sus conocimientos de esta nueva profesión ya no le cabían en el garaje de la casa y se le salían por los huecos de la cara que ahora me parecían culos adicionales o artificiales (de ahí el problema de que a primera vista me parecieran excesivos) mandados a hacer a la medida de sus sueños y sus antiguas andanzas, ganaba más y más kilitos o kilotes, lo mismo que sus perros o entes perrunos que ya más que seguirlo en sus nuevas hazañas o búsquedas rodaban o parecían que rodaban como si fueran un solo seno pródigo detrás de su dueño (¿se imaginan ustedes una mujer con una sola teta, no por pérdida de la otra, en el mero centro, hasta las rodillas o más abajo de ellas...? eso era lo que veía...) y su apetito había logrado tal perfección que se comían entre ellos y volvían a comerse lo ya comido y se lo comían a él que se los comía, solo para volver a comérselos hasta que ya no se supo quién era quién, o cada cual de tantos, o de nadie, se los comía o se los estaban aún comiendo... Después de todo la gente dice y no sin razón, que uno termina pareciéndose a sus animales o ellos a uno y sin entrar en

explicaciones ya que la diferencia no es mucha y para el caso que nos concierne nada ayudaría a la estructura narrativa... y si esta aseveración tan tajante les causa risa o animadversión, dejen de ir algún domingo a la iglesia y vayan a un show de caninos... no habrán pasado unos cuantos segundos cuando ya ustedes o los perros me habrán dado la razón... y en cuanto al garaje hace poco un amigo me dijo, que un amigo le había dicho, que las autoridades lo habían allanado y que no encontraron más que un pozo séptico lleno hasta el tope de mierda de perro o de quién sabe quién... y que le metieron fuego para evitar que la infección se extendiera por toda la ciudad...

Genoma

Que los monos se parecen a uno, y más que uno, lo firmo de primera mano y punto aparte... e incluso no tengo inconveniente de ponerle la firma a lo contrario... aunque en la página que le falta al libro me apunten una deuda que aún no he contraído... “hoy no fío, mañana sí”, había escrito la vieja en un papel que se refundió con otros a la hora de hacer el inventario...

Alguna vez en la biblioteca, a falta de unos centavos de más, yo también como tantos me arranqué la página que otros todavía andan buscando para ponerle punto final al asunto de puño y letra... es que somos tan distintos que cuando me veo a tientas o en el sueño tan igual a lo que no soy me aterro de pura mismidad (¿necesidad?), y echo a correr para no pasar inadvertido...

Pero eso de invertir o derrochar las ganancias tiene sus inconvenientes y sus prioridades... y el libro entero casi nunca, para no decir que nunca, suplanta a la página que nos permite despertarnos con el corazón entre las piernas debajo de la cama... y sin que esta vez nos haga falta tanto, semejante, o semejanza, o mismidad...

Después supe que también eran las ratas y los ratones los que se miraban y se guiñaban el ojo en el mismo espejo y me alegré, porque desde antes de niño mi pasión han sido los huecos... unas veces para salir con vida o salvarla... otras para salirme con la mía sin tener porqué... y las mas, para saber que alguien más se me mete, y se me queda, y se me ahonda en los huecos que me faltan como si fueran los míos... y si tienen alguna duda, miren ese niño que todavía acuña sin descanso monedas en el hueco de la alcancía, aunque sea ranura...

Así que otra página que desaparezca en el transcurso de los acontecimientos nada cambia el material del asunto en cuestión... y hace, más bien, de la pausa ínfima que todavía separa a la semejanza de lo semejante una disputa entre desentendidos... y si se la entregamos como propia, digo, la página ya echada a

perder, a la mano que generosa nos tiende los ojos y nos inunda de luz, no está mal que arranquemos otra página antes de embarcarnos en tal empresa, aunque esta vez sólo sea para asearnos después de una jornada sin antecedentes en el código penal... y si con ese embrollo de los parecidos y las afinidades ya teníamos suficiente para rumiar, ahora con tanto hueco que ya no quedan paredes, sólo nos queda esa parte de la casa que ya fue tomada sin que aún nos hayamos dado cuenta que seguimos siendo los mismos... si no es que nos hemos convertido en nuestros propios prisioneros y sin saberlo...

Ayer me enteré que también entran en el meollo del asunto todo tipo de insectos alados, y especialmente las moscas, y me quedé de un pelo atragantado en la nada y ya no supe que decir... me miré al espejo después de afeitarme, ya que últimamente lo hago a ciegas para no echarme a correr de miedo de mí mismo, y se me vino a la cabeza un cuento del Poe... fue lo primero y lo único... abrí a medias los ojos y el pequeño coleóptero estaba ahí sin enterarse de nada pegado a mis pupilas todavía en la cima de la montaña, tan enamorado, como alguna vez yo lo estuve si es que lo estuve... también me acordé que las moscas se paran donde sea y que se cagan en todo, o la cagan en todo como los otros semejantes y los mismos de siempre... y que se ahogan de puro placer en los desechos de nadie y de todos... sentí cierta felicidad y complicidad, porque una vez, mientras dormía desnudo, encontré una mosca disfrutando a sus anchas en el culo de una de mis amantes... quise espantarla pero ya se había quedado muerta de placer y yo no supe qué hacer para no despertar al objeto de una felicidad sin precedentes en las páginas que otros ya habían arrancado antes que yo me llevara las mías...

Sin saber porqué, pensé que el mono se parecía a las ratas al menos en mi espejo, y estas al mono que se parecía a las moscas y que se parecían a mí, que me parecía al mono o a la inversa o lo primero, y ahora ya ni siquiera me afeito a ciegas, sino que decidí agarrar la mosca muerta, todavía en el culo de mi amante, con unos palillos chinos y conservarla en un frasco de alcohol por si las otras moscas que aunque ya lo son, todavía no saben cómo serlo... siempre produce placer conservar cosas que ya no

son en frascos de vidrio... como mi profesor de biología, en la escuela, que había llenado el salón de fetos de todas las especies y tamaños...

Casi en un ciento por ciento, y con un temor indescriptible de usar el adverbio, somos lo mismo, me dije, y sin embargo qué tan diferentes en el mismo por ciento... yo que soy el mono que no soy el mono, y el mono que no soy yo... él que es el ratoncillo, que no es el mono que no soy la mosca, que no es el mono, ni el ratoncillo que lo es sin serlo siendo ni yo...

Viéndolo bien esto nos evita el tejemaneje de pagar las cuentas pendientes y que los otros paguen las suyas... ya que todos pasamos a ser deudores y acreedores a la misma vez y sin que quede lugar para los porcentajes y los cocientes y los excedentes y los pendientes y los ingredientes... ¡qué destino! y sin embargo, lo único que me quita el sueño es que no me gustaría, y me imagino que a nadie, tampoco, terminar en un laboratorio aprendiendo el alfabeto que si mal no recuerdo ya sé, o en un zoológico divirtiendo a los otros mientras me divierto... que ni me ofrezcan comida porque en tiempos de guerra cualquier hueco es trinchera... y me aterra igualmente que ya estoy casi de un pelo con los ojos estrellados de horror en una trampa para ratones, o que mi propia hija me aplaste de un solo golpe con el aplastamoscas... yo que me divertía tanto viéndolas cómo agonizaban en cintas de miel que poníamos como papeles de fiesta en todos los rincones de la casa sin enterarme que eran cucharaditas de mi propia agonía...

Y... ¿Lo demás...? Por mí puede llover fuego del cielo que siempre hay un hueco para recogerse y morirse de placer o de risa... y en cuanto a mis semejantes, que como ustedes muy bien saben no son pocos, que se las arreglen como puedan con su semejanza, o que todos juntos acabemos de una vez por todas con esta cosa de la consanguinidad y especialmente la promiscuidad y sus antecedentes verbales... afortunadamente, si el caso fuera que ya no me quedara más remedio que cruzarme con un mono, mono se queda o nos quedamos así sea de mosca o de rata... y eso sí que ni soñarlo, porque en el espejo ya no se refleja más que lo uno o lo otro, pero nunca la semejanza... a no ser que

sea el libro lo que se le arranca a la página y no a la inversa, y ya nada nos quede por arrancar...

Y en cuanto a las moscas, mejor que se queden dormidas o muertas de placer en el agujero tierno de mis amantes... y si no me creen, no olviden que en la India ya se hablaba de estas cosas desde antes que los santones se echaran a las calles a barrer a diestra y siniestra su propia identidad...

Cuento de hadas

...para ti, cosa entre mis cosas, que todo lo sabes mejor que nadie...!

Los vi por primera vez en un mercado cogidos de la mano, superlativos en su devoción, como si el mundo de repente se les hubiese revelado a plenitud. Me alegré por ellos, aunque a decir verdad lo que sabía de sus andadurías, aparte de poco, no era más que rumores y cuentos. Se habían conocido hacía poco tiempo y ese día parecían niños consentidos regalándose cosas y compartiendo más de un helado como personajes de otro cuento que se repiten en el mismo cuento. Aunque por la forma en que se miraban y se reían parecía que habían estado juntos desde siempre y para siempre. Ella llevaba el pelo largo recogido en una trenza abundante al lado derecho de la cabeza sobre la oreja, y él lo llevaba rapado de una forma casi infantil que daban ganas de murmurar entre dientes. Del vestido, sólo recuerdo una falda extremadamente larga y floreada y una chaqueta de pana verde oscura... Creo que era ella la que llevaba unos tenis blancos...

La segunda vez que los vi o los imaginé, caminaban todavía cogidos de la mano el mismo pelo y la misma ropa y los mismos tenis blancos que ahora él llevaba, si es que no me equivoco con las cosas de antes... de la mano y sonrientes bajo la luz fámélica de la luna en las calles de una ciudad que se me desvanece en la memoria... Al principio tuve mis dudas de que fueran los mismos; así que me acerqué con mucha cautela y precaución hasta una esquina para verlos pasar, pues no quería romper el hechizo, y en un instante, sin lugar a dudas, eran los mismos. Brillaban con una intensidad inusual y sus pasos exactos y casi ajenos a este mundo flotaban más que caminar en las aguas sublimes de un territorio sin nombre. Cuando pasaron cerca del lugar donde yo permanecía agazapado y pueril, ansioso de robarles un poco de luz, se detuvieron y me miraron un instante como si quisieran reconocermé y después reiniciaron su vuelo y se perdieron como dos lámparas en el infinito del

sueño. El eco de su risa floreció de momento en mi boca donde se me atragantaba el asombro y en el bajo vientre sentí en toda su plenitud las garras de la envidia y el odio haciendo su trabajo con una fidelidad hasta ese día desconocida para mí... Avergonzado y como un perro con la cola metida entre las piernas y la piel erizada me perdí en los agujeros negros de la gran ciudad hasta que un coche me sacó de mi sueño de un solo golpe... y sonámbulo regresé a casa y me tiré en la cama, hecho un asco, a limpiar mis heridas...

Nunca los volví a ver, pero el cuadro febril de aquella noche lunar se repetía insistente en mis pupilas y en mi memoria como un espanto. Un día por casualidad me encontré a la amiga que me los había presentado en el mismo lugar de los hechos y le pregunté por ellos, aduciendo entre risas que solamente se trataba de una disculpa para conversar un poco más de tiempo... Creo que le dije: ¿te acuerdas de aquellos amigos que...? y ella como si ya supiera el hilo secreto de mis palabras me cortó y me dijo que al día siguiente del día que los habíamos visto en el mercado regalándose y malgastando, ella lo había visto a él solo en el mismo mercado de siempre y que se cruzaron unas cuantas palabras, pero que ya no era el mismo:

- ¿La amas? -Le pregunté-

-Por supuesto que la amo con toda mi alma, -contestó sin ambages-

- ¿Y por qué la amas de tal forma si no hace sino apenas unos días que la conociste?

-Inquirí en voz baja y un poco apenada-

-Porque es la primera mujer en mi vida y es la primera vez que el amor me ha dado la cara; y la primera vez, es lo que cuenta, -respondió enfático y un poco irritado-

¿...Y ya te acostaste con ella? -le pregunté definitiva y voraz-

Bajó los ojos y no me respondió. Y se quedó por un momento en silencio como si se hubiese caído en un hueco...

¿Y qué tienes en común con ella? ¿A primera vista parecíais muy diferentes? -Dije esto para romper el hielo y salir del mal paso-

-Todo, -me dijo- y las mejillas se le hincharon de sangre-.

-¿Y qué es todo? –Insistí, no sin cierta maldad en mis palabras-.

Levantó los ojos de repente, como si hubiera salido de un estado catatónico, o como si se hubiese liberado de sus cavilaciones sin fondo, me miró con ternura, y me dijo:

-Todo es todo: lo que somos y lo que no podemos ser y que podemos imaginar para seguir siendo lo que somos...

No le interrumpí, aunque esta vez no le entendí ni pizca...

Hizo una pausa como si quisiera tomar un nuevo aire y continuó:

-Nos conocimos en la misma iglesia y vamos a la misma iglesia sin falta alguna todos los domingos. También allí los dos fuimos bautizados. Estudiamos las mismas cosas y seguimos interesados en las mismas cosas más que nunca. Sacamos el mismo porcentaje en los exámenes de ingreso a la universidad. Ni una sola milésima menos o más. Y ahora compramos todas nuestras cosas en el mismo mercado, aunque ella vive en otra ciudad. Yo manejo dos horas hasta su casa detrás de su coche después de las compras, me despido de ella una vez la puerta se cierra y sé que está a salvo y regreso a mi lugar de siempre y la llamó por teléfono para...

Lo último que dijo no lo recuerdo o, quizás, no lo quiera recordar. Me quedé muda y ciega y maloliente y como colgando de un clavo en el infinito. Un clavo que se me crecía a toda hora en el bajo vientre. Le tendí mi mano y me la cogió entre las suyas como si ya estuviera en la gloria recibiendo a los suyos a lado y lado de su trono divino... Y yo me escurrí por las calles ansiosa, a medias suicidada, suplicando que un alma caritativa me diera una patada en el culo y me sacara de la pesadilla...

Intravenosa

Para Eva

Últimamente se me ha dado por enfermarme o me enfermo sin que se me dé nada... no es para tanto, pero la cosa está en que he generado cierta desconfianza entre los médicos porque no encuentran ninguna razón de peso para mis visitas insistentes y exageradas... me dan medicinas de todo tipo, e incluso no dudan en escribirme una receta de algunos medicamentos que yo les sugiero... no he acabado aun de hacer la sugerencia y ya el papel está firmado en mi mano y hasta me regalan algunas muestras para que empiece mi tratamiento cuanto antes... cosa que hago con frecuencia... quizás se han dado cuenta de que no tengo caso, o que no vale la pena que lo tenga y me dejan hacer de las mías para que abandone el consultorio lo antes posible...

La otra cosa está en que se quedan atónitos y sin saber qué hacer, cuando los obligó a escuchar mis peroratas sobre las enfermedades que aparentemente me acosan y veo que no les desagradan mis conocimientos sobre medicinas y mejunjes y descubrimientos científicos recientes... tengo que reconocer que soy un fanático de este tipo de conocimientos, pero la verdad es que lo hago para impresionarlos y, especialmente, para que no duden en darme lo que quiero...

También de niño me las ingeniaba de mil formas para ser el foco de interés diario entre las chicas y chicos... llegué hasta hacerme daño y a simular con vendas y emplastos mis dolencias inexistentes para que las chicas, especialmente, me atendieran y me cuidaran todo el día... y la mayoría del tiempo funcionaba de mil maravillas...

La verdad de todo esto es que ya no sé si los dolores y los síntomas y los berrinches son cosa objetiva, o simplemente circunstancias y hechos necesarios en la trama de esta historia sin patas ni cola... que me duele, me duele, aunque casi nunca puedo ubicar la fuente del dolor y las pastillas ayudan de una forma que ni yo mismo puedo imaginar... otras veces, simplemente me

tomo religiosamente mis dosis diarias para no perder la costumbre o para evitar que la enfermedad me saque algunos metros de distancia... y después me sea difícil reducir este lapso de tiempo y, adiós Matías que ya no tengo remedio... no se olviden que si la tortuga de Zenón logra salir un poco antes que Aquiles la carrera la tiene ganada... lo mismo que yo a la chica con el brazo roto sin serlo... ya le he ganado la partida de antes y de siempre...

Hace unos días vino una amiga de la infancia a visitarme y se quedó conmigo toda una semana sin que yo se lo pidiera... yo la dejé hacer a sus anchas... aunque la mayoría del tiempo se la pasó leyendo los rótulos de los frascos de los medicamentos que se han ido acumulando por todos los rincones de la casa... le tomó varios días... antes de marcharse se me quedó mirando de una forma tan extraña que por primera vez supe lo que es la compasión o lo que sea que fuese... solamente me dijo, luego de abrazarme y besarme: “tú estás enfermo de tristeza o algo parecido; necesitas una buena inyección de felicidad y santa cura”... luego se marchó y desde entonces no he vuelto a saber de ella...

Desde ese día renuncié a los médicos y a los medicamentos y a mi obsesión de saberlo todo sobre las enfermedades habidas y por haber habidas... cogí todo cuanto puede, lo puse en maletas de plástico y lo llevé al “Salvación Army” para que le dieran un buen uso a la farmacia que había montado en mi casa día a día sin darme cuenta... me sentí feliz sabiendo que en esas maletas la vida de tantos desposeídos de la tierra encontraría un destino diferente al suyo... al destino hay que salir a buscarlo, me dije...

Luego de mi hazaña, no sé cuánto tiempo dormí, o me quedé dormido sin saberlo y como si el sueño no tuviera despertar me la pasé soñando sin llegar a enterarme de las circunstancias y los hechos... el día menos pensado me desperté y fui a la farmacia más cercana y me compré sin saber porqué, una cuantas jeringas de una capacidad inusual... me acordé que mi padre utilizaba las mismas para vacunar a las vacas en la hacienda... y que a mi madre la había inyectado más de una vez, con una de aquel tamaño casi aterrador, en la parte baja de la espalda...

Ahora paso la mayor parte del día inyectándome mi porción diaria de felicidad... me inyecto hasta tres veces al día... y

me gusta este nuevo tipo de compromiso conmigo mismo, aunque me duele el cuerpo como a quien más... quizás tanto como a las vacas o más y no tengo ninguna prisa en saber cuáles son los efectos finales o definitivos, pero tengo que aceptar que algo ha cambiado en mí, sin que yo todavía me haya enterado a cabalidad de lo que es... y de los posibles efectos colaterales, lo cierto es que no me importa en lo más mínimo... he acabado dosis y dosis y también mis ahorros, pero no pienso renunciar por ningún motivo a mi tratamiento... y no importa que en esto se me vaya la vida entera... tengo fe en la ciencia y sus últimos avances en cuestiones médicas...

Anoche, a media noche, después de haber agotado las últimas existencias y con el cuerpo adolorido de los pinchazos, sentí una extraña sensación en el bajo vientre... me sentí feliz pensando que finalmente las largas noches de vigilia empezaban a dar sus frutos... sentí náuseas, me levanté temblando, escalofriando, y dando tumbos y apoyándome en las paredes intenté abandonar el cuarto donde últimamente paso la mayoría del tiempo... no alcancé a llegar al baño cuando se me echó encima el primer ataque de diarrea... ni para qué les cuento lo que paso después...

Ahora soy feliz como nadie jamás podrá serlo... como ven la felicidad tiene sus baches y no es fácil llegar a ser su elegido, pero como la justicia, que llega, llega...

Inventario impersonal

Había amado como nadie, según su propio inventario de los hechos, y ahora que se encontraba otra vez de regreso a sí misma se negaba a ver el hueco por donde un día inesperado se le habían vuelto nada sus sueños y sus largas noches de placer. La imagen nítida de un recuerdo se le hacía trizas en el eco de las palabras todavía vírgenes en su desvarío y la cadena cada vez más intrincada de los acontecimientos, -por donde a veces parecía correr el agua clara de la respiración-, sonaba por todos los rincones de la casa como si un alma en pena la cambiara a cada instante de lugar. Una puerta le abría la entrada a otra puerta y así sucesivamente hasta que puerta tras puerta regresaba al mismo lugar de los hechos a desenredar la madeja ya hecha un amasijo indiferente... y sólo la agonía parecía cada vez más gorda y exigente echada como un perro en el umbral... y de sobrepeso, el rosario de la carne que no renuncia sacando en limpio sus cuentas en una agenda inexistente... y la lengua que pasa y se repasa y desplaza sus síntomas en los huecos de siempre... y el ahogado que sigue cambiándole los pañales a su guiñapo sin acabar de tragarse su materia y su sino, dando patadas de ventrilocuo... y en el sueño un escalón que ni antecede ni postcede a otro escalón...

Con el pasar de los días solamente ganó un poco más de peso su falta de apetito, y sus noches en vela junto a la ventana que parecía llamarla desde otro mundo. Las otras ventanas las había sellado y aislado y casi olvidado. También la cadena inquisitiva de los hechos se había echado al saco unos cuantos eslabones de más y el fantasma ya parecía más un condenado a muerte buscando el pinchazo definitivo entre las sombras que un alma en pena todavía con la vana esperanza de hacerse al calor de una mano benévola. Y cuando supo que él se había marchado de la casa en los brazos de otro amor, tomó posesión de la misma y de cada una de sus pertenencias sin escatimar nada en su inventario... y paso a paso sin olvidarse del más mínimo detalle

activó en el teatro de sus sueños cada una de las escenas de la película que a su llamado acudieron todavía ilesas en el mejor de sus síntomas... y la casa se fue llenando otra vez de suspiros y de voces entrecortadas y de olores abundantes y de ojos varados para siempre en la simiente del grito que se clavaba las uñas como si buscara tirar a pedazos de una vez por todas su agonía en el hueco del infinito...

Y ella que otra vez completamente desnuda se queda abandonada en las mismas páginas del libro sin la página de las horas, jugando con su intimidad como se lame una perra sus partes más íntimas por días y noches antes y después del celo... también, con la vana esperanza de hacerse con el nudo que se le hace y se le deshace en las entrañas... y los niños de la ciudad que cada vez en mayor número se convocan y trasbocan en el espejismo... y que hacen huecos por todas las paredes de la casa... y que rígidos en el montículo de piedras que construyen a su respiración, le meten en el cuerpo sus ojos y sus uñas y su silencio nauseabundo hasta que ella no puede más y estalla en un mar de lágrimas y de alaridos a medias que inundan la casa y suben y se desbordan por los huecos convirtiendo a la casa en un cedazo del delirio y a los niños en una piedra donde la gota a gota dibuja finalmente sus sílabas y su nada...

Tuve noticias que con frecuencia se las apañaba para hacerle creer a un consejero espiritual de sus necesidades y de sus síntomas y que con el convencimiento pleno de quien se entrega a su verdugo una vez más, le dejaba hacer a sus anchas poniéndole cada vez más ingredientes a la sopa, que el iluminado se tragaba como un cerdo con la certeza de que un dios desconocido finalmente le había dejado encendida a su pasión y a sus ansias alguna de sus lámparas... y la esquilma y ella se dejaba esquilmar, y el número de las ovejas inexistentes aumentaba de tal forma que los beneficios muy pronto se convirtieron en una empresa que vendía a precios módicos tiquetes a la eternidad... y ya no hubo más libros abiertos en la mesa, ni páginas subrayadas, ni notas incomprensibles en los rellanos de la sabiduría, ni prédicas en los claustros de la santidad... ni la mano que a tiempo nos tira una limosna... solo el clic nítido y recurrente de las tijeras

lloviendo sobre mojado... y el papel que se rasga... y las ovejas ya todas esquilmadas y muertas de frío...

Y así, como si el tiempo hubiese hecho un alto en el camino, iba de una escena a la otra convencida de que a un episodio siempre se le puede sumar otro episodio; llegando hasta el colmo de poner avisos en los periódicos para promocionar la función... y los huecos aumentaron de tal forma en la casa que un buen día ya no quedó ni huecos ni casa ni nada... solo un espacio pestilente donde de tanto en tanto estalla un suspiro todavía a medias, como si alguien sacara sin enterarse de los pormenores del acto ya consumado, a un sapo debajo de una piedra de una de sus patas... y en el vacío la agonía del que sabe que hará “splash” sobre la roca muda...

Lo último que supe de ella, -me lo dijo una amiga a la que llamaba siempre que el hueco que le quedaba se le hacía un poco más evidente-, que una noche, cansada de buscar entre los escombros del sueño y ya la carne hecha un hueco sin ton ni son... iba de casa en casa y tocaba a la puerta y le pedía al fantasma de turno que la tomara como su perra esa noche, cada noche y las noches que faltan y que nunca fueron... nadie me dijo jamás si una puerta la condujo a otra puerta y así sucesivamente hasta el final de la escena que se nos queda entre líneas o en los agujeros de su propia intimidad... solo que los alaridos de la perra en celo tenían atemorizados a todas las gentes del vecindario y a otras buenas gentes de los alrededores...

La sal de la tierra

Abandonada en el amanecer de la miseria, la recogí como un niño recoge una moneda que encuentra por primera vez en la basura y la lleva a casa y los ojos se le llenan de estrellas y las manos de cosas de otro mundo... la metí entre mis brazos y la escondí en mi silencio como se esconde una mano herida en la intimidad de los días...

Apeataba a siglos de noches en descomposición y en sus pupilas solo quedaban los restos de una agonía sin fin... una sombra que merodea en los últimos caprichos de la luz...

Preparé la bañera con agua caliente y deliciosos aceites, le quité los pocos trapos que le quedaban cuidadosamente para no arrancarle la piel, le limpié con una toalla húmeda y tibia las partes más íntimas, la arranqué de mis brazos y la metí en el agua perfumada y puse hiervas y sales y pastillas desmenuzadas para aliviarle el dolor de sus sueños y de sus estragos...

Le palpé sus labios ennegrecidos y reseco con el dolor de mi oído y apenas respiraba, metí las manos en el agua y la acaricié por todas partes buscando los latidos de su corazón, el fondo sin tiempo de sus heridas... la sacudí, le imploré en silencio, le dije palabras de amor y me ahogué en sus pupilas como si quisiera sacarla de su agonía y... se quedó dormida...

Abrí la ventana y me senté a su lado a cuidarla, a contarle cuentos de amor con una botella de güisqui y un cigarrillo de mariguana... esperé, grité, imploré, derramé lágrimas que por fin fueron mías, la dibujé en las paredes así dormida, desnuda, ínglima, la imaginé, le puse un nombre y toda la noche estuve llamándola y acariciándola y soñándola antes de nacer y después de nacida... le corté el cabello, las uñas, el vello espeso de su sexo dormido, la depilé entera, le llené el cuerpo de dedos, labios, suspiros, letras sin alfabeto, así noche tras noche, día tras día, sílaba a sílaba, pelo a pelo, bañera a bañera, silencio a silencio, como la arena que nunca acaba de escurrirse por entre los dedos...

Y un día, mientras el sol entraba otra vez enamorado y a manotadas por todas las ventanas de la casa, se levantó intacta, ilesa, perfecta, una materia hecha a la medida del amor, del delirio, de las noches en vela, de los días que no saben a dónde marcharse, otra vez lista y precisa y a punto para entregarse a los placeres de la carne... me miró a los ojos, le ofrecí mis brazos, el miedo, mis manos, la nada, mi corazón... se volvió lentamente, su culo era hermoso como un fruto maduro a las puertas del amanecer... giró sin darse cuenta y su sexo chorreaba letra a letra el alfabeto de la felicidad... me miró de reojo una vez más y sin pronunciar palabra abrió la pequeña ventana del baño y se echó a volar...

Lógica matemática

Cuando nació, -según me contaron-, el parecido era tal que la diferencia de edades nunca fue una excusa para que dijeran cosas tales como, “son igualitas”, “parecen cortadas con la misma tijera”, “son como dos gotas de agua”, “pareciera que hubieran calcado la una de la otra”, “se ve que son del mismo palo”, “se parecen hasta en lo que no tienen”, “parecen hermanas mellizas...” y tantas otras cosas que la gente común suele decir y repetir hasta el cansancio sin importarle que las cosas quizás no son como ellos las ven o las quieren ver... Pero uno fácilmente termina viendo y creyendo y difundiendo lo que no es, porque la mayoría de las cosas a fuerza de no ser terminan siendo...

Desde que la conocí, a mí nunca me pareció que el tal parecido no tuviera discusión... Yo siempre lo puse en duda y creo que era y sigo siendo la persona más indicada para ello. Indudablemente que había algunos rasgos en común y características psicológicas y lingüísticas, pero más allá de eso a mí siempre me pareció un ser completamente diferente, y radicalmente opuesto a su comparación o a lo comparado...

Sin embargo, aunque nunca me han gustado los parecidos justificados o no justificados, me enamoré de ella y terminé haciéndola mi mujer de todos los días... ella es tan especial y tan deliciosa como una carne de primera calidad a la parrilla para disfrutar una tarde insólita, y como esa carne, una vez la he disfrutado y degustado me parece tan original, tan ella, tan única, que no se me ocurre ni siquiera imaginar por equivocación que haya otra carne como esa... o mejor que esa, más sabrosa, más labios, más gusto, más paladar... no está mal comer de la misma carne todo los días, si se quiere, cuando se ha conquistado un sabor haciendo que el paladar y el olfato y la fascinación que produce untarse las manos y todo el cuerpo de sangre y de residuos logren su máxima potencia o su máximo exponente...

Pero mi gusto precioso y original no ha sido suficiente para borrar de un plumazo toda esta engañifa de los parecidos, ahora que el tiempo ha recorrido un buen trecho, mucho más acentuados y definidos, dicen y siguen diciendo... los mismos y otros y los de siempre...

Ayer alguien me dijo con una cara de inocencia que rayaba los límites de la estupidez, “es igualita a su mamá”. Y agregé, “y aunque uno no quisiera reconocerlo o verlo es tan evidente, que uno no puede evitar decirlo, aunque se lo proponga”. “Parecen una sola” fue lo último que dijo el energúmeno que no había acabado de conocer, antes de largarse. Respiré aliviado al verlo marcharse, pero se volvió, me miró a los ojos y me dijo “son tan parecidas que es un verdadero acertijo saber cuál es cuál, si es que de verdad son dos”, y esta vez sí se fue definitivo y absoluto con una sonrisilla infame de transexual recién salido del ropero, flotando en el aire...

Nunca antes había entendido lo que significaba el silencio hasta el día que la conocí y conocí a su madre. Eso de que el silencio habla más que las palabras es más cierto que el tal parecido o similitud en cuestión, al menos en este caso. Ya que es cuando las personas callan, cuando más sentimos y percibimos que nos están restregando hasta sacarnos callo en la memoria, el tal parecido... Y de las miradas ni que decir: son tan evidentes y precisas en su obviedad que la tan cacareada identidad se convierte en pupila y color y perspectiva y ángulo y hasta en fórmula química y matemática de todos los días...

La madre ha terminado poco a poco creyéndose y está feliz, aunque lo esconde e igualmente lo pregona a los cuatro vientos valiéndose de mil argucias. Como si eso le diera una razón a su existencia. A mí nunca me lo ha dicho, pero me dicen que lo dice cada vez con más frecuencia y devoción como si se tratara de una plegaria a un dios fácil de convencer y con el cual sólo se puede hablar de confabulaciones. Repito que nunca me lo ha dicho, pero últimamente sus ojos me buscan por todas partes de una forma tal y con tal insistencia que he pensado más de una vez que no sería nada mal quedarme ciego... ¿Será que ella

piensa y se lo cree, que yo pienso y me lo creo, que son idénticas, aunque nunca lo piense ni me lo crea?

Mi mujer, afortunadamente, al menos por ahora, no ha aceptado por ningún motivo, ni siquiera por complacer a su madre que tanto quiere, el tal parecido o similitud. Para ella es como si nunca este dilema hubiera existido. Sin embargo tengo miedo porque últimamente se me ha metido en la cabeza, sin razón alguna, que ella lo dice y se lo cree más que nadie, pero no quiere decírmelo y se lo guarda para no contaminar mi equilibrio y mi amor por ella... también tengo miedo de que de repente la carne tierna y rojiza en la parrilla ya no sea agradable al paladar y entonces sí, todo se vaya a la mierda... se lo guarda de tal forma, si mis sospechas son ciertas, que no he podido comprobarlo ni siquiera recurriendo a mis juegos y trampas verbales que tantas ganancias me han aportado siempre que me lo propongo...

¿Ustedes qué creen? ¿Será que sí son idénticas? Y eso de que las afinidades anulan las diferencias en el tiempo y en el espacio ¿se cumple a cabalidad en este caso?

Si es así, ¿cuál es el pedazo de carne en la parrilla que me he estado comiendo con tal devoción y recurrencia, todavía una tarde incierta? ¿Cuál es la vaca que sacrificaron para darme el gusto de ser lo que yo quiero sin tener que cambiar de carnicero, ni carnicería, ni de carne?

¿Cómo puede ser posible que yo haya sido el último en haberme enterado de tal unidad, si es que las pruebas y los datos y las evidencias dan para tanto como para dejar sin ningún poder de eficacia a la más simple de las operaciones matemáticas? Así que, si los hechos son ciertos, he estado enamorado de una mujer única hasta el día de hoy, pero que a la vez es otra que no es ella y que igualmente ha renunciado a ella para poder ser lo que no es y, de esta forma, poder ser lo que es...

¿Y con cuál de las dos, entonces, me he acostado? ¿Con las dos a la vez ya que son idénticas y no se puede discernir ninguna diferencia? ¿Con las dos siendo una, o con una siendo dos? Pero esto no puede ser posible. Ni siquiera si ellas se han puesto de acuerdo para meterse en mi cama siguiendo un orden predefinido y un horario preestablecido... la lógica matemática

que pareciera que alguna de las dos pregonara sin tener que recurrir a los números, ni a los cocientes...

Además, siempre después de cogerme a mi mujer la miro por todos lados, la palpo, la observo detenidamente, la huelo, la lamo y la relamo y le tomo fotografías en diferentes posiciones para poder compararla con otras fotografías de antes y después, y siempre me parece la misma... La misma crica, las mismas tetas, los mismos ojos, el mismo silencio... y hasta cuando está muy cerca del orgasmo, o este le es inalcanzable, siempre me parece la misma... Ella es la negación perfecta de las antítesis y las contradicciones. En ella nada es paradójico y ni siquiera hipotético. Grita con la misma intensidad y frecuencia, me clava las uñas en los mismos lugares de siempre, se revuelca una vez mi verga ha alcanzado su límite como la misma fiera apasionada del primer día, y se engolosina con mi verga en su boca como si siempre fuera la primera vez... ¿Acaso todo esto no es suficiente evidencia para echar por tierra toda esa teoría absurda de las similitudes y de la muerte de las diferencias? ¿Y si fuera la mamá la que me cojo con tanta frecuencia en vez de ella? ¿O si lo cierto es que confabuladas las dos alternan por días, semanas, meses y años? ¿O será que simplemente cuando nos acostamos y nos penetramos más de una vez durante la noche o el día, las dos están presentes de cualquier forma y se alternan sin que yo me dé cuenta para aguantar el trajín?

Ahora ustedes pueden estar de acuerdo conmigo del porqué eso de la filosofía y de la lógica y de la concordancia son falsificaciones de la realidad... Claro que ustedes igualmente podrían estar pensando que soy un hombre afortunado de tener dos mujeres en una, o una en dos ya que sigo enamorado de mi mujer, y solo de ella. Dos vaginas que son una, cuatro pares de tetas que son un solo par, cuatro ojos que me miran durante el orgasmo sin ser más que dos... dos lenguas que se entrelazan en la mía siempre recurriendo a la resta de lo que no es, aunque lo sea... o quizás todo esto no sea más que un síntoma de la locura que siempre anda por ahí con sus boberías...

Es tan deliciosa mi mujer que la carne en la parrilla nunca se ha quemado y la tarde incierta siempre ha acudido religiosa-

mente a la cita. Cuando le ajusto mis labios a la crica se adaptan tan bien a su forma y a sus caprichos, a su identidad, sin dudas de ningún tipo, que, aunque fuera su madre u otra cualquiera, sigue siendo ella, incluso si no lo quiero y lo escribo en mi agenda...

Pero lo cierto es que aunque la delicia de estar con ella sigue en aumento, y el placer de ser uno con ella sigue dando lo mejor de sí, el mejor fruto de la cosecha, la duda me carcome cada vez más como si estuviera condenado a lograr lo que no quiero, ya que si fuera realmente su mamá la que me he estado cogiendo, lo he hecho solo pensando en que es ella y no la del parecido, ni la que se le parece... pero vuelvo y les digo: la duda no deja de mirarme a los ojos y esa sonrisilla por encima del hombro me incomoda y me hace picar la intimidad...

Yo siempre he confiado en el olfato más que en los labios y en las manos, aunque no cambiaría el olfato ni por los labios ni por las manos... los labios y las manos son una realidad objetiva, puntual, perfecta... también el olfato, aunque este puede existir solamente como ficción... así que la he olido (-a mi mujer por supuesto, no les quede duda-), por todas partes hasta en lo más profundo de su intimidad, de patas a cola, memorizando y deletreando y clasificando incluso el olor más delicado, intenso, extraño, descompuesto... llevo apuntes y complicados organigramas... y cuadros sinópticos y reseñas y esquemas de trabajo... pero nada... huele siempre lo mismo y a lo mismo. Y cuando se trata de un olor diferente o extraño o a podrido, es solo un olor nuevo que el placer genera en sus glándulas y en sus partes más íntimas... un olor que ha logrado una nueva frecuencia e intensidad, su propia armonía... Un olor que otros olores combinan para que la carne en la parrilla logre su punto exacto de cocción y su sabor ideal...

Así que, aunque haya disfrutado de su madre siempre ha sido mi mujer. Eso lo puedo asegurar sin ninguna duda. Y para demostrarles que no estoy equivocado ni jugando a las escondidas, hoy mismo las voy a citar a las dos para ver definitivamente cuál es cuál y quién es quién. Yo les puedo asegurar que un olor ya conquistado y disfrutado nunca deja de ser... es la única garantía de conservar una memoria sana y eficaz...

Mark Rothko y el jardín de Epicuro

Hacia pocos días, ateniéndonos a una obsesión infantil ya sin un solo rastro en la memoria, habíamos adquirido una hermosa reproducción de un cuadro de Rothko. Tan bella era que no era necesario hacerse a la idea de que había un original en alguno de los museos donde de vez en cuando se encontraban algunas de sus pinturas. Bello, también fue el golpe de felicidad que ese día afortunado se hizo dueño de nuestra respiración y de todos los rincones de la casa...

Le compramos un bonito marco de madera de caoba después de visitar todas las marqueterías de la ciudad. El más bello de todos. Regresamos a casa más felices que de costumbre y a pedido de mi hija lo pusimos en una de las paredes del comedor... los otros, todos originales, que nos habían acompañado por tanto tiempo, al menos a mí, pasaron a mejor vida en el sótano...

A toda hora disfrutábamos mirándolo en silencio y seguros de que en esa superficie infantil y casi sublime guardábamos un secreto que ninguno de los dos por ningún motivo quería revelar... y que para nuestra dicha deberíamos, a toda costa, mantener ajeno a este mundo... Una vez terminadas nuestras responsabilidades diarias, allí junto al cuadro nos dábamos cita como los mejores amantes...: saber que uno sabe lo que el otro no sabe que uno sabe y sin tener que saberlo, es un sello de garantía maravilloso que hay que mantener intacto a pesar de los pesares... Un secreto bien guardado es como el mediodía de un saco milagroso donde lo único que no hace falta son los espejos... un fruto siempre maduro que se nos cae en la boca sin caerse del todo y sin dejar de caer y madurar; sonámbulo, pero con los ojos bien abiertos...

Mirarse a los ojos sin darse cuenta, y saber que tanto el uno como el otro sabemos lo que no es necesario saber, -porque un secreto es un pedazo desconocido que nos une y que compartimos sin que se ponga de por medio la necesidad-, es la moneda

que todos nos jugamos en el aire sin tener que sentarnos en la sala de espera... un secreto es una herida ya desaparecida y curada y bendecida, pero que nunca ha dejado de sangrar cuando el tiempo se pudre y se extingue...

Esta vez, un cuadro solitario en una pared donde todo es posible sin que nadie tenga que saberlo y, mucho menos pasar los recibos de pago o de descuento por debajo de la mesa, ese era nuestro secreto... también yo cuando niño, como todos los niños jugaba como el que más a que no estaba cuando era más visible y condenado a la vista de todos... y en la marea de las calles como el enfermo perdido que se refugia en su nada una vez ya lo ha echado todo a arder, pasaba días y noches enteras hecho una roca bajo la lluvia, rogando que una sabandija no encontrara refugio en su nada y viniera a cobijarse en el silencio de mi corazón... tan mío y tan de nadie...

También mi hija se ha desnudado a solas en la intimidad de su cuarto y se ha dejado castigar sin piedad de sus muñecas para salvar el día que se le muere en el delirio de su inocencia, una vez la nada se ha acomodado en la ventana de sus noches en vela como un ladrón que se enamora de lo que no ha encontrado y se olvida y se queda para siempre en el lugar de los hechos añorando su propio castigo... el castigo de un amor que todavía no sabe...

Esa tarde como siempre, a la misma hora, la comida estaba servida; no habíamos aún disfrutado la primera cucharada cuando el perro ladró insistentemente en la terraza del patio trasero de la casa y echó a correr avisándonos que alguien se encontraba en los alrededores... en la puerta inmediatamente escuchamos un vocerío y la respiración acelerada del perro... abrimos y luego de los abrazos y los cumplidos acostumbrados, ya había más platos en la mesa para todos como por arte de magia y comida en abundancia, como si la dicha hubiese multiplicado los panes y los buenos deseos sin que nadie se hubiese enterado de su generosidad inesperada... unos amigos de ocasión y que las circunstancias adversas habían acercado a nuestro corazón, pasaban de casualidad cerca de la casa y habían decidido sorprendernos con una visita... tenían dos niñas adorables...

Todos empezaron a comer en silencio como siempre ocurría cuando ocurrían estas inesperadas visitas o encuentros cada vez más frecuentes y fortuitos... Sólo que nadie hasta ese momento se había dado cuenta que la madre de las niñas esta vez, en lugar de disfrutar de cada bocado como siempre lo hacía sin el más mínimo disimulo, por alguna razón inexplicable, no podía quitar los ojos del cuadro. Los ojos de mi hija se encontraron con los míos y poco a poco los suyos y los míos en los de ella que seguían varados en el cuadro como si no pudieran encontrar la razón de su extravío y su pérdida... Nada ocurrió que pudiera romper el pacto desconocido del silencio... Pensé que como tantas veces ya había sucedido, al menos entre mi hija y yo, antes de que todo sucediera, ya nos habíamos puesto de acuerdo aunque no lo recordáramos, quizás víctimas de nuestro secreto, para seguir sin perder detalle el ritmo de tal acontecimiento, o quizás el ritmo casi muerto de su respiración, -la de la amiga-, que parecía venir del otro lado del cuadro...

Miraba como si su mirada ya no fuera de este mundo, o mejor sería decir que sus ojos se le quemaban en el cuadro sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo... y nosotros al unísono sumergidos en el vacío de su pérdida parecíamos buscar como un solo corazón la medida y la materia de tal conflagración que amenazaba con echar a perder el milagro de la abundancia y el olor cada vez menos perceptible de los alimentos en la punta de la lengua...

La cuchara que se le había quedado varada en la mano, ahogada en el aire como una cosa huérfana, de repente, como si hubiese rebozado su intimidad se le cayó en el plato... un sobresalto, también al unísono, inundó los últimos rezagos del silencio y su mirada entonces se sacudió por un momento su hechizo y se confundió con la nuestra que ahora no era más que una sola mirada perdida detrás de una puerta sin casa y sin paredes y sin que nadie diera o hubiera dado muestras de vida en su interior... tuve la ligera impresión de que el cuadro hizo un movimiento brusco o se sacudió en el último instante como si hubiera recobrado la respiración... alguna de sus pinceladas...

El tiempo siguió quemándose en sus pupilas y quejándose de su orfandad inusitada. Y ella, como si hablara para sí misma levantó una vez más los ojos hasta dar con el cuadro, y preguntó indiferente con una voz pausada y bien medida, dónde estaban las cosas y los personajes, o lo que fuese que hubiese estado en el cuadro... también preguntó o murmuró para sus adentros que si acaso el pintor había olvidado pintarlos, o que si una vez convocados en su superficie, acosado por las dudas, había decidido borrarlos de un brochazo... dejando solamente los colores dispuestos unos sobre los otros como cintas...

Solté la cuchara y la miré a los ojos una milésima de segundo que se me hizo una eternidad en los ojos de todos que, ya en los suyos, habían perdido por completo su apetito... después me quedé en vilo pensando sin poder pensar en nada... mi hija se levantó, fue hasta ella y le dijo sílaba a sílaba al oído, quizás para que todos pudiéramos escucharla, que a la hora de la comida todos los personajes del cuadro solían irse a pasear con sus cosas y sus sentimientos por ahí, porque no querían ser inoportunos... Además, agregó, no es bueno quedarse en vela como un perro en el umbral de la puerta cuando otros se llenan la panza...

La mujer la miró como si la desconociera o dudara de su presencia, buscando quizás una señal de identidad, pero poco a poco como si hubiese olvidado lo que buscaba o intentaba recordar sus ojos se enterraron una vez más en el espacio del cuadro de tal forma que parecían comérselo sin una pizca de compasión... Yo seguía pensando sin pensar en nada. ¿A qué hora regresan? preguntó indiferente, como si hablara con ella misma, o como si tuviera miedo de que pudieran aparecer en ese mismo momento y sorprenderla desnuda en lo más recóndito de su inocencia... sus ojos se volvieron por un instante a la puerta salpicados por el presentimiento del horror... ¿A qué hora regresan las personas y las cosas? repitió, como si sintiera miedo...

Bien noche, cuando ya todos estamos dormidos, le dijo mi hija con una sonrisa que se le desbordaba en la cara ya incapaz de contener el río de felicidad que se golpeaba indiferente contra las paredes de su corazón... regresan ya bien entrada la noche, repitió. Miré por un momento a mi hija y tuve el presentimiento de

que no estaba, que solo su voz se había quedado en el comedor de la casa disfrutando de los síntomas de un lenguaje desconocido...

Apenas terminaron de comer se levantaron, y en silencio contra su costumbre se marcharon sin articular palabra alguna... la mujer ya junto a la puerta se volvió un segundo y miró de reojo otra vez el cuadro como si no quisiera ser sorprendida. Sudaba. Quería percatarse con absoluta certeza que todavía los personajes no habían regresado a su morada... Entonces sí, salieron y desaparecieron, mientras en el cuarto el mismo silencio de antes parecía haber perdido la memoria. Esta vez el perro no echó a correr ni ladró... a ciertas horas del día se quedaba dormido como si no existiera...

Los días que vinieron, una lluvia de llamadas se acumuló en el contestador... insistía y rogaba de mil formas... le urgía saber si ya habían regresado los personajes y por dónde habían entrado a su morada... o si ya se habían marchado una vez más a la hora de la cena. También preguntó si sabíamos dónde iban cuando no estaban y que cuándo podría regresar a casa a conocerlos y poder cruzar algunas palabras con ellos... tenía tantas cosas que contarles, inquirió mil veces. Yo le respondí un día, empujado por la vergüenza, que últimamente se retrasaban más que antes y que se habían acostumbrado a salir a cualquier hora, así que era difícil, cuando no imposible, saber cuándo iban a estar en casa... mi hija me quitó el teléfono, no era la primera vez que lo hacía, y agregó, reiterando lo que decía como si quisiera estar segura de que no le entenderían mal, que ella los escuchaba regresar muy tarde de puntillas para no despertarnos, o quizás con un hondo sentimiento de culpa, dijo, ya que últimamente casi nunca se les encuentra en casa ni siquiera a la hora de la comida... También le dijo que una vez los había escuchado decir que habían encontrado otra pared en otra casa y otro cuadro, y que, si les hacían, no sé qué concepciones, o les garantizaban ciertos privilegios pensaban mudarse pronto... pero que no era cosa fácil de decidir ya que se habían acostumbrado al comedor donde habían pasado momentos tan felices, y al olor exquisito de las viandas, y a las conversaciones sin pelos en la lengua, y a las tantas veces que los señores de la casa se sentaban desnudos a la mesa...

Con el tiempo ni volvimos a llamar, ni contestamos más a sus llamadas... mirábamos que otra vez era su número el que aparecía en la pequeña pantalla del Id-Card y no contestábamos ni de milagro... sin hablarnos ni una sola palabra habíamos acordado ponerle punto final al espectáculo... nada había que explicar. En mi vida y en la de mi hija todo había sido tácito y queríamos que así siguiera siendo. Después, una a una borramos las llamadas sin escucharlas como si ya supiéramos en esencia la intención de cada una de sus palabras... y finalmente llegó el día en que desconectamos el contestador automático y el olvido se encargó de hacer la parte que le correspondía... esa parte que tarde o temprano todos tendremos que hacer...

Y un día, mientras estábamos cenando, o si mal no recuerdo ya estábamos recogiendo los platos, el perro salió ladrando de la terraza como alma que lleva el diablo... nos miramos a la cara, seguros de que era el mismo ladrido de aquel primer día tan afortunado y que después había mostrado a fondo su falta de fortuna... dos o tres golpecillos en la puerta y ya estaban adentro, los ojos de ella clavados en el cuadro como si estuviera observando sus partes más íntimas, su única realidad, las dos últimas pinceladas del artista escondidas en sus ojos detrás de la nada...

Quise decirles en un falso intento, para salir de la encrucijada, y atendiendo al recuerdo de sus llamadas, que ella era el único personaje del cuadro... que el cuadro había sido hecho de esa manera para que ella cada vez que venía a casa lo llenara y le diera existencia en sus ojos maravillados... que el cuadro estaba en sus ojos, que el cuadro era sus ojos... Me miró con asombro y cierto desconuelo... le dije entonces como para salvar el impase, que ella se había escapado del cuadro donde había vivido la mayor parte de su vida, pero que todavía no había logrado saberlo y que por eso no podía quitar los ojos de ese recuerdo aún sin recuerdo, puesto que era suyo... el chiste de mal gusto no funcionó; estalló como una bala perdida en el vidrio de una ventana a medianoche... mi hija entonces vino en mi auxilio y me cerró los labios con una mirada mortal... me miré un momento en el espejo de sus ojos y me di cuenta que el payaso de mis horas en blanco se me había muerto de repente...

Se le acercó en silencio y se le sentó en el regazo como si fuera su propia hija... no sé por qué pensé que la eternidad se había roto en mil pedazos y que mi hija intentaba re-armar el rompecabezas... bajó lentos los ojos del cuadro y se materializó en el silencio de mi hija... le metió las manos en el pelo y como si le hubiese hecho la misma pregunta desde el comienzo de los tiempos, y segura de que esta vez nada ni nadie podría evitar la respuesta que con tanto celo y pasión había esperado en la intimidad de sus pupilas, le preguntó ¿... y dónde están, dónde se han metido, que no han atendido a mis ruegos y a mis suplicas?

Mi hija le clavó sus ojos dulcemente y le dijo con una voz que de momento no pude reconocer como la suya: ya no van a volver... ya hace varias noches que se marcharon para siempre de casa... yo también los he esperado igual que tú, noches enteras sin poder dormir, pero todo ha sido en vano... se fueron así no más como se van dos amantes una vez el corazón ha dejado de sangrar... se perdieron en una de las calles de la ciudad y unos ladrones los asesinaron para robarles un marco nuevo que habían comprado en una marquería de lujo, mientras buscaban la dirección de la casa donde les habían ofrecido una pared recién pintada que daba al jardín a través de unos cristales... mu-er-tos, repitió acentuando una a una las sílabas... y no ha sido posible encontrar sus cadáveres para poder identificarlos y darles sepultura...

Miró al cuadro una vez más como si aún no hubiese muerto en su corazón un último pedazo de esperanza... en los ojos de mi hija las lágrimas se quedaron en vilo como un amor que no ha logrado encontrar las palabras para decir su delirio... se levantó como si no supiera, le acarició suavemente el pelo a mi hija una vez más y salió de casa muda y como si nunca hubiese estado... Al día siguiente pusimos el cuadro de Rothko en el cuarto de San Alejo... y ya no supimos más de ella a pesar de que intentamos localizarla haciendo uso de los más sofisticados procedimientos...

Consulta médica

Son pocos los médicos que he conocido con un buen gusto estético, y este no era la excepción; eso sí, era reconocido como uno de los más brillantes especialistas en su campo. El consultorio donde atendía a sus admiradores, que éramos muchos y de diferentes edades -y donde muchos otros médicos trabajaban para él-, a primera vista, parecía un lugar agradable, aunque las paredes de la sala de espera estaban llenas de cuadros de caballos pintados por un artista que no debería haber empuñado jamás el pincel. Cuadros que, en mi caso, hacían pedazos los hermosos recuerdos que desde niño tenía de estas bestias...

Todo estaba limpio, aunque muchas cosas parecían ser de otro tiempo y de otro mundo... pero en los rincones se podía ver el deterioro lento y seguro de cosas insignificantes, como la barra de metal que sostenía el papel higiénico en la pared. Era como si el paso del tiempo hubiera sido disfrazado por manos cuidadosas. Las enfermeras que acudían solícitas al mínimo llamado de los clientes no eran feas del todo; sin embargo, su ajuar las convertía en seres innecesarios y poco atractivos a la pupila y al buen gusto. Pero eso poco importaba, puesto que de todos es conocido que es una ley natural que la mayoría de las personas que trabajan en la salud van perdiendo poco a poco su encanto y su luz, si alguna vez se beneficiaron de tales atributos...

La chica que atendía la ventanilla controlando las citas y que se encargaba de manipular los "files" de los clientes, al contrario, era hermosa y comunicaba cierta cosa que lo dejaba a uno como en ascuas... tenía una sonrisa pegajosa que transformaba el mal genio, alimentado por las horas de espera, en una explosión de felicidad y de encantos. Era la única que se ponía perfume (nunca pude saber cuál era la marca) y cuando se levantaba de su silla para entregar o preguntar por información dejaba ver un cuerpo bien formado, unos senos bien hechos y duros y sobre todo un culo divino, digno de admiración y de respeto...

Todo lo demás eran cubículos, ciencia, máquinas sin ningún encanto, folletos, muestras médicas, instrumentos aterradores (como los que se utilizaban en el medioevo para torturar a los infieles), un olor penetrante a orina y zombis vestidos de blanco que van de un lado para otro haciendo lo que tienen que hacer a la letra como si no lo estuvieran haciendo, o como si ya no fuera necesario hacerlo. No era que todo esto me asustara, pero sí me recordaba toda la literatura de horror que había leído y releído cuando era más joven. Muchos de estos personajes no eran tan diferentes de aquellos que se habían adueñado de mi sueño y mis pasiones tantas noches...

Yo siempre llevaba un libro cuando tenía cita, pero la chica de la ventanilla, con el culo ideal, pronto resultó ser una lectura mucho más agradable que cualquier otra lectura, para matar el tiempo y endulzar mis carencias y necesidades. Yo me sentaba siempre en el lugar más apto para poder observarla todo el tiempo; o me quedaba de pie esperando el momento a que se levantara y se diera la vuelta para poder verle y disfrutar de ese regalo, poco usual, que la naturaleza le había puesto junto a sus caderas... para poder saborear a mis anchas su hermoso culo. Si hubiese podido tocarlo desde el primer día que se me reveló ya nada más hubiera sido necesario en mi vida. Pero cada día que pasaba era una tortura ya que, en mi caso, sólo estaba hecho a la medida de mi imaginación en su verdad objetiva. Desde que supe de los encantos de su culo nunca más volví a faltar a mis citas que eran numerosas debido a mi paranoia; e incluso a veces llamaba por cosas innecesarias cuando no insignificantes e inexistentes y acosaba con quejidos y mentirillas a la chica que me contestaba el teléfono con el fin de que me diera una cita el mismo día o al día siguiente. Siempre lo conseguía. Era tan convincente que yo mismo llegué a creerme que estaba enfermo y que necesitaba atención urgente. Y no crean que estaba loco, porque esto es algo que les sucede a todos los que les tocó vivir en esta sociedad de tantas necesidades innecesarias...

Cuando llegaba mi turno y ella me buscaba con sus ojos en el montón y pronunciaba mi nombre yo sentía que volvía a nacer; que era un hombre nuevo, ideal. La seguía hasta el consultorio

poseído y fiel a su culo tan suyo, tan único e inimitable. Ella me dejaba allí no sin antes mirarme a los ojos y yo me quedaba como saboreando en mis adentros las delicias de otro mundo. Poco a poco la fui convirtiendo en mi mente, en mi imaginación y en mis ojos en mi única medicina... si alguna vez hubiera tenido la oportunidad de tenerla entre mis brazos desnuda y su culo en mis manos, podría haber dicho que había conseguido entender la eternidad y el sentido último de la vida...

Ella me llamaba pronunciando mi nombre extranjero de una forma tan especial, y como preguntándome en silencio si lo había hecho bien, y la sonrisa se le agrandaba en los labios tanto que parecía que su rostro no le era suficiente... que su sonrisa, aparte de su culo, era todo cuanto tenía... y era que su forma de sonreír se le desbordaba por todas partes como una medicina sagrada. Su sonrisa igual que su culo era como un vino que todo lo puede; incluso levantar a los muertos de una muerte prolongada y del olvido. Y otra vez la seguía por los pasillos cada vez más enamorado de su culo que se movía como invitándome a su delicia, hasta que otra vez llegaba al consultorio que se me había asignado... otra vez a tiempo porque mis manos desobedientes parecían abandonarme y agarrarse a la perfección de su bola divina que parecía responder a mi necesidad sin darse cuenta... y ahí me quedaba todavía con su culo en mis pupilas como si todo lo demás hubiese desaparecido y sólo su culo fuera la única realidad existente y el consultorio y los pacientes y el mundo entero solo copias innecesarias de otra realidad aún menos necesaria. Copias ya desaparecidas para siempre. Errores platónicos...

El médico llegaba y toda la parafernalia médica terminaba antes que yo me diera cuenta. Qué importaban sus disquisiciones pseudo-científicas y sus consejos casi religiosos y sus pruebas innecesarias. Mientras la chica de la ventanilla estuviera ahí en el lugar de la felicidad mi salud estaba asegurada y remachada... a prueba de cualquier fuego... del azar y del destino...

Ustedes tendrán que perdonarme que insista, pero tengo que volver a decirles que el culo de la chica de la ventanilla era todo para mí. -Soy de esas personas que con frecuencia me gusta compartir mi felicidad-. Después de todo, la felicidad no es pan

de todos los días-. Y eso que mi mujer tenía igualmente uno de esos culos maravillosos que sólo se dan como los genios cada dos o tres siglos. La otra cosa es que siempre desde que era niño he tenido una debilidad visceral por los culos. Con ellos siempre me ha ido bien y ellos me han enseñado que la felicidad es posible y que sólo se trata de darnos una oportunidad...

Así que, debido a este regalo de la naturaleza, a este estado de perfección hecho carne y placer que exigen unas buenas caderas, durante mis primeras citas nunca me percaté de lo que había en las paredes de los pasillos y los cuartos donde se llevaba a cabo la consulta. Del culo de mi mujer que tenía para mí sin limitaciones de ningún tipo, iba al culo de la chica, y de este de vuelta al de mi mujer y así sucesivamente como si de una ecuación a la n potencia se tratara... y el médico y la realidad objetiva no eran para mí más que un capricho necesario para poder seguir alimentando mi verdadera necesidad. Solamente cosas remotas desaparecidas en la delicia de un culo que se había convertido para mí en una verdad que todo lo puede sin pedir nada a cambio...

El día señalado por el médico para adentrarse más a fondo con su conocimiento y sus instrumentos de tortura en el secreto de mis desavenencias, este se tomó más del tiempo acostumbrado, dejándome casi huérfano en su consultorio, y el culo de mis sueños desapareció por un momento de mis pupilas, sin que yo supiera porqué, permitiéndome que mis ojos comenzaran a divagar por las paredes del consultorio. Ustedes no se imaginan la sorpresa. Por todas partes había fotografías en las paredes y yo, tan devoto de mi culo, no me había dado cuenta. ¿Cómo era posible que no lo hubiera notado antes? Eran tantas que me pareció extraño que no las hubiera visto el día de mi primera cita. Les confieso que ese día sentí cierto temor y por un momento tuve escalofríos...

Fotografías en blanco y negro, o a todo color de retretes de todas las épocas. E incluso algunos de esos retretes eran pinturas de mal gusto. Los estilos y tamaños y formas eran casi infinitos. Digo infinitos porque había tantas que uno no podía contarlas sin perderse como cuando niños queremos contar las estrellas. Las paredes, literalmente, habían desaparecido casi completamente

devoradas por las fotos. De unos -los más modernos- se podía ver todo; de otros solamente cuatro paredes con sus puertas y un candado, unas veces grande y pesado como la mala conciencia o el odio. Sin que me diera cuenta el culo de la chica de la ventanilla, e incluso el de mi mujer que seguía deleitando de forma objetiva mis manos y mis labios por encima de mis sueños pospuestos, se hicieron poco a poco a un lado y las fotografías se fueron inundando dentro de mí como una maldición inevitable...

Como ocurría antes -para poder ver el culo de la chica de la ventanilla-, fui muchas veces al consultorio inventándome citas innecesarias, solo para poder ver con más detenimiento y en detalle las fotos de los retretes que día a día parecían crecer en cantidad y en forma, o reproducirse y distorsionarse sin límites como una plaga endemoniada. Empecé de repente a sentir cierto desespero y un mal sabor en la boca. Cada vez que podía o me era inevitable, me concentraba entonces en el culo de la chica de la ventanilla y le agarraba simultáneamente el de mi mujer hasta hacerla gritar -no le disgustaba para nada- intentando matar el hechizo, pero los retretes acudían a mi mente nítidos y reiterativos como una verdad que ya nadie puede evitar. Muchas noches tuve miedo de que mi mujer y mis hijas se enteraran, así que salía a caminar cada vez que mi percepción era más intensa...

El miedo que había aumentado sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, poco a poco se me convirtió en desasosiego y este, posteriormente, en flashes de horror. Al desespero y al mal sabor en la boca se sumó un olor a mierda que se diversificaba cada día más, pegándose al ritmo de mi respiración y a los latidos de mi corazón y a la abundancia de mis manos y de mis sueños. No podía de ninguna forma evitar seguir contando fotografías de retretes -aunque hacía hasta lo imposible para evitarlo-; y el olor a mierda estaba tan cerca que sin darme cuenta acabé con todos los frascos de perfume que había en la casa, incluyendo los de mi mujer. Tampoco podía evitar, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, llamar para pedir más citas y acudir a ellas a pesar de las miles de disculpas que a mí mismo me daba. Si darme cuenta ahí estaba en el consultorio contando retretes y lo más triste era que me había olvidado del culo de la chica de la ventanilla...

Desde que llegaba a la sala de espera y un poco antes todo olía a mierda. Abría la puerta del coche y ya estaba ahí recibíendome el olor a mierda. Las pinturas de los caballos de mal gusto que adornaban la sala de espera apestaban a una mierda con tintes de eternidad... las enfermeras y los pacientes exhalaban un vapor mortífero a excrementos que hacían temblar de espanto hasta los objetos inanimados. Todo olía a mierda hasta las cosas más pequeñas e inútiles del consultorio. Los médicos, y el mío en particular, sudaban mierda y cada vez que abrían la boca les salía un olor a mierda que helaba hasta lo más perdido de la imaginación y la memoria. No sé si nadie se había dado cuenta de lo que acontecía, o simplemente ya se habían acostumbrado a tal estado de cosas, pero todos actuaban como si para ellos el olor cada vez más penetrante e insistente fuera algo normal e incluso una entidad necesaria...

Sin embargo, algo raro pasaba. No me di cuenta al principio, pero no me tardó mucho tiempo el notarlos. La chica de la ventanilla olía exquisito. Solo ella parecía estar curada contra tal iniquidad. Ella era la única que flotaba ileso en ese mar de pestilencia sin ser tocada por tal desgracia. Olía a perfume. Un perfume que, aunque lo intenté de mil maneras, no pude reconocer. Y lo más extraño era que ese olor delicioso y único le venía del culo. Le salía directamente del ojo del culo. No era necesario tener la nariz pegada a él para saberlo o para comprobarlo. Era obvio. Era absolutamente cierto, como saber que el agua moja si metes el dedo, que ese olor delicioso le salía directamente y sin ningún inconveniente de la raja que conduce al hueco que conduce a lo que llamamos culo y para evitar confusiones ano o esfinter u ojete...

La última vez que estuve en el consultorio ante la indiferencia de los médicos y las enfermeras y técnicos y pacientes que nada hacían para enterarse de los hechos y poder cambiar el curso de la realidad, ya no puede soportar más tanta indiferencia y salté por encima de la ventanilla y tomé a la chica de la mano y ante la mirada indiferente de todos la arrastré hasta la calle. Ella con una sonrisa delicada en los labios se dejó arrastrar como si

por mucho tiempo hubiera estado esperando que hiciera lo que finalmente me había atrevido a hacer sin que hubiera tenido que pensarlo antes. La arrastré deliciosamente por las calles cada vez más enamorado del olor enriquecido y eficaz que le salía del culo hasta que nos perdimos en un lugar que ya no recuerdo y que ya no quiero recordar... Solo recuerdo que allí supe que el tiempo no existe y que las cosas verdaderas de este mundo, o al menos las que valen la pena, no entran por los ojos sino por la nariz...

Me desperté cuando todavía las luces del amanecer no lo habían hecho y en mis manos, -agarradas con fuerza al culo de mi mujer que gozaba insistente y devota cada vez que mis uñas se le clavaban en su piel deliciosa y blanca-... ya no quedaba ningún resto del olor nauseabundo que las había confundido por tanto tiempo. Dejé por un momento el culo de mi mujer que seguía dando tumbos en la cama delicioso y sutil, y me las llevé a la nariz y respiré largamente el olor que expedían como si se tratara de salir de una pesadilla. Olían a mi mujer. Al olor delicioso que exudaba todo su cuerpo cuando estaba excitada y especialmente cuando quería que yo me perdiera en mi fidelidad jugando con su culo. Se trataba de reconocermé, de saber que estaba aún vivo; de darle en silencio las gracias a la chica de la ventanilla que me había salvado de aquel naufragio de heces y de indiferencia. El olor a mi mujer era inconfundible; pero ese olor que me había endulzado por tanto tiempo la vida y mis noches en vela y mis desatinos, poco a poco, en la medida en que yo aguzaba más el olfato enamorado de tanta felicidad, daba paso al olor de la chica de la ventanilla. Pensé que era una equivocación, pero para mi felicidad no estaba equivocado. Mis manos olían a ella. Su olor igualmente era inconfundible. Yo que por tanto tiempo había cosechado su culo en mis pupilas y en mis sueños no me podía equivocar. Su olor era su olor en medio de todos los olores del mundo; solo que no pude recordar su rostro...

Todo esto fue más que suficiente para no visitar más al urólogo. Como se los dije al principio, un médico muy prestigioso en su campo. Desde ese día bienaventurado y sin el universo de retretes en mi imaginación y en mis manos, me he dedicado

religiosamente a escribirle poemas al culo. Y mi mujer sigue más contenta que nunca. Y presume de ser mi modelo como presume la modelo de un escultor. Pues aparte de mis delirios y de mis manos también le gusta la buena literatura. Así que la felicidad le viene por partida doble...

A mí también...

Miradas íntimas

Aún no había nacido, ni quizás engendrado había sido, y ya los huecos eran mi obsesión, mi delirio, mi delicia, mi carta para siempre ya marcada... siempre creí, antes de tener esa cosa pegachenta que llaman uso de razón, y sigo creyéndomelo, que en un hueco habitaba mi nada, antes que mis padres me regalaran, una noche todavía desconocida para mí, el hueco delicado de su amor...

La primera vez que abrí los ojos aún sin verme, y sin saber nada de mí, me desperté en el hueco sin fondo de los ojos de mi padre y al anochecer, mi primer anochecer, sentí por primera vez el prurito de las heridas que había dejado en mi piel el hueco que mi madre empujaba y agrandaba respirando la luz... me toqué y sentí que me tocaban una cuerda que se rompe en el silencio sin lamentos y sin lágrimas...

No había pasado mucho tiempo y ya me había escondido sin tener que darme cuenta en todos los huecos de mi propia intimidad, y los huecos del sueño, y en los pequeños huecos del delirio, en el hueco de mis uñas, la cerradura de la puerta, en las grietas del tiempo, en el hueco que mis hermanas y vecinas me hacían casi a tientas en su propia intimidad... y cada vez más debajo de sus faldas y sus secretos...

A primera vista siempre creí, e imaginé, y alimenté la rara incertidumbre de que todos los huecos eran sinónimo de felicidad, de cosa exquisita, de quedarse unos segundos de más a desnudar el silencio, para hacerse un nido debajo de la cama, para mirar los perros pegados en la calle sin pensar en el tiempo, para calentarse debajo de las enaguas agarrados a la entrepierna de una mujer desconocida, para espiar a las hermanas disfrutando del agua caliente que se les empoza entre las piernas, del chorro que se musicaliza en los retretes, para meter el dedo en las rendijas y ya no saber nada de ti, ni de mí, ni de nadie, ni de nunca...

Un día, tras las mariposas, como todos los días que venían a terminar sus días en el hueco de mis días en blanco, tropecé con un cuerpo destrozado en la calle, lo habían partido en mil pedazos y tras las mariposas corrí a esconderme en las alcantarillas y las mariposas corrieron tras de mí y el hueco del amor y de la dicha se hizo hueco del horror y del fastidio, y en el hueco del corazón herido y refundido para siempre, me perdí para siempre en el hueco de la nada que ya no era mío... y a mis manos y a mis uñas y a mis labios y al silencio y a la respiración en la entrepierna le nacieron llagas a la felicidad... infinidad de muertos destazados al amor le nacieron... estigmas a mi madre le nacieron...

Pronto mi primer muerto dio paso a otros muertos y estos a otros tantos de ellos, de los mismos, cada vez más muertos y mis huecos como si siguieran las mismas proporciones, el delirio de las sumas y sus dígitos, el apetito de las multiplicaciones y valencias, también se repetían hasta el infinito y hasta el infinito mi respiración y mi delirio y las últimas mariposas que quedaban prolongaban su cárcel y las fábricas su uso de razón... sus telares de sangre... sus tejidos de proporciones geométricas...

Y pronto, una vez más, aparecieron los fantasmas y todo tipo de aparecidos sin memoria, y las cuentas pendientes y las que firmamos sin conocer su nombre, y la sangre que subía hasta el nivel de los sueños, y el silencio de los poderosos, y la tarea incompleta en la primaria, y el reloj siempre exacto en secundaria, y el infierno de dios entre las sábanas y tantas otras cosas indigestibles que ya no quedaba un hueco donde meterse, una herida donde esconderse, y ni siquiera el hueco de las alcantarillas donde sigo contando uno a uno los pocos segundos que todavía le quedan al hueco vacío de mi primer amor...

Fue entonces cuando ya perdido y agujereado y refundido y agrietado... y el hueco que le queda a la intemperie... que te encontré a ti, una noche sin huecos, ya vencido, comido, relamido, regurgitado... de rodillas, aplastado, destazado, y los ojos cerrados y las uñas ya comidas de raíz y la lengua con los huecos a montones, sin sílabas y sin noche y sin mañana, tú me abriste ese hueco delicioso entre las piernas y ese otro hueco donde se

muere el tiempo, y me diste a beber de tus entrañas hasta calmar mi sed y mi delirio...

Y ahí en tu hueco me metiste y me cuidaste... un hueco que eran dos, aunque sea uno, que se encuentran y se unen y se pierden... y me gozaste y me llamaste todo el tiempo, y me escondiste para siempre sin preguntar mi nombre, como un niño que se esconde con su primer amor en las alcantarillas a triturar estrellas...

Operación de emergencia

Todo parecía ser una operación simple y rutinaria. Cosas que hacemos todos los días sin enterarnos de nada, ni de nadie. Unas veces las huellas dejan los zapatos y, otras muchas, estos a ellas, cuando no es que las dos cosas y el espejo que las guarda se extravían en el camino sin dueño y sin sueño. El amante se acaballa en su amada y ya está: una cuota de éxtasis sin memoria y la montada o su producto intentando una vez más sumar el número exacto de estrellas... como las ovejas van al redil y el perro, o la moto, a las ovejas, sin que falte ninguna de ellas a la cita y la montada que se queda sin su agenda y la noche sin luna y el objeto de tal delicia sin nombre y sin caballo...

Llamó como si nada a la compañía telefónica de un teléfono público. Nunca supo porqué tuvo la sensación de que hablaba por el oído y escuchaba por la boca... Una voz a medias domesticada y pulida para tal circunstancia le dijo que sí, que todo estaba en orden, que las cuentas salían a la par, a la perfección, que en sus manos todas las estrellas habían acudido desde antes que el gallo le clavase las espuelas a la gallina y punto... que el cliente siempre aparecía de primero en la foto y la foto de cuerpo entero en las paredes del negocio y los archivos y las fotocopias y las moscas. Llegó al lugar de los hechos como si no hubiese recorrido en el taxi ninguna distancia, como si hubiese llamado del mismo lugar de las circunstancias y tocó a las puertas del paraíso. Por fin había logrado que la materia y el deseo que la materializa y la respira alcanzaran su objetivo. Esperó el tiempo requerido y demás, sumida en sus cavilaciones sin objeto alguno... como si estuviera leyendo una partitura sin música... ciega de tanto ver, y cuando ya las horas empezaban a desfallecer habló, explicó, insistió, mostró documentos, imaginó que imaginaba otra lengua, otro universo otra voz desarticulada de antes y después en el teléfono tan pulida como la otra y aún más... Se inclinó más de la cuenta, junto las manos en señal de impotencia, rogó una vez más

y trazó una hipérbole y se rasgó las vestiduras en el mar oculto de la imaginación, se echó sal en las heridas... se observó y se repitió en el espejo para asegurarse de su identidad... sus partes más íntimas se humedecieron, apretó con fuerza las nalgas y se quedó muda, ausente sin ausencia y sin la cruz que nos da la materia que nos vive... sintió ganas de mearse sin medida y sin cauce y sin memoria... ganas de vaciar su maleta repleta hasta el delirio...

La mujer llamó a alguien haciendo todo tipo de promesas innecesarias, horas, minutos eternidades... el otro llamo a otro y este al otro que a su vez prometió llamar al otro que ya había llamado al otro que sí sabía, para que él llamara, lo antes posible, al otro que toma las últimas decisiones, después que el otro que se las trae de saberlo todo, le notarice su sabiduría y su acta de nacimiento, al que finalmente nos entrega el documento firmado y compulsado y estampillado y cagado hasta la consumación de los siglos... nada de nada... esta vez ni siquiera se trataba de los mismos con las mismas y toda esperanza vana se la comían los perros... y el trapo quedó hecho trizas en los huecos de la intimidad...

Lo cierto es que no pudo comprar el móvil que tanto había soñado... aflojó como pudo las nalgas con la sensación de que se había meado y salió de la oficina indiferente sin una sola estrella en el diccionario, y el amante o el perro una vez consumado su apetito, o el hueso, los dos hechos uno, llenando como puede sus crucigramas y su tintero y su sopa de letras y la vejiga del infinito. Caminó por las calles sin ninguna identidad, sin papeles, sin sueños, sin la fruta ya podrida en el paraíso, o el amante otra vez a caballo en su amada, o a la inversa, y nada que llueve y el caballo todavía amarrado en el umbral... la mirada perdida y dando tumbos y pateando de vez en cuando una lata abandonada en la calle y de repente a la vuelta de una esquina vio por casualidad una prendería, entró como si siguiera a sus propios pasos, temerosa de que se enteraran de sus cosas más íntimas y en una vitrina adornada con flores plásticas se detuvo a ver una colección de pistolas, revólveres, rifles, cañones, misiles, muertos...

Se quedó mirando un revólver de gran tamaño, hermoso, perfecto, preciso, y recordó el teatro maloliente de su pueblo...

hizo un ligero movimiento con la mano y ya era suyo, sin nombre, sin papeles, sin identidad, sin que hubiera que llamar al otro de siempre para que firmara el documento después de llamar al otro que si sabe... lo tomó en una de sus manos como quien toma una parte secreta de un amante, lo acarició una y otra vez con una delicadeza inusual, sonrió entre dientes, y a la vista de todos los clientes que no eran pocos, se levantó la falda, se bajó un poco los calzones y se lo acomodó junto al sexo...

Finalmente, miró para todos lados sin enterarse de las miradas que la miraban, otras la devoraban, y con la frente en alto y mientras se mordía con delicia los dedos dio un pequeño salto y salió de la prendería...

Santería

Para Annalea Cortés

Los rascacielos se habían multiplicado de tal forma en la pequeña ciudad que tener una idea o emoción de otras realidades se había convertido en cosa de ilusos y de locos... el último árbol lo habían arrancado sin piedad temerosos de que sus raíces pudieran agrietar con el tiempo las envidiables y costosas arquitecturas... de vez en cuando una maleza se asomaba en las grietas buscando un rayo de sol, pero nunca faltó una mano generosa que cortara a tiempo su sueño... nadie jamás dio testimonio alguno de las alimañas que en los huecos de los muros con el correr del tiempo no son más que corazón...

Los pájaros que al comienzo habían hecho sus nidos en los alrededores y en las azoteas, a falta de alimento y de paja habían tachado de raíz esta parte de su memoria y su sino... de vuelta a casa este tramo del camino se había convertido en un purgatorio sin creyentes y sin víctimas... nunca ninguna criatura había osado ollar con sus pies descalzos ningún rincón del paraíso y nadie había concertado jamás en ninguno de sus rincones una cita de amor... y mucho menos su pecado...

Ella trabajaba en el edificio más bajo, -en el piso décimo si mal no recuerdo-, que junto a los otros parecía el síntoma indeseable de un error... una cosa innecesaria para muchos, que tarde o temprano habría que borrar para siempre de la agenda de la gloria y así dar paso al sueño último y definitivo...

La cartera colgando de la mano derecha como siempre y el abrigo atravesado en el brazo izquierdo bajó la escalera y se dirigió con paso lento y seguro hasta la puerta de salida. Eran las seis en punto de la tarde. Ya se habían marchado los últimos días de invierno y se anunciaba una primavera llena de sol... sin embargo todavía el viento del atardecer arrastraba una ola de frío que obligaba a los transeúntes a apresurar el paso o a ponerse el abrigo... ya todos se habían marchado y el edificio estaba solo como un ícono sin devotos y sin devoción...

Abrió la puerta sin darse cuenta y vio al enorme ganso blanco de pies a cabeza parado en el umbral como si la estuviera esperando, sus ojos desde siempre en los suyos y en el pico entreabierto un signo de interrogación... el animal no se movió y ella por supuesto tampoco... estaba aterrorizada y una extraña sensación de pérdida la golpeó de momento en lo más desconocido de su intimidad... el pajaraco jugaba con su cuello una danza macabra y lo estiraba en todas direcciones como si siguiera las notas de una música átona y amorfa... quizás con la vana esperanza de encontrar su ritmo y su medida...

Se le acercó hasta mas no poder, como una ola de carne tierna que no logra alcanzar su tan anhelado sueño de una playa donde dejar de respirar... ella no movió ni uno solo de sus músculos... por momentos una culebra infame que ata y desata el nudo de una noche sin amanecer se le subía en el espanto y le ofrecía obediente su lengua infame... un pedazo como de nada se sacudía y haciendo gala de sus afinidades ocultas le mostraba irreverente su sonrisa de hiena y rugía y se agazapaba y se tragaba su escupitajo de felino una vez indefenso y malherido arrinconado hasta las cuerdas...

Contra lo que menos se esperaba en un santiamén lo agarró del cuello, lo arrastró hasta el coche con una seguridad inusual, lo metió dentro de un solo empujón, se quitó la blusa y con las mangas lo amarró de pico y patas y lo cubrió con todo lo que encontró al alcance de la mano que le quedaba libre, hasta que ya no quedó nada en sus pupilas aún sobrecogidas de espanto... ahora conducía como nunca antes lo había hecho y sin poder ocultar en sus ojos cierta extraña satisfacción... sudaba como un caballo maltratado o malsansado...

Ya en casa, fue rápidamente al cuarto, trajo una manta, lo envolvió como pudo, le echó un nudo a las puntas y sin vacilar un solo instante lo llevó directamente a la cocina... metió la mano en el envoltorio como si se hubiese olvidado de la pesadilla, lo agarró de la cabeza, tiró con fuerza e insistió repetidas veces hasta que el cuello quedó fuera del paquete... lo obligó sobre la tabla de la cocina y con un cuchillo chino que le había regalado una amiga, el día de su último cumpleaños, se lo cortó de un solo tajo...

Lo tomó en sus manos como se recoge una criatura inocente en peligro, lo miró a los ojos una vez más, se desnudó en silencio sin soltarlo, lo levantó sobre la cabeza y dejó que la sangre le cayera abundante sobre su cuerpo que temblaba de felicidad acosado por la fiebre... luego recogió el cuerpo ya inerte y lo tiró por la ventana a la calle... y el pescuezo todavía en sus manos se contorsionaba y sangraba como un milagro sin principio ni fin obediente a un destino que no había sido escrito en sus páginas...

Y la sangre le manchaba los labios, se le escurría abundante por las tetas, se desgajaba caprichosa hasta su vientre y luego de regodearse en su sexo peludo e hinchado se empujaba por la entrepierna y a través de los dedos de los pies iba formando una mancha negra en el piso de la cocina...

Se arrastraron hasta el cuarto, se tiraron en la cama, se confundieron debajo de las sábanas blancas y poco a poco entre risas, extraños quejidos y escupitajos se quedaron quietos como si hubieran encontrado finalmente un lugar en el fondo del pozo... una medida a la medida de su iniquidad... un pescuezo a la medida de sus sueños... y el pescuezo entre sus piernas seguía sangrando como un amante que renuncia a su identidad, y de vez en cuando una maldición al unísono se abría paso entre las sábanas, alcanzaba la ventana y se echaba a volar dejando una estela de sangre maloliente y envenenada en el aire...

Al día siguiente no se levantó... alcanzó como pudo el teléfono evitando a toda costa hacer ruido... marcó el número de la compañía y con una voz limpia y delicada les informó de su renuncia... en una de las almohadas el pescuezo seguía vertiendo su líquido infame como si fuera un manantial divino...

Silicona

Los vi una tarde enfrascados en hacer de sus sueños una realidad palpable, tanto para ellos como para los otros que mero-deaban en los raros montículos de su espejismo... después todo se convirtió en puro cuento... un decir que la memoria toma al azar y recupera a su antojo para su propio capricho... simplemente desaparecieron de mi entorno como una página aun no-escrita...

De aquel primer y único día me queda una piscina circular enorme, construida a golpe de créditos e intrigas familiares... un salón majestuoso atiborrado de mesas de juego... unos cuatro coches de diferentes marcas, a primera vista caros y casi nuevos... y para salvar el cuento, una miriada de niños corriendo como locos delante de un hombre cubierto de sábanas y que repetía palabras ininteligibles, que al caer de las últimas luces de la tarde se convertían en un rebuzno ridículo y vulgar...

Les gustaba tener chicos de otros países en su casa -me dijeron- para que sus hijos pudieran saborear desde niños su receta universal... esa otra cara de una moneda escondida que a pesar de caer y hacer tanto ruido se nos queda en el aire sin saber por qué... chicos de intercambio académico, todavía vírgenes adolescentes, pichones rezagados o aventajados en el nido de su identidad... aves de corral que emigran tras el sueño de las tormentas...

Primero fue una chica en las fronteras de la pubertad... todavía entre las dos orillas y en el medio un saco vacío... fresca y deliciosa como una fruta madura bajo el sol del atardecer... y él se prodigaba en sus horas con ella a toda hora como un perro fiel... echando baba ante su divinidad... también me dijeron que cambió su ropero y que durante el tiempo en cuestión solo llevaba jeans levi's apretados y camisas de colores extravagantes... le compraba todo tipo de cosas, la llevaba al cine y en las altas horas de la noche, después de echarle a su mujer un sedante en la bebida, se levantaba con ella y los dos tendidos en el sofá, -donde dicen que había engendrado a sus hijos-, se quedaban mudos frente a

una pantalla enorme de televisión... y de tanto en tanto él dejaba escapar un quejido que ella fingía no haber escuchado... asesaba a borbotones en su interior...

La mujer medio en sueños, medio despierta se castigaba los cabellos y gritaba improprios como si solo se tratara de romper un hechizo... y a la hora de la cena se les caía la comida de la boca, y los ojos en los ojos de todos y de nadie buscaban el síntoma, esa mínima señal, que permite infraganti avivar el incendio, apagado de antemano de pura necesidad... de pura costumbre...

Cuando ella se fue... el hombre perdió unos cuantos kilos lo que en el fondo atemperó los humores de la mujer... decidieron entonces para continuar con su programa educativo, traer un chico... él aceptó sin reticencia alguna más que todo para mostrarle a ella que nada tenía que esconder... y unos días antes que el adolescente hiciera su entrada triunfal, ella visitó a un cirujano plástico y se hizo un implante bastante grosero de silicona en sus pechos y nalgas... coincidencias de un destino sin nombre... situaciones inesperadas que ponen en juicio la propia identidad y la visión del tiempo... quien me lo dijo, también me dijo que ella le había dicho aparte de todo lo demás, que solo se trataba de darle una lección a la naturaleza ya que le había privado de estos dos apéndices tan preciados en los tiempos modernos... y unas nalgas abundantes, ni que decir...

Un coche nuevo alemán que había comprado unas semanas antes y que tenía que devolver al concesionario por problemas económicos, también se quedó en casa esperando al enviado de los dioses... y sin que nadie supiera las artimañas en cuestión para lograr tal cosa... sus padres aparentemente caían subyugados cada vez que era necesario ante su calvario de quejas y manchas en su hoja de crédito... y terminaban por cancelar todas sus deudas...

Él por su parte, a regañadientes la acompañó al consultorio del cirujano, pero esta vez no preparó como antes la llegada del visitante... después de todo él la había amado agarrado como podía a esos pechos insignificantes y sus hijos, igual que él, se habían alimentado sin problemas de la misma ilusión... quería que el cuarto permaneciera tal como estaba cuando la chica par-

tió aduciendo falta de recursos. Incluso llegó a sugerir que, ya que el cubrelecho tenía flores y mariposillas, con voltearlo sería suficiente... tampoco quiso acompañarla al aeropuerto... ella no insistió pues en el fondo quería ir sola...

El día de la llegada de “David”, ella llamó muy de mañana a una de sus amigas que después me llamó a mí para terminarme el cuento... la invitó a desayunar y en el baño del restaurante le mostró su nuevo equipo de trabajo... unas bolas abultadas, endurecidas y subidas en punta hasta los límites del esternón, que más que tetas parecían dos puñetazos en un rostro desconocido... estaba sobreexcitada y casi febril... llevaba una falda corta y una blusa de un escote casi inverosímil... se había recogido el cabello en un manojito en la coronilla... llevaba unos aros enormes en las orejas... un collar de perlas artificiales y unos zapatos altos que completaban a la perfección el maniquí...

El chico no tendría más de catorce años... la vieja había esperado una eternidad sin saberlo esta ocasión, que la providencia ahora le prodigaba a sus anchas... después de todo no todos los días se come en bandeja de plata... “ahora me toca a mí” le dijo a la persona que me dijo que le dijeron y salió para el aeropuerto con sus tetas de ensueño... y en la distancia en diagonal parecía que las tetas iban adelante y ella las seguía sin poder alcanzarlas... y sus nalgas en un tercer plano intentando acomodarse a su ritmo... Una vez en el primer piso arrancó una rosa en el jardín, la besó delicadamente, la hizo una bola y se la metió en el corpiño...

Un espantapájaros sonámbulo en la mesa desierta de la pesadilla clamando por un pájaro que haga nido en su necesidad... que defeque en el amanecer de sus sueños... que le devuelva una mirada furtiva a la hora de la agonía... que se levante a medianoche y se le quede mirando en la pantalla de televisión uno al lado del otro y sin que uno de ellos pueda hacer nada para contener sus quejidos y sus lamentos...

El avión llegó a la hora exacta...

Suspense

Un amanecer incierto llegó y lo planchó todo de pies a cabeza hasta que el infinito se desbordó ante tal devoción y la plancha se despabiló en el vacío y le nacieron lenguas y lametazos y digestiones a todo dar...

Empezó por las camisas de su más íntimo allegado, después los insectos y los sueños y las sílabas y hasta el gato que se le escapó de momento por las paredes, -donde todavía su último lamento dibuja signos de interrogación-, cayó en el último momento de un planchazo certero y voraz... y hay que ver el trabajo delicioso que hacía con los puños y los cuellos de las camisas, y el tiempo que se tomaba tirando planchazos con la ropa íntima de su protector... a mí me planchó una mirada, sin que yo tuviera nada que ver en el asunto, y aún hoy en día no sé cómo me las arreglé para contar el cuento... lo cierto es que llevo un parche en el ojo y en el hueco del planchazo todavía se me sigue quemando el chicharrón...

Incluso los días iban desapareciendo ante tal disciplina sin precedentes en el oficio y con ellos, un día ya sin memoria, el blanco predilecto de todas sus miradas quedó hecho una mera plasta de sangre salpicada de mierda en el aire donde lo alcanzó de un planchazo muy singular...: le metió la plancha en el culo y le corrió el planchazo hasta el amanecer que todavía hoy día no sabe cómo levantarse de sus cenizas... él, que la había traído especialmente para que le planchara el cuello de sus camisas y los puños y los juegos de sábanas blancas, y su ropa interior... él, que tanto había hecho por ella, había quedado náufrago y sin historia de un solo planchazo... y la mancha se había secado y descascarado y, para colmo de males, esa misma tarde regresó al lugar de los hechos y le planchó el silencio...

Los últimos que la vieron con la plancha en la mano, luego de consumados los hechos, dicen, que después de aplanchar toda la casa se perdió por las calles aplanchando todo cuanto se le

cruzaba a su paso... mujeres embarazas, niños de brazos, árboles con sus nidos y sus pichones y noches en vela y días aún por arribar y los que se fueron y los que nunca fueron... que le metió un planchazo al verano en sus bodegas... y a las flores de la primavera otro que las dejó sin olores y sin pájaros... y a las hojas de un otoño abundante le metió más de dos... y a la estación de la intimidad unos cuantos planchazos de más... y que en una pirueta inusual y casi sublime se la jugó al extremo y se planchó ella misma, sin enterarse de las circunstancias de su osadía... y dicen que la plancha como alma que lleva el diablo siguió haciendo de las suyas hasta el final del cuento...

Un día en el paraíso

Mis padres tenían una tienda de frutas en una “galería” enorme. Cuatro paredes altas que parecían desbordarse en el aire y un techo descomunal. Nunca supe dónde estaban las columnas que la sostenían. Siempre tuve la impresión de que en el momento menos esperado toda la estructura se vendría a pique, pero nunca ocurrió. Incluso el día que hubo un terremoto de 6.5 en la escala de Ritter, resistió las sacudidas como si nada hubiese pasado. Solo unas cuantas grietas insignificantes marcaron su cuerpo de animal primitivo y milenario. Dicen que los curas italianos que colonizaron estas tierras levantaron la galería antes de trazar las primeras calles del pueblo. La verdad es que parecía más una iglesia que se había quedado demasiado grande para los feligreses...

En eso habían terminado todos los sueños de mi padre, sus proyectos, sus fincas, su ganado, la producción en serie de cacao, sus caballos de pura sangre, su papel de hacendado. Era la mejor tienda de todo el mercado. Mi madre se las había ingeniado para importar la fruta ella misma, de los países del sur, sin intermediarios. Países que en ese entonces para nosotros eran más un sueño que una realidad. Una página de las mil y una noches. Único libro que teníamos por entonces en casa...

Yo y mis hermanos odiábamos tener que ir casi todos los días a ayudar con las cuentas y las ventas en la tienda. Las mujeres no estaban para tales cosas, aparte de mi madre que tenía el control de la familia. Sin embargo, no nos quedaba otra alternativa. Yo por eso decidí dedicarme a los estudios y a sacar buenas notas para justificar mi reticencia casi visceral de trabajar en la tienda. Los hijos mayores tenían que trabajar, los menores si eran buenos estudiantes podían estudiar. Pero íbamos a la tienda especialmente porque necesitábamos dinero para llevar las chicas al cine, invitarlas a comer, regalarles alguna chuchería, y en ocasiones para cubrir el coste de algún capricho personal. Nos las

ingeniábamos para alterar las cuentas y los balances de compras y ventas ya que mi madre no nos daba ni siquiera un centavo por nuestros servicios. En la ciudad donde vivíamos, en pleno corazón de la selva amazónica, no había bibliotecas públicas y las bibliotecas de los colegios no tenían más que algunos viejos ejemplares de libros religiosos donados por la iglesia o misioneros extranjeros. De todos ellos recuerdo *El catecismo astete* y otro que se llamaba *Principios de urbanidad*... los peores libros que he tenido que aguantar en mi vida. Lo único que me pareció bueno, por el título, fue el *Elogio de la Locura* de Róterdam. Lo leí muchas veces, pero no entendí nada... eso me alegraba sobremanera porque me exigía volver a leerlo. Creo que los curas lo tenían en la biblioteca por equivocación...

La situación de la familia sin embargo nos obligaba a trabajar incluso los domingos. Estábamos acostumbrados a vivir bien. Quiero decir, a que nada nos faltara y especialmente cuando se trataba de la comida. Así que una vez perdidos entre el color de las frutas, sus formas caprichosas y su olor abundante y exquisito todo era fácil y casi anónimo. El tiempo volaba y era como si uno no estuviera ahí o no existiera. Como si se nos hubiera sido asignado un papel en una obra dramática de mucho éxito que se mantenía en cartelera por muchas temporadas, sin que supiéramos a ciencia cierta cuál era nuestro papel definitivo...

La única piedra en el zapato era que cuando aparecía una chica por el mercado, conocida o no, dejábamos el papel abandonado y desaparecíamos del escenario como por arte de magia. Yo siempre recurría a mis problemas de estómago que nunca tuve para poder lidiar con mi madre y su autoritarismo. De mis hermanos nunca supe nada, pero ellos se esfumaban en un santiamén, como hechiceros expertos, y antes de que mi madre se diera cuenta la obra había terminado dejando a muchos de los espectadores en ascuas. Había como un pacto secreto entre nosotros para no hablar de cosas embarazosas y desagradables. Cuando regresábamos a nuestros puestos de combate, ya fuera de peligro, las miradas de mi madre asesinaban como un cañonazo a boca de jarro. Por supuesto que en el baño yo siempre terminaba haciendo mis necesidades más íntimas, o leyendo las páginas de

los periódicos que dejaban ahí, como único papel disponible para asearnos...

La tienda era tan próspera que mi madre se quedó poco a poco a cargo de ella y mi padre se dedicó a otros menesteres que le dieron a la familia más estabilidad económica y cierta felicidad. Lo de las frutas es para las mujeres, solía decir mi padre. Yo no tengo paciencia para lidiar con los caprichos de todas estas viejas encopetadas, actuando su papel de señoras ricas y que a veces se comportan como si nosotros fuéramos sus sirvientes. Alguna razón tenía, pero era más cosa de su carácter y su espíritu nómada que otra cosa, lo que lo empujaba a este tipo de razonamientos. Como todos éramos bien parecidos, viejas y jóvenes venían a comprar a la tienda. Y por supuesto nosotros habíamos aprendido a aprovecharnos de la debilidad de las señoras y las señoritas y otros muchos tipos de especies...

Uno de mis hermanos había entrado de lleno en el negocio. Tanto y de tal forma, que mi madre se comportaba con él como si fuera su único hijo, su único heredero, su tesoro escondido, aunque éramos trece. Además, las clientas siempre lo preferían a él. Tenía un algo que los demás no teníamos. Podría afirmar que un alto porcentaje de mujeres venía a comprar a la frutería porque él estaba ahí y con la esperanza de que él las atendiera. Quizás todo lo que tenía era “duende” para las viejas, porque más guapo que yo y casi todos mis hermanos, para ser sincero, no lo era. Él se había convertido en algo así como en la columna vertebral del negocio y cuando sobraba mucha fruta al acabar la semana contrataba chiquillos pobres o huérfanos que iban al mercado a buscarse la vida, los cargaba con grandes canastos repletos de fruta y se desplazaban de barrio en barrio vendiendo los remanentes. Nunca vi que regresara a casa con los canastos llenos. Siempre vendía todo y sus ayudantes parecían adorarlo... cosas como estas nos dejaban a los demás hermanos en desventaja con mi madre, pero en el fondo nos alegrábamos de que así fuera...

A mí siempre me pareció que mi hermano parecía gozar de su talento, aunque nunca nos lo dio a entender con claridad, ni exigía nada a cambio por tales servicios adicionales... en su

rostro podíamos leer que le estaba haciendo un favor extra a la familia y por lo tanto era mejor que cerráramos la boca y punto. Mi madre le daba cierto porcentaje por cada fruta vendida y nosotros siempre nos alegrábamos igualmente de que así fuera, ya que él se había convertido en nuestra fuente de préstamos... eso sí, sin que pudiéramos evadir servicios y ciertos intereses...

Un día tocado por la curiosidad le pedí que me dejara ir con él... que me gustaría ayudarle, le dije. Que quería aprender el oficio, que necesitaba ganarme unos pesos para mis necesidades personales. Sonrió, me miró indiferente y me dijo casi delectándose las palabras al oído que eso no era para mí... que yo era diferente, demasiado diferente... le dije que quizás él tuviera razón, pero que me diera una oportunidad. Si no funcionaba, no volvería, me olvidaría de ello y todos tan contentos, insistí. Pasaron muchos días, meses, sin respuesta alguna de su parte que yo pensé que no había caso y me olvidé del asunto... hasta que un día, bien de mañana, cuando todavía estaba en la cama se me acercó y me dijo con una voz entrecortada, puedes venir conmigo hoy si aún lo quieres, pero tienes que jurarme que mamá ni nadie se van a enterar de esto. Le dije intentando no mostrarle mi excitación del momento, que tenía mi palabra, que sería una tumba... pero en mis adentros, su forma de decírmelo me despertó una vez más el virus de la curiosidad. De tal forma que me levanté de la cama, lo abracé y le di las gracias...

Su pequeño ejército llenó los canastos y salieron muy temprano. Yo los estaba esperando en la esquina de una calle adyacente. Nos detuvimos en algunas casas de familias muy conocidas en la ciudad, más que para vender, para entregar ciertos encargos ya concertados de antemano. Toda la transacción se hizo en silencio y tan rápido como fue posible. No le pregunté nada para no romper el hechizo de la curiosidad que cada vez más me picaba en lo más sensible de mi intimidad...

Pasamos dos o tres barrios sin detenernos a buscar clientes, o a entregar algún pedido. Miré a los cargadores y me percaté que cada vez estaban más lejos de mí. Iban rápidos como el viento; como si su carga fuera imaginaria o simplemente se hubiesen olvidado de ella. Fue entonces cuando me di cuenta de que íbamos

derecho a la zona de tolerancia, la Vega, como llamaban al barrio de las putas, maricones, proxenetas, mendigos, desplazados, niños abandonados, travestis, y fracasados al orden del día... todo estaba tranquilo. Aunque uno se podía imaginar que esa tranquilidad solo podía ser el resultado de una noche de abundancia, de perdición, de loca fanfarria, de placeres prohibidos... Un olor entre agrio y perfumado recorría el barrio, penetraba en la ropa, se quedaba en la piel. No nos detuvimos un solo instante como yo pensaba que iba a pasar. Todo estaba cerrado. Nos dirigimos directo a una casa grande pintada de color amarillo y azul. Parecía una pequeña isla iluminada por el sol, flotando en un océano de quietud. Entramos. Primero él como si fuera el mismo dueño del lugar, como si supiera que lo esperaban. La puerta no estaba asegurada. Después entré yo con la cabeza baja y ya casi muerto por la curiosidad y detrás de mí los cargadores sudando gotas de felicidad por todo el cuerpo, la respiración larga como un pan delicioso y los ojos abundantes y casi flotando en el aire, como seres de otro mundo...

Dentro de la casa solo había un cuarto enorme y alargado, casi exacto a la galería, pero más pequeño. A todo su alrededor pequeños cubículos, casi como si hubieran sido incrustados en las paredes. La mayoría estaban cerrados. Solo dos o tres medio abiertos. Se podía ver una cama, y una mesa pequeña con flores frescas en un vaso. Como si hubiese llegado con los ojos cerrados los abrí lentos y voraces, aunque los tenía bien abiertos desde que llegamos. Pensé que era ciego y que de repente había recuperado la vista. En el piso del cuarto por todos lados, cientos de mujeres desnudas volvieron la vista casi simultáneamente para saludar a mi hermano con alegría. Pensé que ese era su reino y él, el único soberano. Él se quedó mirándolas a todas como si las contara una a una con el propósito de saber que todas estaban, que ninguna faltaba, que su tesoro escondido estaba intacto y seguro. Un tesoro que de vez en cuando sacamos de su escondite para disfrutar, para sentirnos tranquilos, para saber que todavía sigue ahí donde lo dejamos, para poder dormir al menos unas horas durante la noche...

Los chicos dejaron los canastos en el suelo y se sentaron en un rincón esta vez transidos y casi devorados de tanta felicidad. Derrotados en un mundo de maravillas y de sueños imposibles, solo para poder continuar con vida. Yo me quedé paralizado mirándolas a todas como si no las hubiera mirado o no pudiera mirarlas. Temeroso de que los golpes de mi corazón me delataran. Me convirtieran en una estatua inservible...

Mi hermano como si se hubiera olvidado por completo de mí, se acercó a cada una de ellas como siguiendo una lista secreta, se arrodilló a su lado, las besó delicadamente en la mejilla y a cada una de ellas uno a uno les entregó sus frutos frescos, olorosos, jugosos, tiernos... los mejores de la cosecha de los países de más allá del sur que alimentaban su reino. Se tomó todo el tiempo del mundo como si fuera lo único que supiera hacer o le gustara hacer o hubiera hecho toda su vida, ahora y siempre y ayer y nunca. Los chicos corrían hasta donde él estaba, cada vez que él levantaba su mano, con el fruto deseado y después como resortes recién fabricados y aceitados, volvían a su lugar como si la distancia no existiera o como si pudieran estar en los dos lugares al mismo tiempo. Nunca había visto tal felicidad en un rostro humano. Quizás el sufrimiento que siempre los acompañaba hacía más intenso el contraste que yo en mi mente intentaba descifrar...

Hice algunos gestos como para llamar la atención. Bajaba la vista y la levantaba repetidamente como queriendo desatar un nudo ciego, pero a pesar de mi insistencia me di cuenta de que nadie se fijaba en mí, que yo no existía, que era un invitado fantasma. Sentí náuseas y un miedo extraño hizo presa de mí. Yo mismo tenía la sensación de que no era más que un aparecido en un cuento fantástico. Un espíritu inútil que había perdido la materia, la forma y ahora no podía reconocer los gritos de su sangre, la voracidad de su carne... sus pasos perdidos...

De repente y sin razón aparente me sentí más tranquilo. Pensé que si no existía para nadie, ni siquiera para mí, entonces podía moverme donde quisiera sin problemas. Fue lo que hice. Me dediqué a contemplar una a una las piezas de la colección inagotable del tesoro de mi hermano. Hice como si lo imitara. Eso

sí sin besarlas para poder cumplir con mi tarea sin romper el encanto. Mis dedos se acicalaban entre sí como pequeñas serpientes que no hubiesen comido por siglos. Los ojos se me hacían agua, la lengua un precipicio...

Había putas tiradas por todos lados. Unas con las piernas abiertas como refrescándose el sexo hinchado y enrojecido, bien trabajado y gozado la noche anterior. Otras, las piernas apoyadas en las paredes y el rostro abandonado en el piso frío. Otras descansaban sobre su estómago, los brazos tirados adelante, abiertos en abanico igual que las piernas dejando el ojo del culo a la intemperie. Había culos de todos los tamaños y formas y colores. Gordos, aplastados, renegridos, lánguidos, quemados por el sol, castigados, resplandecientes, y bien redondos y jugosos como las frutas que mi hermano les acababa de entregar... otras estaban sentadas, inclinadas apenas hacia atrás, una de las piernas recogida o las dos mostrando parte del culo y el sexo bien abierto como un túnel del que se alcanza a percibir una gota de luz al final... otras se habían quedado entre dormidas como los niños pequeños, las rodillas dobladas debajo del vientre, los pies sosteniendo el culo, las manos cruzadas bajo el pecho y la cara abandonada en el piso... no había una sola de pie, y solamente unas cuantas acostadas de lado... algunas aprovechaban el vientre de otras como almohada mientras se acariciaban el sexo o eran acariciadas, y muchas descansaban, sus piernas sobre el culo de las que descansaban sobre su estómago...

Eran tantas que era difícil caminar entre ellas, pero caminé por donde más pude y como pude, como si la misión que se me hubiese encomendado fuera observarlas en detalle a todas sin olvidarme de ninguna de ellas, ni de nada... quise ser pintor para pintarlas a todas, dibujante para dibujar sus curvas y sus sueños, escultor para esculpir las y eternizarlas a todas... no sé cuánto tiempo estuvimos allí, aquel día de abundancia y de gloria. Fue la primera vez que me di cuenta de que el tiempo no existe. Que es solo una vana ilusión. Una máquina invisible e inservible que nos inventamos porque tenemos miedo de ser felices, de ser libres, de visitar a las putas después de una noche de farra...

También fue la primera vez que conocí la felicidad de primera mano y en carne propia, a pesar de mi primera parálisis y del miedo que sentí al sentir que no era yo el que estaba en el lugar de las delicias, sino un ser completamente desconocido de mí mismo... un calco, una pobre imitación, un suspiro de nadie... pero al fin, feliz...

De regreso a casa ya estaba anocheciendo. El barrio empezaba a despertarse como si se llenara de pájaros. Durante todo el trayecto de regreso no pronunciamos palabra. Los cargadores iban adelante saltando como niños que bailan una ronda y que no pueden ni quieren dejar de bailar... algo entonces hizo clic en mi cabeza y como si hubiera recuperado la mirada, vi, como si todavía estuviera en el lugar de los hechos, muchos niños. Todos igualmente desnudos. Había cientos de ellos por todos lados. Gorditos, negritos, feítos, malformados, bonitos, de brazos, gateando, haciendo solitos, montando a caballo, contando estrellas... Todos tirados por todas partes en el suelo del cuarto como pequeños objetos preciosos de otro mundo... igual que sus madres...

Llegamos a casa. Yo me hice el que estaba en mi cuarto y que había salido a tomar el aire fresco afuera. Mi padre no estaba. Los cargadores se tomaron varios vasos de jugo y luego desaparecieron como si de repente se les hubiese acabado el papel. Mi hermano le entregó las cuentas a mi madre casi ausente. No se dijeron una sola palabra. Nunca supe si mi madre sabía lo que yo ahora sabía. Tenía mis sospechas, pero mi juramento era algo por lo cual ahora más que nunca estaba dispuesto a dar la vida. Un juramento, un secreto, una promesa son el corazón mismo de la felicidad... sin ellos la vida no sería más que un montón de ilusión... un hueso sin carne abandonado en el camino...

No sé cuántas veces más regresé con mi hermano y sus cargadores a la otra frutería. A la frutería de la carne, a la frutería de la vida, a la frutería de la felicidad, del silencio, de la complicidad, del amor, de los olores infinitos... solo sé que fueron muchas veces; quizás tantas como putas descansando en el piso de la casa de mis sueños había y hay y sigue habiendo... como niños acaballados en el infinito... y como siempre el mismo trayecto

sin palabras y sin nombres, sin el peso de la gramática, y con una sola misión clara y precisa que cumplir... mirar, observar, disfrutar y todo sin ser visto y sin tener que estar presente para nada...

Con el paso de los años las buenas familias y la curia montaron grandes empresas espirituales para acabar con el paraíso. Por supuesto que lo lograron. Lo que si nunca lograron fue derrotar mi felicidad. Las huellas siempre frescas en mi memoria, las serpientes en mis dedos, el abismo de mi lengua... mis días de gloria, mis noches de placer, mis sílabas hechas de sangre y piernas y culos, y chochas de todos los tamaños y para todos los gustos, y niños jugueteando en el umbral de la eternidad...

Hoy en día cuando la tristeza y el desasosiego me embarcan y salgo a caminar sin rumbo por las calles de la ciudad donde vivo, o me quedo en casa haciendo nada, a mi memoria vuelven esos días eternos y entonces sé que se puede ser feliz... que la felicidad existe... que soy feliz... que todavía tengo 11 años...

Testigo ocular

Para Edgar Reascos

Caminando de un lado a otro, sin saber qué hacer, me asomé a la terraza y en uno de los árboles del patio vi como una especie de bulto colgando que el viento helado del invierno castigaba sin misericordia...

Más para matar el tiempo, que empujado por la curiosidad o el aburrimiento, me acerqué hasta el lugar, simulando cierta desconfianza, por si acaso, y cuando ya estaba a unos cuantos pasos del árbol vi que el bulto que colgaba era mi alma...

Me acerqué lo más que pude hasta rozar con la punta de la nariz el bulto y esperando que todo no fuera más que un malentendido, pero efectivamente era mi propia alma... no me quedaba ninguna duda... era la misma que había cargado conmigo y yo con ella... estaba exactamente como yo la había dejado la última vez que la había visto y yo en las mismas...: manchada de sangre como siempre y acosada por los estragos de la vigilia que se le marcaba aún más en el silencio... me miró a los ojos y supe, en ese mismo instante, que esa mirada ya me había mirado desde antes, y desde siempre y desde nunca... y yo lo mismo...

Los dos casi no pudimos evitar ese primer impulso de echarnos en los brazos del otro, pero un prurito desconocido nos obligó a guardar las distancias...

Me senté en un asiento que mi hija en sus juegos diarios había dejado olvidado en el patio, muy cerca del árbol, y me quedé mirándola hasta el amanecer a pesar del frío helado del invierno. Estaba peor que nunca y yo también... como ella sentí compasión y vergüenza por la situación en que nos habíamos metido... ella siempre me había reprochado ser mía y yo a ella... e incluso había intentado cambiarse y cambiarme una vez el sueño nos dejaba indefensos en las manos del otro... y yo lo mismo tantas veces y de tantas maneras que ya no recuerdo...

Todo nos parecía ridículo y acordamos hacer de cuenta que yo era otro que no era, y ella otra cosa que nunca había sido...

también acordamos echar en saco roto esta mala jugada del destino y sus últimos signos...

Regresé a casa y todo el día y el siguiente y tantos otros después, hice como si este día no hubiese existido. Arranqué esta página de mi agenda y reduje la semana a seis jornadas esperando con esto poner punto final a la pesadilla, y repitiéndome sin cesar que el bulto que seguía allí colgado del árbol, en el fondo del patio, solamente era un bulto y nada más... un síntoma inequívoco del delirio o de la nada...

No pude soportar esta carga por mucho tiempo y he roto, quizás sin darme cuenta, mi promesa... desde hace ya unos días me he valido de todo tipo de artimañas y trampas y mentirillas piadosas para salirme con la mía... he recurrido a todo lo que estaba al alcance de mi mano y más... construí túneles que me permitieron estar lo más cerca de ella sin que me viera... me hice de sofisticados instrumentos para observarla hasta en sus más íntimos detalles... me quedé noches enteras tras noches enteras en la copa del árbol junto a su vigilia como si fuera la mía... me camuflé, me transformé, me enfermé, me hice otro que no era, aprendí del silencio de las vacas, descubrí el secreto de los pájaros, me hice piedra y sol y lluvia y frío y mierda y nada...

Mi alma sigue allí tan campante como si no fuera la mía... unos días cagada hasta la saciedad por los pájaros, otros hedionda a carne podrida, y los más seca y muda como una maldición que ya nadie recuerda y que ha perdido su ponzoña y su magia...

Ayer me las arreglé para acercarme a ella más de la cuenta, acosado por el prurito de su intimidad y la mía... en un momento pensé que me había visto, pero su mirada atravesó el cuerpo como si yo no existiera... estaba echa un asco y tenía una herida profunda en la espalda... me acerqué un poco más y vi que los perros del vecindario la habían mordido y relamido y desgarrado de una forma brutal...

Acosado por un sentimiento hasta ese momento desconocido para mí me alejé en silencio, entré a casa, cargué el rifle que por tantos años había escondido en el sótano, regresé al patio, me acerqué una vez más todo lo que pude y le pegué un tiro y otro hasta que le vacié toda la carga... llovía intensamente y las gotas

de lluvia se escurrían hasta los agujeros de las balas y pasaban de largo manchando de sangre la tierra y las horas...

Mi alma sin embargo sigue allí herida de muerte como si nada, hecha un guiñapo miserable, una cosa sin forma y sin materia y de tanto en tanto me sonrío y me pide que le meta los dedos en las llagas... yo hago lo que puedo y a pesar de su reticencia y mal genio cada atardecer le dejo debajo del árbol su plato de sopa...

Tienda de juguetes eróticos

Mi caso es grave, para no decir que no tiene caso, ni velas en el asunto, ni dolientes en el entierro... aunque sería más justo decir lo contrario, o lo otro... cuando hablé con el juez que retomó el caso y me citó como uno de los implicados en el asunto le dije sin cortapisas que era gravísimo y que ya había aceptado mi culpabilidad antes del delito como debe ser. Que no valía la pena someterse a ningún procedimiento. Que mejor sería que dictara sentencia y todos tan contentos a rascarse el ombligo como un tonto que cree que la chica que lo toma de la mano para ayudarlo a cruzar la calle es su novia... y que se ahorraran los pesos, que bien le hacen falta al sistema judicial para poder sacar adelante otros casos cuya solución está a la vista... que mi caso es un caso perdido... que no tiene ni patas ni cola... que se pudrió de raíz... y que pueden echarle como siempre llave a la puerta y sellar el expediente...

Por lo mismo y los mismos en las mismas, ya he sido condenado a pagar una pena sin antecedentes en el drama de todos los días y en el código penal... y si la sentencia fue conmutada antes del entierro de la semana pasada o la semana después, es solo una artimaña del procedimiento... el abogado de oficio que se me asignó se sacó los ojos y luego en la bañera se ahogó sin saberlo como si intentara digerir o borrar cada una de las páginas de la última apelación... que no han sido pocas a la hora de tomar cartas en el asunto... y de abogados ni que decir, señor juez... el asunto es jodidísimo...

Y que no digan que exagero, y que sólo se trata de aparecer unos cuantos segundos en la televisión, cosa que me es familiar si mal no recuerdo... o de ganarse mi foto en los periódicos de la tarde para mostrársela a los dolientes de mañana en los periódicos de ayer... ellos ya la vieron, y una vez basta... les repito una vez más que el caso es fuera de serie... gravisisísimo... desde el primer día se me condenó como tenía que ser y como tiene que

ser y seguir siendo, aunque mañana otra vez este caso y el que le post-sede sean otra vez archivados después de la función, incluso si no se atora en los tribunales por anticonstitucional... o la ausencia inesperada de los jurados de conciencia...

Me enamoré de los dos, señor juez, como el mejor de los amantes, o al menos eso es lo que yo me creo en medio de tantas cosas que no creo... o que creo que no creo... y de tantas conjeturas, y sin pelos en la lengua... y cuando llegó la hora de la consumación de los hechos revisé la maleta donde guardaba las pocas cosas que aún me quedaban y ya los otros implicados en el caso habían sacado de ella sin ninguna consideración los restos de mi bisexualidad... la busqué por todos lados como lo manda la ley y hasta con lupa y detective privado y nada... agarré la maleta llena de agujeros como siempre y la pasé por la criba de las máquinas y el deber cumplido, pero no hubo nada que despertara sospechas, ni lugar para un tercer implicado en los hechos que no fuera yo mismo... así que me quedé con los crespos hechos y sus cuerpos deliciosos atorados como dos siameses que comparten el estómago y el corazón en los gusanos de mi intimidad... de modo que ni modo señor juez... no pierda su tiempo... antes de que el amor se levantara de sus desperdicios yo ya lo había perdido y refundido sin saberlo... me lo arrancaron a medias y sin zapatos o al revés... a trancazos y a pedazos...

Y no se ría señor juez que no es cosa de chiste, aunque produzca risa... esa cosa amorfa y tierna que llaman infancia me la arrancaron de las manos una noche de lluvia... y no tengo ni puta idea en que saco roto la abandonaron o se deshicieron de ella... quizás la colgaron de un árbol para mi propio escarmiento y en la misma piedra donde todavía ciego y perdido extendiendo las manos tras las mariposas nocturnas la sangre se reseca y las moscas en manadas se ahogan en su propia intimidad que no es la suya... cuantas veces sobre esa misma piedra caliente me meé como lo manda la ley y los meados se me secaron sin ningún presagio y sin que aún hoy todavía haya intervenido la ley divina... un saco viejo que los caprichos del viento ahorcan una vez más en la indiferencia de un árbol, es todo cuanto queda de los pañales y de las sílabas que nunca encontraron un lugar en mi boca... y una mano

escondida quién sabe de quién que sale en las noches y hace trizas los platos del sueño y le hecha una capa capa más de mierda a las paredes mudas del amanecer...

No se preocupe señor juez... la compasión no sirve de nada. Mejor tome estos tapones que cargo siempre para estas cosas fuera de serie y tápese los oídos... yo siempre me detengo un poco más en los detalles que salpican el asunto... y que a usted tanto le atraen... simplemente fíjese en los desechos del testimonio y ya verá que nada va usted a perderse... además, tengo que decirle que tengo la tendencia a exagerar un poco...

La mujer que dice que me ama, viene todas las noches desde que ha estado viniendo sin serlo, con sus juguetes sexuales que no son pocos y nada que logra descontar al menos unos cuantos centavos de su inversión... ni por detrás ni por delante, señor juez, la cosa encuentra su medida y su quimera y ni siquiera sus páginas en blanco... la he querido ayudar o ayudarme y he quemado lo mejor de mi imaginación y hasta mis naves, pero nada que alguno de los dos acaba de llegar... la boca no aparece por ningún lado para consumir su lame que lame y su mordisco... la verga parece como si se hubiera largado de vacaciones quién sabe dónde... el culo no lo encuentro ni recurriendo a los rezos... y cuando se trata de ella los dos caemos en el vacío y, aunque estamos ahí, sólo podemos recordar sin darnos cuenta de que estamos jodidos y que si no salimos cuanto antes del juzgado la cosa puede adquirir características digestivas y acaso virtuales y ya nadie encuentra la brocha para echarse una pintada más de mierda en las paredes... también cuando no tenía uso de razón soñé hasta el cansancio con mi caja de juguetes perdidos, y exactamente como ahora ni fu ni fa...

No se preocupe señor juez... ya le dije que usted ya dictó sentencia... la cosa está en que Kafka aún no ha escrito ninguna de sus novelas... así que no pierda la esperanza... ya verá que un solo trago de tequilla le regresa la memoria y las de Villadiego a tomar en la quinta porra o en la otra...

No hace muchos días, señor juez, cuando regresaba a casa buscando una moneda que se me había perdido, o al menos eso fue lo que me dijeron, encontré a mi profesor de gramática senta-

do en mi cama. Lo reconocí inmediatamente ya que estaba sentado en el lugar donde yo me senté y, si mal no recuerdo, siempre se queda dormido en mi cama a sus anchas cuando a mí no me queda más remedio que dormir debajo de ella... me mostró mi foto que había ampliado para tal situación, dejó sobre la mesa una supuesta carta que yo le había contestado, abrió un libro y sacó un pétalo reseco y se me quedó mirando a los ojos y yo no pude recordar dónde estaban los míos... me leyó en voz alta un tratado de cosas muy íntimas como si fueran las suyas o las mías... me mostró los documentos de propiedad de la casa, el acta de matrimonio de mi mujer, el primer diente de leche que se llevaron los ratones... Yo no sabía de la situación, su excelencia, así que salí debajo de la cama y me senté en la de él... hice lo que pude y hasta más para ajustarme a su descripción y a la agenda del día... seguí otra vez sus recomendaciones, sus huellas, sus manos entrelazadas... y al final de la jornada ni él ni yo estábamos... habíamos acudido una vez más a la cita equivocada, como el día anterior y el otro y el mismo...

Tómese otro tequila señor juez y pellízquese para que se de cuenta que usted nada tiene que ver en este asunto... se trata del caso de la hija que se saca los ojos para joder a su padre o viceversa... y en estos casos el jodido siempre es otro, aunque no se haya sacado los ojos ni los de nadie... además, señor juez, este tipo de evidencias no las contempla el código de procedimiento penal y ni siquiera la literatura...

Hace unas horas, antes de acudir a su llamado, me encontré de chafllís eso que llaman el primer amor de la vida y mierda que no pude reconocerlo... aunque hice lo que pude para darle a entender que sí... que éramos y siempre seríamos los mismos... no ha cambiado ni un solo ápice, señor juez, pero ni modo que ni una sola de las pistas que le di y me dio sirvieron de nada... esos brazos donde me dormí o soñé dormirme tantas noches no son los suyos ni los de nadie... así que los míos están en duda por simple inducción... su cuerpo intacto donde me perdí para siempre se me perdió para siempre y desde siempre y yo tan perdido sin haberme aún perdido en sus ruegos y sus lamentos... su sexo es un hueco vacío y el mío un pensamiento de Pascal donde sigo

cayendo sin caerme, porque nada queda de su delicia ya que la delicia nunca se escurrió por entre mis dedos ni los de ella ni los de nadie, ni de Pascal... y ni siquiera sus nalgas y sus tetas donde tantas veces me quedé dormido sin quedarme acuden en mi defensa a esta hora de las cuentas no habidas ni por haber habidas... y sin haber sido...

Mierda señor juez, y perdone, que se me olvidó que tengo una hija que tiene dos gatos que tiene un perro que no es de ella y un pescadillo de nada en un estanque... y qué puedo hacer ahora que la sentencia ha sido confirmada como tiene que ser, siendo una vez más... ahora que recuerdo que he recordado que no puedo recordarlo que tengo una hija que nunca tuve y que tengo... tan igualita a mí y sin serlo... tan mis ojos y tan de ella... tan mi calco sin original y sin su copia... también señor juez, ahora que pienso en el vientre de mi mujer que desgarré en mis brazos sin que fueran los míos y sin haber encontrado aún el hueco delicioso donde meterlo... siento mucho señor juez tener que molestarlo pero tengo una hija que no tengo y ella unos animales que no tiene... y una madre que nos falta... y una mujer que fue mía sin serlo... y para que seguir hablando de tantas cosas si la maleta no es más que un agujero más... el mismo de siempre a la hora de la sentencia que tantas veces ha sido confirmada y firmada y que yo he puesto en práctica hasta el final, solo para saber del comienzo...

Así que dejemos las cosas quietas y ya está... el que se queme que sople... firme ese papel que ya ha firmado usted tantas veces, su excelencia, lo antes posible, que de nada vale ya que mañana y ayer tiene que volver a firmarlo... no se preocupe, señor juez, como siempre yo entiendo sus objeciones y su sentido de la clemencia y sus súplicas en el altar de la nada... lo único cierto de todo este asunto, es que me queda en el bolsillo uno de los juguetes eróticos de mi mujer... una cosa inimitable... una verdadera maravilla de maravillas... un gran logro de la ciencia y la tecnología... míralo con cuidado y sin prisas, señor juez... es la única prueba fehaciente de las circunstancias que le faltan al caso y de los implicados que aún quedan por comparecer ante este tribunal... lo demás es puro cuento de la justicia o del fiscal

asignado en esta ocasión... tómallo señor juez y haga lo que bien se le venga en gana con él... agárralo sin miedo que está como sacado la primera vez de la tienda... que ni mandado a hacer, señor juez... es suyo... todavía es tiempo señor juez... no se rinda usted de esa forma... ánimo, tómallo y que dios se apiade de mi alma...

Anatomía avanzada

Llegó a casa como si ese día fuera el primero y el último de su vida... deseando quizás que ese día se quedara para siempre varado en su respiración... convencida de que ese día le había puesto una marca a su existencia... su rostro brillaba como un lago de luz y su cuerpo como si hubiera traspasado el umbral de la perfección temblaba ante la última gota de misterio...

Ya antes le habían reconocido su trabajo, su dedicación ilimitada, su generosidad con los que siempre necesitan una mano... le habían puesto ornamentos a su inteligencia, y no habían sido pocos los sobres que había recibido unas veces con palabras casi celestiales y otras con cheques que ponen a pensar más de una vez hasta el más santo de los santos... diariamente le llegaban regalos e invitaciones a todas partes, pero ni abría los paquetes ni aceptaba invitaciones de nadie...

A ella nada de eso le había importado, ni pensaba en ello cuando hacía su trabajo. Hacía su trabajo y ya está. Y cuando todo eso le acontecía, solamente cerraba los ojos y sonreía para sus adentros...

Los paquetes los regalaba a organizaciones de beneficencia y el dinero lo remitía a sus donantes...

Sin embargo, ese día, fuera cual fuera la causa, una sensación de éxtasis se le desbordaba en su delicia. Lo que importaba era que, finalmente, la felicidad había hecho nido en su silencio, y era solamente eso: una explosión inusitada de felicidad, lo que había traído a casa dispuesta a regalarlo a manotadas como todo, y solamente eso fue lo que puso en mis manos sin pensarlo dos veces...

Y yo lo vi todo y lo sentí y lo tuve todo para mí solo un instante, y lo dejé partir sin haberme atrevido ni siquiera a levantar la tapa de la olla un solo instante. Cerré los ojos por un momento y vi que no eran muchas las mujeres que trabajaban en la compañía. Algunas de ellas no contaban, ya que se dedicaban a la

limpieza. Y la memoria del tiempo y sus personajes entraron en el cuarto y me amarraron al árbol de la iniquidad y después uno tras otro siguiendo una fila interminable, unas veces me gritaban al oído y otras apenas murmuraban sílaba a sílaba, como si se tratara de un secreto intransferible, mi historia y su historia, clavándome de tanto en tanto las uñas en mis partes más íntimas...

-Ya me habían dicho que la puta esa estaba prestándole el culo a todos los machos de la compañía y yo tan estúpida que no quería creérmelo.

-Con un culo como el suyo cualquiera hace lo que quiere, incluso milagros.

-Estoy segura de que se lo dio a su jefe, si es que no ha estado dándoselo todos los días y a toda hora.

-Ya sabíamos que la muy perra se traía algo entre manos.

-Seguro que está repartiendo culo a diestra y siniestra.

-Como yo no soy mujer a mí nadie me ofrece ni me pide nada.

-Ni de marras yo haría lo mismo si tuviera un culo como el suyo, que el culo es cosa sagrada.

-¿Yo acostarme con ese tipo? Ni pensarlo. Mejor me meto el dedo.

-Yo no lo haría ni por todo el dinero del mundo.

-Quién sabe que le daría para que la tenga en tan alta estima.

-Dicen que la mama de una forma tal y con tal perfección y empeño que pone en peligro hasta la dignidad de los dioses.

-Y eso que la muy perra se cree una santa.

-Yo prefiero ser pobre que llegar a esos extremos.

-Ahora sí sabemos porqué la muy puta se quedaba a trabajar hasta muy tarde en la noche.

Y con las tetas que tiene y los escotes que lleva últimamente, cualquiera cae en la trampa.

-Desde que llegó la primera vez a esta compañía yo presentí que algo turbio se traía entre manos.

-Y tú no eres la única.

-Yo no solamente lo he pensado, sino que lo he soñado.

-En el aire se percibía también cierto tufillo de lupanar.

-Yo ya les había repetido hasta el cansancio que detrás de esa cara linda nada bueno se podía esperar.

-Quién sabe qué tipo de enfermedades anda preñiéndole a todo el mundo por ahí, la muy zorra.

-La muy cabrona se salió con la suya y nosotros tan pen-dejos que no nos enteramos a tiempo.

-La puta esa de mierda nos salió adelante.

-Perra asquerosa y saber que yo la consideraba mi amiga.

-No sé cómo pude invitarla a casa y presentarle a mi familia.

-Y saber que muchas veces durmió conmigo en mi cama y con mis hijos.

-Si existe el infierno seguro que se hizo para ella.

-A su lado el diablo le queda pequeño, poca cosa.

-Ahora ya no me queda duda de dónde sacaba el dinero para pagar sus vestidos.

-Y para pagar sus fiestas y generosidades.

-Me arde la boca de saber que me invitó a comer con frecuencia y pagó mis comidas.

-Ahora sí que ya no puede esconder más esos ojos de perra en celo.

-Y cuando caminaba por los corredores algo estaba cocinando la muy desgraciada.

-Putá barata, ahora sí que la pillamos con las manos en la masa.

-Como yo no tengo vagina que me vaya a la mierda, ¿verdad?

-Para mí que su culo y sus tetas no son más que pura silicona, y de la cara ni que decir.

-Yo tengo vagina, pero la cosa conmigo es a otro precio.

-No sé porqué dios se tomó tiempo para hacer zorras como esa.

-Me imagino que lo que le dio al jefe fue culo, si no, no lo tuviera tan encacorrado.

-O el té de Drácula porque es una puerca.

-De razón caminaba como camina, no hay nada más obvio.

-Yo como no vivo dándoselo a todo el mundo como ella, ni modo.

-A mí mejor la miseria que acostarme con cualquier canalla.

-Yo pienso lo mismo.

-Póngale la firma.

-Si yo tuviera vagina, en casos como estos, mejor me quedaría para vestir santos.

-Mejor sería dejársela lamer de los perros.

-En fin, hay algunas que nacen con suerte.

-Algunas zorras, dirás.

-Perra consentida... que se quemé en el infierno que es donde debe estar.

-Zorra de mierda... deberíamos apedrearla y echarle lo que quede a los perros para que escarmiente.

-Yo con esta no me voy a quedar.

-Haré lo que sea para que esta porquería no se quede en veremos.

-Sí, tenemos que deshacernos de esa perra a como dé lugar, si no va a acabar con todos los machos de la compañía.

-Conmigo que no cuente.

-Yo me lavo las manos.

-Que la crucifiquen.

Cuando desperté ella había desaparecido... también mi perro y los gatos y mis hijas... el olor a felicidad todavía se regodeaba en la casa. Sentí cierto sabor delicado en los labios y quise retenerlo, pero mis manos se perdieron en el vacío. La película había terminado y los personajes habían desaparecido sin dejar la más mínima huella. Por un momento escuché voces y murmullos y risotadas... bajé como pude de la cruz, me vestí, abrí la puerta y eché a correr hasta perderme en la ciudad con la vana esperanza de encontrarla algún día, de encontrarme, de encontrarlos a todos...

Mis manos abiertas arañaban en la memoria como si todavía en ella sus ojos se negaran a partir...

La casa de los sueños

Todavía sueño con esos días, todavía niño, todavía casi nada, pegado a las rendijas de las casuchas donde las prostitutas del pueblo atendían a sus clientes...

Días que se quedaron varados en lo más oscuro de mi intimidad, cada vez más ojos, cada vez más rendijas y cerraduras a la medida de mis sueños, cada vez más quejidos y lamentos y espasmos, cada vez más ciego de tanto solo ojos, solo rendijas, todo el silencio...

Y hubo noches, las más, las tantas, casi todas, en que los clientes abundaban como la lluvia y yo también más abundante en todas las rendijas y llovían rendijas y llovían clientes y llovían lamentos y quejidos y espasmos, hasta que el amanecer saltaba de mis ojos, como si no quisiera, como si no pudiera...

Como una criatura regañada y humillada que finalmente abre la puerta y se tira a la calle...



Produce

Índice

ABRELATAS	
Fuera de tono I	9
Poemas bonitos II	10
Los cinco sentidos	11
De vuelta a casa	14
Carta de amor 2	15
Closet 2	18
Álbum de fotografías	19
Larvas	21
La cita	23
De rodillas	25
Día de caza	27
Lingerie	29
Asalto al mediodía	31
Casa de donantes	34
Bolsa de compras	39
Afluentes	42
Bestiaria	44
Con la muerte a cuestas	46
Día de compras	50
Cinco	52
Cirugía avanzada	56
Ciudad futura	61
Cuaderno de tachones	64
Letras de amor	67
Cuatro historias de amor	70
Drácula en blanco y negro	74
(Cuentas pendientes)	77
Definición	80
Días extraterrestres	82
Dios	84
Domingo de resurrección	86

Efecto purgante	88
El camino de Emaús	92
El closet	94
El cuarto	96
El final de la guerra	99
El jorobadito	105
El mensajero	107
Principio de Epicuro	111
El robo perfecto	113
Elegía perruna	116
Elogio a la ningunidad	119
Epílogo	122
Espíritu encarnado	125
Estación de radio	129
Fórmula perfecta	135
Tratado de la perfección	138
Garage sale	142
Genoma	146
Cuento de hadas	150
Intravenosa	153
Inventario impersonal	156
La sal de la tierra	159
Lógica matemática	161
Mark Rothko y el jardín de Epicuro	166
Consulta médica	173
Miradas íntimas	181
Operación de emergencia	184
Santería	187
Silicona	190
Suspenso	193
Un día en el paraíso	195
Testigo ocular	204
Tienda de juguetes eróticos	207
Anatomía avanzada	213
La casa de los sueños	217

Este libro se terminó de imprimir
el 27 de noviembre de 2022.



Le mur

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2022)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.

En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.

Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.

Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.

Fantasías reales, de Silvia Burunat.

17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.

Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro.

Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.

No quiero llanto, Dolores Labarcena.

La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.

Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.

Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.

Hoy como ayer, de Tony Guedes.

Fuera de tono, de Manuel Cortés Castañeda.



Manuel Cortés-Castañeda nació en Rivera, Huila, Colombia. Cuando era aún muy niño su familia emigró a Florencia, ciudad capital del departamento del Caquetá. En esta ciudad de la Amazonía colombiana, —fundada por sacerdotes italianos— cursó sus estudios primarios y secundarios. Terminó su licenciatura en español y literatura en la Universidad Pedagógica Nacional, (Bogotá). Después de graduarse, trabajó como director y actor de teatro. Su interés principal fue el teatro

del absurdo de Beckett-Ionesco-Camus, el teatro de la crueldad de Artaud y el teatro pánico de Arrabal. Cursó estudios de doctorado en la universidad Complutense. Enseña español y literatura en Eastern Kentucky University. Ha publicado siete libros de poesía: *Cosas de fantasmas*. Puebla, México, 2017. *Clic*. Puebla, México: Editorial Lunarena, 2005. *Aperitivos*, Xalapa, México: Editorial Graffiti, 2004. *El espejo del otro*. París, Francia: Editions Ellgé, 1998. *Caja de iniquidades*. Valparaíso, Chile: Editorial Vertiente, 1995. *Prohibido fijar avisos*. Madrid, España: Editorial Betania, 1991. *Trazos al margen*. Madrid, España: Ediciones Clown, 1990. Se han publicado dos antologías de su trabajo literario: *Delitos menores*, Cali, Colombia: Programa editorial Universidad del Valle. Colección Escala de Jacob, 2006; y *Oglinda Celuilalt, Cluj-Napoca*, Rumania: Casa Cărții de Știință, 2006. Ha sido incluido en antologías tales como *Trayecto contigo*. Madrid, España: Editorial Betania, 1993; *Los pasajeros del arca*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1994. *Libro de bitácora*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1996. *Donde mora el amor*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1997. Además, escribe sobre poesía, cuento y cine y es colaborador permanente de revistacronopio.com. Actualmente traduce al español textos de poetas norteamericanos de las últimas décadas: Charles Bernstein, Leslie Scalapino, Andrei Codrescu, Susan Howe y Janine Canan, entre otros.



9 788480 174473 >

editorial **BETANIA**
Colección NARRATIVA